

LA INDIA BONITA

Una historia de la Chueca

Mario de Ávila



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

LA INDIA BONITA

Una historia de la Chueca

LA INDIA BONITA

Una historia de la Chueca

Mario de Ávila



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

LA INDIA BONITA

Una historia de la Chueca

Primera edición 2025 (versión electrónica)

D.R. © Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940
Ciudad Universitaria
Aguascalientes, Ags., 20100

© Mario de Ávila

ISBN 978-607-2638-19-8

Hecho en México / *Made in Mexico*



editorial.uaa.mx



libros.uaa.mx



revistas.uaa.mx



libreriavirtual.uaa.mx

*A los tres motores de mi vida:
Rosa María Delgado Díaz,
Alam Miztzin de Ávila Delgado y
Meztly Yoalli de Ávila Delgado.*

*Cuando me vaya, solamente dejaré
de recuerdo un beso y nada más.*

Sergio Esquivel

ÍNDICE

Agradecimientos	15
Prólogo	17
10 de abril de 1961. Bizmark Gorrostieta Tesedo, el investigador Bigotes	27
8 de abril de 1961. Carmen Mandujano, una india bonita	31
10 de abril de 1961, por la tarde. El investigador Bigotes en sus mundos	39
10 de abril de 1961, por la noche. La pelos de Oro	43
10 de abril de 1961, por la noche. La otra India Bonita	45
12 de octubre de 1961, cuatro de la mañana	49
12 de octubre de 1961. Nuestra <i>primera vez</i>	59
12 de octubre de 1961, cuatro de la tarde. Consecuencia del remordimiento	63
12 de octubre de 1961, por la mañana. Carmen Mandujano, hoy, en su interior	69
13 de octubre de 1961. El investigador en viernes de parranda	71
14 de octubre de 1961. Y la vida y los días siguen	75

01 de noviembre de 1961. Una reflexión sobre la muerte	79
02 de noviembre de 1961. Muy temprano en Día de Muertos	91
12 de diciembre de 1961. De los muertos a Guadalupe	99
19 de diciembre de 1961. Para seguir las fiestas, las posadas	103
24 de diciembre de 1961. El día de una noche buena	109
24 de diciembre de 1961. Una noche ¿buena?	115
25 de diciembre de 1961. Ha nacido el Niño Dios	121
31 de diciembre de 1961. Último día de un año extraordinario	125
Del 1 al 5 de enero de 1962. Primeros días del nuevo año, ¿qué vendrá?	127
6 de enero de 1962. Y que empiezan los balazos	131
21 de enero de 1962. ¿Dónde estoy?	137
22 de enero 1962. Comienza la recuperación	141
24 de enero de 1962. De vuelta a ¿casa?	145
25 de enero de 1962. De a peso las confesiones	149
22 de febrero de 1962 (y algunos días más). De los dichos a los hechos	153
1 de marzo de 1962. A terminar el trabajo	157
3 de marzo de 1962. Detallando el punto final	161
4 de marzo de 1962. Kummens, un final inesperado	167
15 de marzo de 1962. Viviendo entre nubes, tratando de poner los pies en la tierra	171
25 de marzo de 1962. Cerca del cielo	173
26 de marzo de 1962. Del cielo al infierno	179
27 de marzo de 1962. Inicia otra investigación	183
28 de marzo de 1962. Trabajo colaborativo	187
29 de marzo de 1962. El asesino circunstancial	189
30 de marzo 1962. Una llamada inesperada	193

1 de abril de 1962. Justicia final	197
3 de abril de 1962. La otra justicia	199
4 de abril de 1962. Es como volver a empezar	205
Nota aclaratoria	207

AGRADECIMIENTOS

Durante el 2004 trabajé con el doctor Luciano Ramírez Hurtado quien desarrollaba un video documental sobre los murales del Palacio de Gobierno del Estado de Aguascalientes; indirectamente me llevó al Archivo Histórico del Estado, donde encontré por azares del destino la trama de esta novela. Mi agradecimiento siempre al doctor Luciano Ramírez.

Después de muchas pausas, Sinú Romo Reza y Guillermo Saucedo me propusieron crear un taller de autogestión para concluir nuestros trabajos. Lo hicimos y ese espacio fue el impulso que faltaba para reiniciar y terminar mi trabajo. Mil gracias a ellos.

En el trayecto fueron invaluable las colaboraciones de muchos amigos que aportaron ideas y datos importantes de la época y los personajes. Estoy agradecido por su apoyo con el licenciado Jesús Eduardo Martín Jáuregui, Tacho Montes (†) y el licenciado José de Jesús Martínez Galindo.

Agradezco de manera especial al señor Jesús Castañeda “El muñeco”, quien vivió en el corazón de la Chueca y me dio claridad en algunos de los acontecimientos que se recrean en este trabajo. Por extensión, gracias a Hugo Castañeda.

Gracias a Iamanol Caneyada por sus comentarios y apoyo y a Paco Ignacio Taibo II por permitirme cierta licencia con su personaje detectivesco.

Desde luego, mi gratitud y reconocimiento a mi *alma mater*, desde donde surgió el proyecto y en donde siempre he encontrado el aliento necesario para realizar trabajos diversos. En especial, a la Dirección General de Difusión y Vinculación, al Departamento de Radio y Televisión y en particular al Departamento Editorial.

Finalmente, mi agradecimiento más grande va para mi familia, a mi esposa Rosa María Delgado Díaz, a mi hijo Alam Mitzin de Ávila Delgado y a mi hija Meztly Yoalli de Ávila Delgado, por acompañarme en esta tarea, siempre con mucha comprensión y todos los afectos. Con amor para ellos.

PRÓLOGO

*L*a novela de Mario de Ávila pudo llamarse *La India Bonita y un investigador enamorado muy derecho*, o bien *Retorcida historia de crímenes en torno a un prostíbulo en la calle Chueca*.

Como toda novela, se trata de una narrativa de ficción, pero aderezada con una serie de ingredientes, sucesos, situaciones y personajes –por respeto a sus familias, supongo, Mario disfraza y les da otros nombres, pero son ampliamente conocidos y podemos saber de quiénes se trata– que realmente existieron a mediados del siglo pasado, lo que le da visos de verosimilitud.

La novela de Mario Gerardo está poblada por una serie de personajes muy peculiares, a los que caracteriza con rasgos distintivos, dependiendo de su rol en esta historia. Imagina situaciones, recrea escenarios e inventa diálogos de cómo pudieron haber sucedido las cosas. La trama se desenvuelve a lo largo de un año, en momentos precisos –muchos de ellos intensos y movidos–, entre el 8 de abril de 1961 y el 4 de abril de 1962. Los subtítulos de cada apartado son, por demás, sugerentes y no sin sorpresa nos hablan de lo que cada uno contendrá enseguida.

Los principales son el narrador Bizmark Gorrostieta Tesedo, mejor conocido como Bigotes, un individuo que trabaja como investigador privado y en ocasiones colabora con la policía local; en su pasado, no pudo retener a su familia (esposa e hijos), pues cometió errores y falló como esposo y padre, por lo que se refugiaba por las noches en un congal para pasar sus penas y emborracharse, hasta que decide cambiar y se aleja del vicio. Tiempo después, conoce a una muchacha que accidentalmente llega al tugurio, bajo la idea de querer ayudarla y protegerla, termina enamorándose de ella. Pero también es buena persona, sensible a los problemas de la gente sencilla, humilde y trabajadora, lo mismo con músicos como Lupito, el mariachi, que con prostitutas de la zona de tolerancia; está a favor de la justicia –no necesariamente de la ley– y en contra de los privilegios y abusos que cometen los poderosos, sean políticos o clérigos; sabe investigar en expedientes judiciales, en la prensa escrita, yendo a los sitios donde ocurrieron hechos delictivos, observando y hablando con posibles informantes. Busca, a su manera y con las herramientas que tiene a su alcance, arreglar un mundo “podrido por todos lados”, plagado de riñas, robos, asesinatos y estafas. Su osadía llegó a tal grado que resultó gravemente herido con arma de fuego, al perseguir a unos secuestradores con los que intercambió disparos; luego de convalecer, fue reconocido y recompensado por la corporación. También lo estimaban la matrona y las prostitutas.

Desde luego, otro personaje importante es Carmen Mandujano, humilde muchacha pueblerina, más bien ranchera, de San José de Gracia; es hermosa, de tez morena, con sonrisa angelical, un mirar profundo y un lindo cuerpo, inocente pero curiosa y con ánimos de superación. Huyó de su rancho por un malentendido con su padre, llegó a la ciudad sin nada y fue acogida por una matrona dueña de una casa de citas, ahí se ganaba comida, habitación y unos cuantos pesos realizando ta-

reas de limpieza, cocinando y yendo de compras. Simpatizaba con las demás prostitutas, pero con la claridad de que ella no incurrirá en esa práctica pues sus planes eran otros. También termina por enamorarse de Bigotes, su amigo y protector, mucho mayor que ella, pues le triplicaba la edad.

Consuelo Elías, conocida como la Pelos de Oro, es la dueña del prostíbulo La India Bonita que se ubicaba en la zona de tolerancia de la Chueca, actual calle Jesús María, a dos cuadras del templo del Sagrado Corazón. Es un personaje entrañable con el que uno termina simpatizando, pues Mario la pinta como una mujer madura, inteligente, voluptuosa y divertida; sabe dirigir su negocio y lidiar con la gente de poder y las autoridades policíacas en caso de haber problemas. También es provocadora, ya que le gustaba escandalizar a la sociedad tradicional, saliendo a desfilas con sus muchachas por las calles del centro el Día de Todos los Santos, mientras “las beatas enchalinas” y los santurrones les gritaban improperios, ellas “respondían con ademanes exóticos y hasta mostrando abiertamente sus encantos, sacando los senos o levantando las faldas”. La Pelos de Oro fue immortalizada en uno de los murales de Palacio de Gobierno “Consuelo, por qué estaba ahí pintada y algunos de los pasajes históricos de Aguascalientes y México”.

El inspector en jefe de la policía, Salvador o Chava Luévano, es otro de los principales. Pide encargos específicos a Bigotes pues sabe de su capacidad como investigador acucioso y osado, aunque puede cambiar las indicaciones dependiendo las órdenes que reciba de personas más poderosas; juntos arman una estrategia para dar con los malos y brindar seguridad a quien se quiere proteger.

Por otro lado, el padre Femat, aunque no es actor principal, representa para Mario de Ávila el verdadero amor cristiano, pues ofreció una misa especial a las prostitutas sin juzgarlas, a diferencia del señor obispo a quien pone el nom-

bre de Salvador Losada Simón y actúa más preocupado por las limosnas y echar agua bendita a los feligreses.

Buena parte de la historia se desarrolla en la casa de citas La India Bonita “sitio de mala muerte” y del “pecado y la perdición”, misma que describe a detalle respecto al mobiliario y decoración de la sala principal, cantina, corredor y habitaciones. También se ocupa de recrear la atmósfera, el ambiente impregnado de humo de cigarro, alcohol y, por supuesto, de la música interpretada a piano por el Chato (Ladislao Juárez). No podían faltar los parroquianos que se daban cita cada noche, lo mismo que los miembros de familias respetables: “los Leal, los Ladín, los Romo, los Montes, los Ortega, los García Rojas, los Sandoval, los Ávila, los Arteaga, los Jáuregui, los Reynoso, los Reyes, los Saucedo, los Sahagún, los Varela y muchos etcéteras”, integrantes del mundillo de la cultura, el arte y el espectáculo, y muchachos de los distintos estratos de la sociedad. No pocos se hacían los disimulados, como que no se conocían los unos a los otros. El autor de la novela menciona que había un salón para los ricos y potentados, esto es, para la élite, y otro salón para los jóvenes de la clase trabajadora. Desde luego, hay una carga de erotismo en algunas narraciones, no faltaba más para este tipo de literatura.

Con esto, Mario exhibe a la sociedad conservadora y la clase política de Aguascalientes, de doble moral. Clientes frecuentes del tugurio, como Luisito o don Luis el gobernador, no podían faltar. Lo muestra como un tipo pervertido, más preocupado por cuidar su imagen y que, ante homicidios dolosos no hubiera argüiéndos o escándalos en la ciudad, que velar por el bien común. Más eventual estaba “don Gilberto, el presidente del municipio”, así como “algunos de los integrantes de los gabinetes”, quienes presumen una inexistente realidad de paz y progreso muy diferente a la que viven “los simples mortales”, la gente común y corriente.

Memo Kummens es un tipo sin escrúpulos e inmoral, descendiente de una familia pudiente de exmilitares, quien, con su presencia infausta y delictiva en la casa de citas, una noche por pura diversión, mató a arteramente a Lupito el mariachi disparándole a la cara, le permite al detective descubrir una red de robos de ganado, asesinatos, tropelías e intentos de secuestro realizados con contactos y secuestradores de la ex-hacienda, colonia y ejido Los Pozos (Pocitos) y Corral del Barranco. De esa manera, aparecen personajes secundarios de la misma calaña, malandrines como el Pancho Viejo (Francisco Ortega Delgado) y la Tuna (Saturnino Tiscareño), hijos de ejidatarios, quienes habían participado en el asesinato de Enrique Camacho y el intento de secuestro de Pedro Riberola (Pedro Rivas Cuéllar), rico empresario de la radiodifusión y el periodismo que empezó desde abajo, muy amigo de Emiliano Azcargorta (Emilio Azcárraga), pionero de la televisión comercial en nuestro país. Don Pedro, miembro del Partido Revolucionario Institucional, fue primero candidato y después presidente municipal de la capital hidrocálida.

Casi todo ocurre en el centro de la ciudad de Aguascalientes. Mario menciona calles como la Chueca o Jesús María, la 5 de Mayo, Juárez, Juan de Montoro (antes del Centenario), la Madero, López Rayón, Galeana, Victoria, una vecindad de la calle Reforma, la Carrillo Puerto (ahora Venustiano Carranza), barrio de Guadalupe; el “mercado grande del centro” (Jesús Terán), el Parián; plazas como Zaragoza, la de Armas, Jardín de San Marcos; edificios como Palacio de Gobierno, oficinas de la policía municipal, oficina de telégrafos; hospital civil Miguel Hidalgo, plaza de toros. También recintos religiosos como la Catedral de Aguascalientes, San Diego y Sagrado Corazón de Jesús. En cuanto a cantinas, menciona El Ranchero, El Negrito, bares de los hoteles París y Francia, o bien el Salón de los Caballeros de Colón en la calle de Flora por el rumbo de San Marcos. Todos estos son escenarios que algunos de los protagonistas

transitan y frecuentan, que ocurren a ellos para celebraciones cívicas y laicas, o bien fiestas patronales como Día de Muertos, la Guadalupana, las posadas y la Navidad.

Mario de Ávila le pone color, sonido, olor y sabor a su novela. En cuanto a la música de la época, comenzaba el rock con Elvis Presley, pero también se escuchaba al Mariachi Vargas de Tecalitlán, las orquestas y otras agrupaciones musicales que se presentaban en vivo durante la Feria de San Marcos. Respecto a la comida, salen a relucir fondas donde comen mole de pobre y enchiladas, o el restaurante Mitla atendido por “doña Cholita Torres y don Pancho Valdés”, de comida típica; incluso cuando cenaron tamales y atole a fin de año en La India Bonita. Durante la época se bebía cerveza, tequila, brandy, champagne y vino, dependiendo la clase social y las circunstancias. También describe marcas de autos y camionetas, tanto de particulares como los usados por la policía.

Otros actores de primera línea son Concepción Nicanor Arvezu, alias Nico, y el Güero Matías. Nico Arvezu es dueño del casino y del palenque de la Feria de San Marcos, un tipo lascivo, repugnante, grotesco, ebrio, mujeriego, irascible, violento, vulgar, voluntarioso y necio, “ser despreciable, coludido con personajes de la política y de la alta sociedad” que frecuentaba el lupanar de la Pelos de Oro. En la novela queda claro que no todos sus negocios eran lícitos, ya que estaba implicado en la industria del secuestro con Kummens y sus secuaces. También fue inmortalizado en el mural de la Feria de San Marcos: “retratado Arvezu, con sus ansias de poder y de dinero, cosas inseparables”.

Por su parte, el Güero Matías, un gallerillo pobre, conocido de Carmen, a quien intentó violar, sobrino de un matador de toros y motivado por su mayor ambición, pelear sus gallos en el palenque de la Feria, se metió sin saber con una banda de maleantes y secuestradores. Estos personajes realmente existieron y protagonizaron a principios de los años sesenta uno

de los sucesos más sonados en la comarca, pues el segundo asesinó a balazos al primero en abril de 1962, en vísperas de la verbena abrileña, supuestamente por una promesa incumplida del Zar de la jugada. En la trama de la historia, Mario de Ávila, con la licencia que le concede la literatura, pone a Bigotes como victimario del Nico, pues el investigador sabía que “No siempre la justicia va de la mano con la ley”.

El autor logra trasladarnos a un Aguascalientes que no era tan tranquilo ni pacífico, pues algunas fuerzas siniestras se movían en un mundo sórdido, fangoso y con intereses creados, donde imperaban la arbitrariedad, el autoritarismo y los privilegios de unos cuantos. También exhibe un mundo muy violento, agresivo y peligroso; lleno de tragedias, abandono y abusos sexuales. No comulga del todo con el lema “Aguascalientes, tierra de la gente buena”, aunque sabe que también las hay. Consigue meternos en un torrente de emociones, donde se dan cita el suspenso, el miedo, la indignación, la rabia, la frustración, la ansiedad y la angustia. Pero también están presentes el amor, el cariño, la amistad, la camaradería, la solidaridad, la esperanza, el desahogo y la nostalgia. Es una lucha de contrarios, en resumidas cuentas, el bien contra el mal.

Estamos ante una novela fascinante, también excitante y muy disfrutable, cuya trama nos atrapa y asombra de principio a fin. Nos mantiene en suspenso, a la expectativa, no sabemos cómo va a terminar hasta que la concluimos. La prosa de Mario de Ávila es fluida, atrayente, picaresca, entretenida, dicharachera y por momentos jocosa y erótica. Al último, todo se resuelve satisfactoriamente. Los malos, conforme avanza la historia, van muriendo uno tras otro, obtienen su merecido siendo víctimas de sus malas acciones y decisiones; mientras los buenos, no sin problemas y luego de pasar una serie de vicisitudes, tienen un final más o menos feliz.

Diría incluso que, en cierta medida, *La India Bonita, una historia de la Chueca*, de Mario Gerardo de Ávila Amador, per-

tenece al género de la novela negra, pues de una u otra forma tiene que ver con el sórdido mundo policiaco, detectivesco, de prostíbulos, antros, armas, guardaespaldas, escoltas, guardias de seguridad, policías encubiertos, matones, robos y asesinatos; se mezclan los juegos del poder político y económico con la delincuencia organizada y sus siniestras motivaciones. Cabe recordar autores consumados como Élmer Mendoza (en su novela *La prueba del ácido*, se presentan Culiacán y el mundo del narcotráfico cuando el presidente y el Estado le declararon la guerra), a Diego Peterson Farah (*Casquillos negros* se ubica en Guadalajara, a propósito del asesinato del cardenal Posadas Ocampo en 1993, y *Malasangre* muestra una serie de homicidios recientes).

Pero también la de Mario es una novela con una historia de amor costumbrista y realista, por su carácter moralizante, recrea lugares, espacios, escenarios, olores, hábitos alimenticios, formas de vestir, tradiciones, fiestas, expresiones y formas de hablar que de alguna manera nos recuerda a Emile Zola (como *Germinal* con trabajadores mineros del norte de Francia y sus condiciones de vida miserables), textos varios de los escritores decimonónicos, como Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano y, desde luego, Federico Gamboa (en *Santa* se cuenta la historia de una pueblerina de Chimalistac que fue burlada por un militar y terminó como prostituta en la capital de la república durante la época porfiriana), pero también a Gonzalo Celorio (con *Y retiemble en sus centros la tierra*, protagonizada por un profesor universitario que termina muerto tras un viaje a las tinieblas, recorre cantinas y tugurios del centro histórico de la Ciudad de México, a fines del siglo pasado, y *Amor propio*, historia de un brillante estudiante de lengua y literatura españolas en el Movimiento del 68, luego profesionista malogrado, asiduo visitante de cabarets y salones de baile).

Lo que cuenta Mario de Ávila Amador en su interesantísima novela, ambientada y contextualizada en los años sesenta del siglo pasado, es producto de la ficción, pero también es producto de la revisión de la nota roja en la prensa de la época, apoyada en datos e historia oral. No me queda duda que leyó la novela de Paco Ignacio Taibo II, *Días de combate*, o al menos vio la serie de televisión *Belascoarán*, pues menciona al detective privado que actuaba en la Ciudad de México; en ese personaje de ficción también pudo haberse inspirado. Como dice el autor de esta apasionante novela, cualquier parecido con la actualidad quizás no es mera coincidencia o, mejor dicho, “la realidad supera a la ficción”. Hay cosas que nunca cambian, o cambian para seguir igual o quizás peor.

Luciano Ramírez Hurtado
Ciudad Universitaria, octubre de 2023

10 DE ABRIL DE 1961

BIZMARK GORROSTIETA TESEDO, EL INVESTIGADOR BIGOTES

 El despertador sonó, como todos los días desde hace ya unos quince años, puntualmente a las cinco y cuarenta y cinco de la mañana. La verdad no sé por qué si ya no tenía que acompañar a nadie a la escuela ni responsabilidad alguna a tan temprana hora. Mi hijo ya está en el DF con mi cuñado y mi hija, con su mamá de tiempo completo. Pero bueno, es una costumbre que no sé si sea buena, pero presiento que hoy me va a servir de algo. No sé porqué, pero me siento bien... Es raro, porque desde que tengo uso de memoria uno de mis peores momentos del día es la levantada, como decía mi amigo Felipe: "Si no fuera por ese pinche sentido de responsabilidad, no me levantaría". La costumbre hizo que ahora no pueda permanecer en cama por mucho tiempo, sin embargo, me siento especialmente bien y con ánimo, seguramente a causa de lo que pasó ayer: la plática con Rosa, ver a mi hija, la carta de mi hijo y pensar que día a día se presentan nuevas oportunidades para arreglar las pendejadas diarias.

El baño diario es indispensable. No es que los mexicanos seamos muy limpios, lo cierto es que la mayoría es como yo, nos cuesta mucho levantarnos y por eso es necesario echarse encima, a jicarazos, un buen cántaro con agua serenada para abrir bien los ojos y despertar por completo. La calle siempre

me llama, me gusta caminar, y ya bañado y bien desayunado es aún mejor. En realidad tengo pocos casos en la agenda, lo más importante es el robo a la tienda de relojes de la calle Juárez, El Elefante, y ya estoy tras los huesos del ladronzuelo de vecindad que seguramente es el autor material del hurto de los siete relojes de pulsera de hombre.

¡Vaya empleo! Investigador privado en un pueblo... ciudad, dicen algunos; pero si ni llegamos a los doscientos mil habitantes, ¡Qué ciudad va a ser! Sin embargo, no puedo irme al DF, si para estudiar me dio miedo, no se diga para trabajar, peor aún de investigador con certificado por correspondencia. Aquí, como quiera, don Chava Luévano, el jefe policiaco local, me tiene aprecio y me pasa algunos casos para ayudarles a resolverlos, sobre todo los de los riquillos.

En la calle Jesús María se respira tranquilidad, plena zona roja de la ciudad a unos cuantos pasos del Jardín de Zaragoza, del Templo del Sagrado Corazón de Jesús y a unas cuadras de la plaza central. Hay tranquilidad a esta hora, y pensar que apenas unas momentos antes estaba lleno de prostitutas y parroquianos. Siempre es mi ruta, no sé por qué: San Juan, Jesús María y 5 de Mayo, el mero corazón de la roja zona. Y, como todos los días a las siete de la mañana, ahí estaba ya Consuelo Elías, la gran matrona de La India Bonita, y digo lo de gran matrona por sus grandes dimensiones, su figura aún bien dibujada, distinguibles curvas, enormes senos y nalgas y sus embañados pelos de oro, barriendo la calle y tratando de esconder las inmundicias que dejan todos los días los clientes que llegan a su casa.

—¡Buenos días, mi capi Bigotes! —suelta en cuanto me ve, con su voz ronca que hace buen juego con su apariencia de mujer enorme, de muchas carnes.

Bigotes es el apodo que llevo desde sexto de primaria, cuando la maestra, harta de que la corrigiera cada vez que se equivocaba con mi nombre, lo escribió en el pizarrón verticalmente

BI ZMARK
GO RROSTIETA
TES EDO.

Por la rapidez con la que lo escribió, las primeras letras quedaron un poco separadas formando "Bigotes" y mis compañeros se rieron porque lo asociaron con mi notorio bozo que ya tenía a mi corta edad. Me gustó el apodo que después facilitaría la relación con la maestra y también me reí.

—Buenos días, doña Consu, ¿alguna novedad?

—Pues sí —me contesta con un tono de alegría y mucha picardía— hasta creo que vas a volver a ser uno de mis clientes consentidos, —luego agregó en tono confidencial—: tengo nueva mercancía, especialmente para ti.

—Gracias, doña Consu, pero ya pasó lo duro de la crisis y por el momento no creo que sea necesario probar esa nueva mercancía.

—Nomás deja que la veas, a ver si me dices lo mismo.

—Pues entonces creo que será mejor mantenerme alejado de tus dominios, no vaya a ser que caiga otra vez.

—Date una vueltecita hoy en la noche. Te la pongo en tu mesa y yo invito los primeros tragos —dijo otra vez con tono confidencial—. Está nuevecita, es de rancho, de un pueblucho de por allá de San José.

—¡Consuelo! —dije en un tono molesto—, ya sabes que no debes tener niñas en esto.

—Nombre... ésta ha de tener como dieciocho ya.

—¿Como dieciocho? O sea que pueden ser como dieciséis o diecisiete.

—Lo que digo es que ya está bien pues. Hasta se ve ganosa.

—¿Sabes una cosa, Consuelito? Creo que si voy a venir a ver esa mercancía que dices, ¡pero para volverte a cerrar el changarro!

—No, ¿cómo crees? Ya mis amistades no son tan generosas como antes y me va costar trabajo reabrir –termina con sorna.

—Pues ándate con cuidado.

Al decir esto, pude ver, a través de la puerta entreabierta, en el interior de la casa dos ojos negros profundos como la noche, se asomaban como buscando con ansias a la matrona. Cruzamos miradas pero no distinguí más que sus ojos, verdaderamente me asustaron y me volvieron el tiempo atrás; fue entonces cuando decidí irme, por miedo tal vez, pero sentía que era lo mejor en ese momento.

—Me tengo que ir, Consuelo. Pórtate bien y no creo que nos veamos pronto.

—Pues tú te lo pierdes, te aseguro que me lo agradecerías en vez de cerrarme o meterme al bote... Además, don Luisito sigue siendo mi amigo y no creo que me cierre.

—¡Adiós! –dije secamente y dejé el lugar con paso apresurado.

Durante el transcurso del día no puede alejar de mí el recuerdo de esa mirada. Apenas llegué al edificio, en la quinta calle de 5 de Mayo, atravesé el umbral siempre oscuro del sitio donde tengo mi oficina, mi bastión; subí las escaleras siempre sucias, entré a mi lugar de trabajo permanentemente tirado y desordenado. Comencé a leer el archivo del ladronzuelo de relojes, pero al poco tiempo me di cuenta de que no leía nada; sólo veía fijamente el papel, pero mi visión estaba en otra parte, dentro de mi cabeza. Veía esa mirada que al mismo tiempo me miraba y así comencé, sin darme cuenta, a tejer un sinnúmero de historias en torno a esa mirada, a esa carne nueva como dijo la Pelos, a quien seguramente pronto serviría de festín para los desgraciados leones hambrientos, mejor dicho hienas, que asisten a La india Bonita.

8 DE ABRIL DE 1961

CARMEN MANDUJANO,
UNA INDIA BONITA

San José de Gracia es un pueblo olvidado entre las montañas. Su posición geográfica, al fondo de un cañón, lo llevó a su práctica desaparición allá por mil novecientos veintiséis, cuando se decidió aprovechar las formaciones rocosas naturales para crear la presa más grande del país en aquel tiempo. Ahora sigue siendo igual, un pueblo un poco más arriba, pero olvidado todavía por la mano del hombre. Gracias al gobernador, don Luisito como le llama la gente, se arregló un poco el camino de terracería que lleva hasta el poblado, aunque claro que él tenía muy cerca de ahí algunas casas de campo; pero aún así, parecen fantasmas los autos que llegan a atravesar el lugar. Sin embargo, hay camiones de pasajeros que entran a San José cada tres días y llevan a la gente a la ciudad.

La actividad principal del lugar es la agricultura, específicamente para la subsistencia de la propia familia que cultiva la tierra, pues el comercio agrícola es escaso. Lo mismo pasa con la ganadería, pareciera que las vacas, en lugar de ser animales que contribuyan a la economía, son mascotas muy queridas, gracias a las cuales puede haber leche en las mesas de los *sanjosenses*.

Ahí vivía Carmen, una muchacha, casi niña, de piel bronceada, figura esbelta pero de curvas muy bien hechas, rostro

infantil con una risa inocente y una oscura mirada profunda; con apenas dieciocho años cumplidos. Su familia es tradicional: tiene una hermana mayor, Soledad, que está por casarse y la única labor de ambas siempre ha sido ayudar a las tareas de la casa, pues su madre falleció bajo circunstancias extrañas dos años atrás, cuando Carmen tenía 16 años.

Su padre, don Horacio Mandujano, no dejaba de lamentarse por no haber tenido ningún macho, al menos con ésta que era su mujer por todas las leyes. En realidad, nunca dejó de reprocharle a su esposa que no haya tenido un varoncito: “A las viejas, en cuanto les entre la edad, les crezcan las nalgas y las tetas, no les van faltar los cabrones calientes que se las van a querer llevar”, decía. Lo cierto era que, aunque siempre tuvo fama de querendón con las mujeres y de tener amoríos con varias del pueblo y de ranchos cercanos, nunca se dijo nada en serio, fueron más bien rumores creados por él mismo, porque así se estilaba, “así debía ser para que un hombre fuera respetado”. Si hubiera tenido un varón, aunque fuera en un rancho alejado, lo hubiera llevado a San José y lo presumiría como su vástago, pero no, nunca lo tuvo. Eso indudablemente lo convirtió en un ser resentido con la vida, con su esposa y especialmente con sus hijas.

Carmen se propuso terminar la primaria y lo logró a tiros y tirones, no porque ella tuviera problemas de aprendizaje, sino porque sus padres, especialmente su papá, le imponía tareas que la alejaban del estudio y no le permitía asistir regularmente a la escuela, aquella de dos maestros para los seis grados, pues decía que tarde o temprano iba a terminar con un hombre que la iba a mantener si lo sabía atender bien en la mesa y en la cama.

Carmen tenía la inquietud de ir a la ciudad para saber si era posible seguir estudiando y pronto salieron varios acomedidos que se ofrecieron a acompañarla hasta la capital. Especialmente, había un joven que se dedicaba a atender las labores en los

corrales de su padre y que sentía que ya tenía la edad para formar una familia. Era Matías, un chamaco de unos veinte años, cuya afición era la cría de gallos de pelea, tenía dos o tres animales y decía que algún día los jugaría en Aguascalientes. Cortejaba a Carmen y ya se sentía dueño de ella, aunque nunca le dio el sí; aceptaba platicar con él en la puerta de su casa cuando su padre no estaba y eso le hacía sentirse con derechos sobre ella. Por eso, cuando supo que Carmen quería ir a ver cómo estaba la cosa para estudiar la secundaria en la ciudad, se enojó mucho con ella y le preguntó que para qué, si él la iba a mantener y, que si un día ella iba a Aguascalientes, sería única y exclusivamente porque lo acompañaría a él a la Feria de San Marcos para que viera pelear a sus gallos. Carmen entonces le dijo que no tenía ningún derecho, porque ni siquiera era su novia y lo mandó de regreso a su casa. Matías se fue, pero al cabo de algunas horas regresó completamente borracho.

Carmen estaba ya en cama cuando escuchó que alguien la llamaba a gritos en la calle. Se asomó por la ventana de su cuarto y vio a Matías, traía en la mano un vaso de vidrio con alguna bebida, seguramente aguardiente. Le dio miedo que llevara la policía del pueblo y se lo llevara, pues a los borrachines siempre les daban buenas tundas y los dejaban sin ninguna de sus pertenencias, además de mantenerlos encerrados por dos o tres días. Fue a la puerta y la entreabrió, le habló al muchacho y éste, presto, dio un brinco y entró a la casa. Inmediatamente se abalanzó sobre Carmen y la abrazó con fuerza, pero también con mucha torpeza, casi se cae; fue entonces cuando Carmen lo abrazó a él, aunque con intención distinta, sólo para que no se hiciera daño al caer. Como pudo lo llevó a su cuarto y lo sentó en su cama.

—Te voy a traer un té —le dijo al tiempo que le quitaba el vaso de aguardiente y salía de su recámara rumbo a la cocina.

Matías con movimientos torpes se quitó los zapatos y el pantalón, luego se dejó caer en la cama; aparentemente se

quedó dormido, pero cuando Carmen se acercó para ofrecerle el té, éste la tomó del brazo y la jaló hacia él, derramándose el té sobre el brazo y parte del cuerpo, pero ni siquiera sintió lo caliente del líquido por estar concentrado en la mujer que asía con fuerza. Carmen sólo alcanzaba a balbucear algunas palabras, pero forcejeaba. El jovenzuelo, a pesar de su estado, logró quitarle la blusa y tomarle uno de sus senos sobre el brasier y apretarlo. Trató de quitarle la prenda, pero la muchacha pudo entonces darle una bofetada, lo que hizo que el enojo del borracho aumentara y, al tratar de jalarla nuevamente hacia él, equivocó el sitio y se fue de boca contra el colchón. Carmen trató de huir, estaba a punto de saltar de la cama cuando sintió como las manos de Matías la rodeaban por la cintura. Quedaron jadeantes uno al lado del otro, como esperando retomar fuerzas. Pasaron algunos minutos y nada, el muchacho no se movía. Carmen sentía todo su cuerpo cansado, pero alcanzó a levantarse un poco y librarse del abrazo del ebrio muchacho; sin embargo, para escapar tenía que saltar el obstáculo que representaba el cuerpo de Matías. Estaba decidida a hacerlo, habría deseado saltarlo para correr a protegerse al lado de su mamá y acusarlo, cuando de la boca entreabierta de su fallido pretendiente comenzaron a salir los más estrepitosos ronquidos que ella jamás hubiera escuchado. “Es mejor dejarlo dormir”, pensó, “al fin y al cabo hizo lo que hizo porque estaba embrutecido por el alcohol”. Mañana hablaría seriamente con él. Puso un par de almohadas entre ambos y se recostó tratando de no dormir, pero finalmente el sueño la venció.

Al poco tiempo, entró a su casa don Horacio también totalmente borracho. Desde hacía muchos años, cuando llegaba en ese estado, antes de ir a su recámara, lentamente se acercaba a la puerta del cuarto de Carmen, como antes hacía con Soledad, abría muy despacio la puerta y se encaminaba a la cama de su hija. Como siempre, se quedaba petrificado ante el lecho, simplemente observando, sin atinar a hacer algo, pero

esta vez, a pesar de la oscuridad, notó algo raro en la cama, como si su hija ocupara demasiado espacio y no podía ser posible, pues ella era muy flaca. Hizo lo que nunca había siquiera intentado, se acercó lo más que pudo y la luz de la luna que entraba por la ventana le permitió darse cuenta de que quien estaba durmiendo en la cama no era su hija, pero luego se dio cuenta de que sí era ella, sólo que estaba acompañada por un pelafustán. Se quedó inmóvil por un instante, sintiendo que la ira recorría todo su cuerpo, subiendo desde la punta de los dedos de sus pies hasta el extremo del cabello más largo de su cabeza.

Carmen despertó justo en ese momento y alcanzó a brincar a Matías, aprovechando el momento de inmovilidad de su padre, tomó su blusa y metió rápidamente sus pies en sus zapatos. Salió corriendo de su casa y no paró hasta que llegó a la terracería. Aunque estaba ya muy lejos de su vivienda, seguían retumbándole en su cabeza los gritos que su padre le profirió desde la ventana de su cuarto: “¡Eres una puta! ¿Para eso te cuidé tanto tiempo? ¿Para esto no te toqué? ¡No vuelvas nunca a esta casa o te mato, puta maldita...!”. Todo esto lo aprovechó Matías para salir corriendo de la casa de Carmen, en calzones, desbocado y dejando borrachera y cruda en el camino. A Matías no le dijo nada, “las calientes son las viejas, segurito ella lo metió a su cama”, diría más tarde.

La muchacha esperó bajo un árbol hasta que el sol dejó ver sus primeros rayos. No sabía qué hacer, era día de autobús pero tardaría mucho en pasar y no llevaba dinero. Pedir un aventón nunca lo había hecho, pero tal vez sería lo mejor, igual y pasaba alguien que viniera de otro rancho y no la conociera. Caminó durante mucho tiempo, horas y no pasó ni un burro suelto. Cuando había perdido la noción del tiempo, totalmente cansada, vio a lo lejos que se levantaba una nube de polvo, era un auto o una caballada desbocada, ambas posibilidades eran muy remotas. De cualquier manera, se acercó tímidamen-

te al borde del camino y, con un movimiento de su brazo, apenas perceptible, pidió aventón. La nube de polvo se pasó de largo pero unos metros adelante frenó repentinamente, haciendo que la cortina de arenilla suspendida se elevara y creciera al triple de su tamaño original. Carmen corrió sacando fuerzas de quién sabe donde y alcanzó la camioneta Apache color café. El señor solitario que conducía la camioneta no hizo muchas preguntas, venía de La Congoja y llevaba prisa por llegar a Aguascalientes; la llevaría hasta El Ranchero o a La India Bonita, pues ahí lo esperaban para cerrar un trato, una compraventa de ganado.

El Ranchero era una cantina ubicada justo en el vértice que formaban los caminos a México y a Zacatecas, ostentaba el primer permiso de cantina en la ciudad, pues estaba ahí desde el año 1888. Siempre había gente que esperaba el transporte a las diferentes rancherías y a las grandes ciudades, algunos se quedaban afuera, pero otros entraban al establecimiento para tomar una bebida espirituosa. Hasta ahí llegó la camioneta pasado el medio día, don Rómulo empujó las alas de madera de la entrada y se perdió entre los parroquianos que ahí departían. Carmen bajó y no supo qué hacer, esperó durante muchas horas, sin tomar ninguna decisión, incluso se asomó por debajo de la puerta de la taberna, tratando de encontrar a su compañero de viaje que sólo le dijo: “Hasta aquí llegaste, Aguascalientes es todo tuyo” y se metió al recinto de borrachos. Ahí estaba y no parecía que pronto fuera a salir. Carmen decidió entonces caminar rumbo a un templo que se veía cerca, no era muy creyente, pero le gustaba entrar a rezar a esas iglesias que le parecían enormes o a platicar con Dios, como ella decía. El Templo del Sagrado Corazón nuevecito la embelesó; la cantera, la altura de la construcción, las pinturas y

las figuras le transmitían tranquilidad, aunque no tenía ni la más remota idea de lo que haría en los minutos siguientes. Se sentó en una de las bancas de la entrada y cayó en un sueño profundo.

Pronto se hizo de noche y el barullo de la gente que llegaba para escuchar misa la despertó. Al salir, la calle ya estaba a oscuras y había poca gente, las lámparas apenas iluminaban a quienes pasaban debajo. Desde el día anterior no había probado alimento alguno ni siquiera un poco de agua. Aunque la noche apenas había caído, la oscuridad se hacía evidente; las luminarias en su mayoría estaban apagadas, había basura y pudo ver una rata corriendo por la orilla de la banqueta, vio a una mujer muy maquillada y con poca ropa, a su lado pasó un hombre tambaleándose. Le dio miedo y se quedó nuevamente como paralizada sin saber qué hacer; luego inició el regreso hacia El Ranchero y una cuadra adelante descubrió, por 5 de Mayo (hasta hacía poco tiempo conocida como Tacuba), la camioneta Apache color café.

Dio vuelta en la esquina de la calle Jesús María y enfiló hacia una casa que quedaba a cuadra y media. El instinto la hizo caminar hacia ese lugar, era una casa aparentemente, pero se escuchaba música y mucho relajo en el interior. Se acercó a una ventana y alcanzó a ver por un resquicio de las viejas y polvorientas persianas cómo don Rómulo se entretenía bebiendo, mientras en sus piernas sostenía el cuerpo voluptuoso de una morena que de vez en vez tomaba del mismo vaso. Sintió una especie de repulsión pero no supo qué hacer ni a dónde ir, se quedó sentada en la banqueta opuesta, frente a la entrada de la casa, recargada en un poste de luz. Las imágenes que acababa de percibir comenzaron a darle vuelta en la cabeza, además de don Rómulo, había en aquella casa un buen número de hombres, y todos estaban acompañados por mujeres con poca ropa o que dejaban ver sus piernas o senos, eran muy cariñosas con ellos... las imágenes comenzaron a

hacerse borrosas. Estaba quedándose dormida nuevamente, cuando de pronto la devolvió a la realidad el ruido que hizo un borracho al salir de la casa, impulsado por un fuerte empujón de una mujer. El bulto con brazos y piernas fue a caer a los pies de Carmen quien sólo atinó a dar un salto instintivo y un grito también involuntario; lo que hizo que la Pelos de Oro la viera y le preguntara qué hacía a esas horas en ese lugar. La cubrió con su cuerpo y sin mediar palabra la llevó a su casa, pasando por la amplia sala llena de bebedores disipados que ni cuenta se dieron de que la matrona llevaba algo metido entre su suéter y su cuerpo.

10 DE ABRIL DE 1961, POR LA TARDE EL INVESTIGADOR BIGOTES EN SUS MUNDOS

Quedé aturcido por la confusión entre la lectura, el estudio del robo de los relojes, el pensamiento y el continuo ir y venir de aquellos ojos profundos, la mirada honda que fue en realidad lo único que vi. Había encendido un viejo radio de transistores para escuchar la BI y me quedé profundamente dormido; me despertó una letra extraña que me envolvió y se metió en mi ensueño:

*Me enamoré perdidamente de una india bonita,
le di mi corazón y ella, en cambio, me entregó todo su amor
como toda mujer, supo al fin ablandar mi corazón
y me confió como el hombre que está ancioso de pasión.*

*Mi vida le entregué sin pensar, pero todo así sucedió,
siempre la causa fue que me hundiera por la desesperación
ya no podré olvidar ni besar esa flor, mi dulce amor,
la roja flor de tus labios que jamás podré olvidar*

“Escuchamos en su estación XEBI un tema inolvidable del maestro aguascalentense Alfonso Esparza Oteo, orgullo de esta tierra, *La india bonita*, vamos a unos avisos de nuestros patrocinadores y regresamos a este su programa...”. *La India*

Bonita era la canción, la India Bonita era la muchacha que estaba en ese lugar. Fue la voz del locutor la que me trajo de nuevo al mundo material, sustrayéndome de un sueño extraño, acogedor y excitante, pero al mismo tiempo desesperante. Era un sueño en el que veía a esa niña, a esa jovencita, pero no podía definirla, veía solamente su mirada, pero sabía que la abrazaba e incluso la besaba. Sin embargo, me desesperaba no saber qué podía hacer por ella, como si presintiera que algo terrible estuviera por ocurrirle y no pudiera actuar para defenderla, para protegerla, por lo cual, sólo me dejaba llevar por el momento grato y continuaba besando su boca, aunque no la veía.

Una vez consciente plenamente de mi estatus de simple mortal, comencé a elucubrar si el maestro Esparza Oteo pudo escribir esa canción inspirado en aquella chiquilla cuya mirada me tenía por lo menos atontado. Llegué a la conclusión de que eso era casi imposible, ya que no creo que el maestro hubiera llegado a estar en esa casa de mala muerte y no porque no quisiera, eso no lo sé, pero si no me equivoco, él murió en 1950 y creo que La India Bonita tiene en ese lugar algo así como diez años. Va, son tonterías, la edad de la muchacha, el rancho, su reciente llegada... pendejadas de mi cabeza extrañada, ¿qué más da si la conoció o no?

Era ya tarde y necesitaba ir a la vecindad grande de la calle Reforma, en donde seguramente encontraría al ladronzuelo que se llevó los relojes de la tienda de la calle Juárez. Me encaminé hasta allá por la calle Benjamín de La Mora sin poder alejar de mi cerebro, como una proyección perenne, los ojos de esa miel profunda.

Llegué a la vecindad y entré sin mayor problema. Estaba en medio del patio un chiquillo que apenas podía caminar, encuerado por completo y totalmente chorreado, mugroso. En el lavadero, una señora se afanaba en limpiar una blusa o camiseta, parecía que se rompería de tanto restregarla con los bordes de cemento de la pila. Se me quedó viendo con una mirada reta-

dora que me recorrió de arriba abajo. Dos jovenzuelos entraron en ese momento corriendo y me dieron un leve empujón; a uno de ellos lo detuve hace tiempo por el robo de un monedero de una beata riquilla que rezaba en el templo de San Diego, el otro seguramente también pasó por alguna de mis investigaciones, pero no lo recuerdo exactamente. La descripción que me habían dado apuntaba a un muchacho que alguna vez había intentado robarme el reloj, de hecho alcanzó a quitármelo porque yo estaba adormilado, medio borracho, en el quicio de la puerta de mi oficina. Aún así, corrí hasta alcanzarlo, me lo regresó dejándolo en el suelo y ya no me animé a meterlo a la cárcel, pero ahora no habría más remedio: “Una vez que lo tenga bien identificado y confeso llamaré a la policía”, dije para mis adentros. En ésas estaba cuando de uno de los cuartuchos apareció el susodicho caminando como si nada y luciendo un lustroso reloj de extensible de acero con algunos eslabones dorados. Cuando me vio, me reconoció inmediatamente y quedó como petrificado por un momento; luego reaccionó y quiso salir corriendo, pero yo estaba prácticamente al centro del patio y podía fácilmente cerrarle el camino. Lo alcancé y lo detuve, le apliqué una llave en el brazo derecho y lo dejé inmovilizado.

—Muchacho..., si borracho te alcancé la otra vez, ahora que tengo todos mis sentidos al cien, ¿qué esperabas? Por lo que veo, te gustan mucho los relojos, más si son baratitos. Ahora sí te vas a ganar el fresco bote, la verdad no pensé que fuera tan rápido resolver este trabajito, sólo me queda llamarle a la policía desde la tienda de la esquina o irnos caminando así como estamos ahorita.

—No, mi jefe, aguante. Ahí tengo todos los relojes, no los he acomodado todavía.

Sólo de pensar en el camino hasta las oficinas de la policía, allá en la plaza o por lo menos a la tienda de la esquina, pedir prestado el teléfono, esperar a que el tendero acabe de despachar a todos sus marchantes...

—Está bueno, se me ablandó el corazón. Me entregas todos los relojes, yo los regreso y digo que te me pelaste. Se van a burlar de mí, pero...

—Gracias, mi jefe, ahorita le doy los seis relojitos.

—¡Seis relojitos! ¿Que me crees pendejo o qué? ¡Son siete!

—Por eso, mi jefe, seis que le voy a dar y el que traigo puesto.

—Muy gracioso.

Caminamos a su cuartocho y, efectivamente, estaban todos en una bolsa, la misma en la que los tenía desde que se los robó. En un principio no me pareció extraño ver tres gallos amarrados afuera de su cuarto, pero al salir me di cuenta de que no eran unos gallos comunes y corrientes.

—¿También robas gallos?

—¿Qué pasó, mi jefe? Son del Güero Matías, el gallero, me los encargó porque el patio de la casa de su tío está muy chiquito. Si no me cree, vamos a preguntarle, está aquí adelantito, él llegó ayer en la noche.

—Está bien, hombre, no te asustes, a mí me contrataron para recuperar los relojes mecánicos, no estos despertadores naturales.

Caminamos hasta la salida. Apenas abrimos la puerta, entró un muchacho mal encarado que casi nos tumba.

—¿Qué le pasa a éste? —le pregunté al ladronzuelo.

—Pos es el Güero Matías. El que le digo que es gallero o algo así, le digo que llegó anoche, me dijo que venía de San José. Ahora en la Feria de San Marcos va a pelear unos gallos, si le da permiso el Nico.

No le di mayor importancia y me fui de ahí no sin antes haberle advertido al ladronzuelo que para la otra lo enviaría directito a la cárcel sin más preguntas.

10 DE ABRIL DE 1961, POR LA NOCHE

LA PELOS DE ORO

 El día que llegó Carmen o, mejor dicho, la noche, Consuelo Elías, la Pelos de Oro, había pasado una tarde algo violenta. Dos borrachos peleando, botellazos, golpes sin ton ni son, insultos y, en fin, todo cuanto se puede ver en esos lugares donde la esencia la conforman el alcohol y la lascivia.

Fue lo último que hizo en la noche, sacar al Charrascas, un leve empujón fue suficiente porque la voluntad del tipo no estaba del todo con él. Consuelo acababa de reflexionar acerca de lo que estaba pasando: últimamente el negocio no era lo mismo que antes, todos los clientes solían ser selectos, gente bien; ahora había como en botica, y la verdad muchos de ellos se habían ganado su amistad, incluso su confianza, bien contándole sus problemas, bien ayudándola en el buen funcionamiento de la casa (fontanería, pintura, mantenimiento en general) e incluso haciéndola de mandaderos.

Hace ya algunos ayer compartía vaso y canciones en las piernas de nada menos que don Diego Rivera. Por supuesto, él era mucho mayor y ella una joven hembra que, sin lugar a dudas, era la mujer más buscada en la casa de La Bandida, allá en pleno corazón del Distrito Federal. Una vez hasta llegó Frida y, en lugar de armarle un pancho, la levantó de con Diego y le palpó las nalgas: “Al menos para agarrarlas buenas no eres

tan menso”. Dice Consuelo que a lo mejor si se hubiera animado a echarse una canita al aire con la mujer de Rivera, pero no pasó de ese apretón de glúteos que la hizo sentir cositas raras. También asistían Silvestre y Pepe Revueltas, le hacían ojitos pero ella se hacía la desentendida y se daba el lujo de escoger al compañero de su noche; había muchísimos otros artistas, políticos y gente de sociedad... Quién sabe si serán verdad esas anécdotas que platica Consuelo ocurridas en la década de los cuarenta, pero recurrentemente vienen a su memoria cuando se acuerda cómo fue su entrada en Aguascalientes al mundo del intercambio de placeres por dinero, de la venta de noches inolvidables que sólo mujeres ajenas pueden otorgar; sí, esa llegada fue glamorosa, impresionante. Todavía no hace mucho tiempo, salía oronda y paseaba por la 5 de Mayo, sola o acompañada por algún hombre, un amigo o con sus muchachas; siempre que lo hacía, levantaba las miradas de los hombres y los reproches de las mujeres; ¿qué decir de las beatas? se santiguaban y le daban la espalda. “Pobrecillas”, pensaba Consuelo, “en realidad sienten envidia”.

Pero, poco a poco, ha ido perdiendo ese corazón fuerte que la hacía tener solamente clientes selectos y el lugar ha tenido que ir dando entrada a personas menos agraciadas con la vida; iba a ser necesario poner un vigilante en la puerta, uno de esos grandotes y fornidos, pues, al fin y al cabo, selectos o no, todos deben pagar su tributo por un momento de placer.

La llegada de la chiquilla, la india de San José, le hacía acordarse de sus mocedades y de cómo ella también tenía mucho miedo cuando comenzó todo. Ahora consolaba a Carmen y le dejaba quedarse en una de las habitaciones más alejadas del bullicio de la casa de licencias. La vida es difícil y, aunque muy en sus adentros, quisiera que la niña se convirtiera en una mujer de bien, su pensamiento instantáneo al ver esa figura fresca fue el de la llegada directa del cielo de un nuevo aire para el negocio, aunque ciertamente nunca estuvo en penurias económicas.

10 DE ABRIL DE 1961, POR LA NOCHE

LA OTRA INDIA BONITA

Entregué los relojes casi iniciada la noche. Me preguntaron por el ladronzuelo, pero le dije a mi capitán que me comprometía a que el mocoso no volviera a robar (vaya compromisos estúpidos que se echa uno). Lo cierto es que trataba de despejar un poco la mente y mi objetivo inmediato era regresar a la oficina para revisar algunos papeles. Una vez dentro, instintivamente prendí el radio. Es una costumbre que a partir de que me quedé solo se ha hecho más fuerte. La radio es mi fiel compañía, pero ahora comenzaba a ponerse impertinente, en muchos años no recuerdo haber escuchado el tema de Esparza Oteo, *La India Bonita*, y ahora, en menos de veinticuatro horas, la he oído dos veces.

El tema estaba ahí nuevamente cuando prendí el aparato e irremediablemente me trajo a la cabeza esa proyección extraña de la mirada de mi India Bonita. No sé por qué, pero entonces me di cuenta de que algo extraño pasaba en mi cabeza y me hacía sentir unido a esa mirada, a esa muchacha. Tal vez en sus ojos reflejaba la gran necesidad de ayuda que tenía y por fin había podido descifrar el mensaje. No había remedio, mi regreso al tugurio de Consuelo Elías era inminente.

La noche era plena y yo me encontraba en la puerta de la casa de Consuelo Elías. Nunca he fumado, pero en ese momento me hubiera gustado tener un cigarrillo y aventar algunas bocanadas de humo al aire. Comenzaron a atormentarle los recuerdos de noches anteriores, donde buscaba escapar de situaciones que pensaba insalvables, como la separación de mi familia. La verdad no puedo quejarme de lo vivido en La India Bonita algunos meses atrás. Encontré personas que me escucharon y que incluso soportaron mis impertinencias y desmanes. Fue Noelia, en aquel entonces, la muchacha que me atendió; en ese tiempo se llamaba Rocío... en realidad no sé cuál era su verdadero nombre, pero para mí era Rocío, una muchacha morena clara, de estatura más bien baja y buena figura.

Era solamente entrar a la casa, a la gran sala en la que siempre se encontraban tres o cuatro parejas “platicando”. Unas muchachas sentadas en las piernas de sus interlocutores y otras muy pegaditas a su lado. Las manos apresando los muslos brillosos de carnes exquisitas, expuestas precisamente para que “el cliente magulle, porque ya compró”. Había muebles con tapizados diferentes y una que otra mesita de centro para poner las bebidas. Yo nunca me quedaba en la sala, bueno, sólo cuando estaba el Chato al piano o con su pequeña banda, amenizando el momento, esperaba el tiempo que duraba la canción en turno y después iba directamente a la habitación que estaba enseguida del pasillo. Ahí Consuelo me recibía, platicábamos un rato y después le hablaba a Noelia. En la misma habitación, había un baño y una pequeña cama. Con Noelia no platicaba, es decir, yo hablaba y ella escuchaba, asentía y me complacía; movía la cabeza y sonreía pero no decía nada, no hacía falta.

Lo que yo tenía que decir se lo soltaba antes a la Pelos de Oro, tal vez por eso había entre nosotros una especie de cariño raro, como de amigos íntimos sin habernos acostado. Alguna vez estuvimos cerca, física y sentimentalmente, después de

todo, Consuelo era muy hermosa y aún lo es, pero algo nos detuvo cuando nuestras bocas estaban a punto de tocarse. Creo que ella jugaba conmigo, no lo sé, pero yo dejaba que jugara. Generalmente, sólo le contaba mis desdichas y mis tragedias, como si el mundo me hiciera sufrir sólo a mí. Ella me escuchaba, me daba algún consejo y se iba. Después venía el otro desahogo con Noelia... con Rocío.

Se había ido mi familia, no pude retener con argumentos a mi mujer y a mis hijos; las cosas no funcionaban, porque no tenía un trabajo estable y, cuando ella comenzó a maquinarse la idea de salir a trabajar, debo admitir que me consumieron los celos. No estaba tan errado, porque de algún lado salió el tipo preciso en el momento correcto. Aunque aquello fue realmente efímero, aunque no haya durado mucho; creo que sólo necesitaba un momento alejada. Por eso, Rocío se convirtió en mi escape. Puedo decir que conocí su piel, milímetro a milímetro, desde su cuello hasta la punta de los dedos de sus pies. Me entretenía en sus senos, ahí me quedaba por mucho tiempo, bien sólo con mi cabeza recargada, o bien recorriéndolos con mi lengua, dibujando con ella sus pezones de un color café oscuro; a veces los mordía y ella soltaba un quejido quedo, pronunciaba apenas alguna palabra. Era tal vez el único momento en que había palabras entre nosotros. Yo todo lo que buscaba era vaciarme, dejar ahí, de aquella manera física, todas las frustraciones que me pesaban, que llevaba como lastre en la espalda. Así pues mis visitas eran, pudiera decirse, furtivas: llegar, soltarlo todo y regresar a mi departamento, muy cerca de la Chueca, muy cerca de La India Bonita.

Sin embargo, aparentemente tengo algunos meses rehabilitado y entregado plenamente al trabajo... aun más, de no estar de acuerdo con algunas de las cosas que suceden en el tugurio de Consuelo; pero ahí estaba otra vez, con una ansiedad mayor a la curiosidad que me provocaron aquellos ojos de un negro amielado infinito. Y lo que tenía que pasar pasó, de pronto

se abrió la puerta y salió Consuelo con su cigarrillo. En cuanto me vio, exclamó con voz fuerte y triunfante:

—¡Sabía que ibas a venir Bigotitos! Aunque la verdad no pensé que tan pronto.

—Consuelo..., eh... lo que pasa es que eso que me dijiste de la niña...

—No, no, no, mi capitán Bigotes, no es una niña, ya es una jovencita y está rebien para ti –atajó la matrona-. Pásale para que la veas.

—Sí voy a pasar, Consuelo, pero sólo para ver que todo esté en orden –dije sin poder disimular el nerviosismo que me hacía temblar como chamaco en su primera cita amorosa.

—Pásale, tú sabrás lo que haces –me contestó Consuelo empujándome al antro que, como de costumbre, estaba lleno.

Es curioso cómo varios de los tipos que acuden al lugar se hacen del delito en cuanto entra un parroquiano, dan la espalda o se tapan la cara con lo que tienen a mano, el sombrero, el saco, la estola de la damisela o lo que sea. Me pareció que uno de ellos era nada menos que don Luis, pero la verdad no puedo afirmarlo. Consuelo me llevó inmediatamente por el pasillo que ya conocía y, al final de éste, nos detuvimos en la entrada de la habitación que estaba exactamente frente a la que meses atrás asistía asiduamente. Consuelo abrió sin avisar y pude ver cómo la muchacha, mi India Bonita, pegó un salto de un extremo al otro de la cama y se quedó paralizada observándonos.

12 DE OCTUBRE DE 1961, CUATRO DE LA MAÑANA

Se día por la media noche, seis meses después de ese primer encuentro, golpearon a mi puerta, casi la tumban, pero yo ni me inmuté; pues como vivo prácticamente en la Chueca he hecho una buena concha y doy por sentado que se trata de los desvelados que se encuentran perdidos, entre la somnolencia provocada por la noche y acentuada por los efectos del alcohol. Don Chava Luévano, el jefe policiaco, casi tumba la puerta y la hubiera tirado si no es porque entre sueños alcancé a oír sus gritos llamándome. Atiné a levantarme y semidespierto corrí a abrirle. Hasta que el capitán ya estaba adentro, me di cuenta que eran ¡las cuatro de la mañana! Restregándome los ojos para ver mejor sólo atiné a preguntar:

—¿Es tan importante como para venir a levantar a un cristiano que no le hace daño a nadie?

—¿Te gustan los mariachis? —me preguntó como si fuera el mejor momento para hablar de música.

—Mi Capi, ¿a poco me trae serenata? —contesté con un dejo de enfado.

—Nombre. ¿Conoces a los mariachis que acompañan casi siempre a don Horacio Westrup?

—Pues más o menos, pero qué más da... ya, mi Capi, suéltela que me caigo de sueño.

—Bueno, pasa que Memo Kummens contrató un mariachi, el de Westrup, y después de un buen rato de canciones se alocó, se puso como siempre a fanfarronear y le dijo al chapparito Lupe, el del tololoche, que se pusiera un puro en la boca. Lo puso a temblar, pero ya sabes que nadie le dice que no a Kummens. Se puso el puro, Memo le disparó y falló.

—¿¡Le dio al mariachi!? —reaccioné con una mezcla de asombro y enojo.

—No, falló pero no le dio al mariachi.

—Ah... menos mal.

—Pero repitió el tiro y esta vez sí le dio.

—¿Al puro?

—En la meritita sien al mariachito Lupito.

Me comenzó a hervir la sangre. Memo Kummens era ese tipo de hombre que siempre se sale con la suya. Fue entonces cuando entendí por qué el Capi había venido a esa hora a mi casa. Memo era exmilitar y se sentía parte de una familia acomodada, por lo que no existía ley alguna para él. Es bien sabido que cuando llegaba al casino en tiempo de feria, ni siquiera Nico Arvezu, otro personaje de peso en la ciudad, dueño de la jugada y el palenque, tenía la fórmula para ponerle freno. Llegaba Kummens a las mesas, jugaba una buena cantidad al veinte negro y nadie podía recoger sus fichas, hasta que salía su número y se le entregaba “su premio”. El Nico ordenaba que así se le atendiera.

—Lo malo es que todo pasó en la casa de la Pelos, y no quiere que entremos hasta que tú vayas —retomó el capitán.

—¿En La India Bonita?! ¿Hirió a alguien más? ¿Sigue ahí Kummens?

—Sí, en la India Bonita. No dañó a nadie más y no, ya no está Kummens ahí, inmediatamente salió amenazando a los mariachis que trataron de detenerlo. Como siempre iba con dos escoltas.

—¿Todas las muchachas están bien? —pregunté un tanto apenado, pensando que don Salvador pudiera leer en mi cara mi preocupación por Carmen.

—Pues todas están como locas, bueno..., histéricas, pero ninguna herida o lastimada —comentó don Salvador con cierto sarcasmo, porque la gente “de bien” de la ciudad les llama “las locas” a las mujeres de la Chueca.

—Bueno, mi capitán, vamos a ver que pasó —dije lleno de impaciencia mezclada con nerviosismo.

Me puse lo primero que encontré. Salimos rápidamente y, por la cercanía, llegamos pronto. El alboroto afuera continuaba y, apenas estuvimos en el lugar, el capitán Salvador le dijo a Consuelo que yo estaba ahí. Sólo así abrió un poco la puerta y únicamente me dejó entrar a mí. Antes que cualquier otra cosa, mi mirada y mi caminar, todas mis acciones, se dirigieron a Carmen, a mi India Bonita. Nuestras miradas inmediatamente se hallaron y fui a encontrarla, ella dio unos pasos y se colgó de mi cuello. Fue hasta entonces cuando pudo soltar el llanto.

Entre brumas veía a Consuelo gesticular y decir algo que no entendía. Estaba completamente perdido entre los brazos de la niña que, desde seis meses atrás, había compartido conmigo todas las noches. Y, cuando hablo de haber compartido, me refiero a eso: a compartir la noche, sentirla juntos, permitir que entrara por la ventana y nos cobijara, apenas tocándonos. El de ese momento era realmente el primer abrazo “fuerte” que nos dábamos. Hasta entonces, todo había sido total ternura, por llamarlo de alguna manera.

Fue hasta que el Capi me gritó que pude volver a la realidad. Al fondo de la primera sala, la que está entrando de la calle, a mano derecha, se encontraban la mayoría de las muchachas con caras aterradas y casi todas con un llanto que no podían detener; algunos mariachis veían asombrados hacia el piso, también ellos tenían los ojos húmedos por las lágrimas contenidas. En la pared podía verse una mancha entre roja y

morada que escurría hacia el suelo. Nadie hacia nada, Lupito estaba completamente inmóvil y una pequeña sábana blanca cubría ya la mitad de su cuerpo, dejando ver un gran charco de sangre que llenaba los costados del músico ultimado.

—¿Hacia dónde se fue y en qué se fue? —pregunté regresando de mi sueño, asombrado y dejando, realmente contra mi voluntad, el abrazo del pequeño cuerpo de mi India Bonita.

—Pues vino en su camioneta y en ella se fue, pero ¿pa dónde? pos derecho, por la calle hasta que dio la vuelta. Iba hecho la mocha, se fue junto con un gallerillo que anda como su faldero y con dos de los guardaespaldas con los que ha venido últimamente —contestó Consuelo con un dejo de tristeza mezclada con enojo.

—¿Qué hacemos, Capi, no trae la patrulla? Vamos por ellos.

En ésas estábamos cuando de la habitación contigua a la sala salió la voz de alguien que no quiso ser visto.

—Espérese, capitán, antes de que se vayan usted y el detective, vengan para darles instrucciones precisas.

Por supuesto, era don Luis, cliente frecuente, sus instrucciones desde luego giraban en torno a la discreción de la información e, incluso, en tener mucho cuidado siguiendo a Kummens, pues Memo no era cualquier personaje. Al terminar de escuchar las órdenes, naturalmente, ya no era necesario emprender la persecución, seguramente el asesino estaba muy lejos y sobre todo bien protegido.

—A los familiares del mariachi hay que darles todo lo necesario para que entierren a su difuntito y que no hagan argüende.

—Está bien, señor —contestó el capitán al tiempo que me indicaba con la mano que saliera de la habitación.

Sólo atiné a observar con detenimiento la escena del asesinato, sin mucho aspaviento recogí uno de los casquillos de los dos tiros que hizo Kummens. Lo guardé para después des-

cubrir que se trataba de una bala de 9 milímetros disparada de una Colt Official Police.

Una vez afuera, el capitán me dijo que la investigación había terminado y que hiciera como que no vi lo que hubiera visto. Me dijo que regresara a intentar recuperar el capítulo en el que interrumpió mi sueño, cosa que me pareció muy sensata, hasta que volteé hacia donde se encontraban las muchachas y me di cuenta de que Carmen no dejaba de observarme; se sonrojó un poco cuando notó que la vi y me sonrió a pesar de la situación que se estaba viviendo en el momento. Hubo una conexión extraña y ya no quise regresar a mi departamento, me acerqué a ella y me extendió las manos para recibirme, al tiempo que con voz casi inaudible me decía: “quédate aquí hasta que amanezca”. La destartalada camioneta de la Policía llegó y cargó con el cuerpo del desventurado mariachi, al tiempo que Consuelo gritaba para invitar a la concurrencia a regresar a sus casitas y olvidarse de lo ocurrido. “Mañana será otro día y la primera copa se las invito yo”, decía con la plena seguridad de que don Luisito no iba a permitir que cerraran el negocio. La verdad, yo también me olvidé pronto del asunto; de la sala a la habitación de Carmen, mi India Bonita, había transitado de un mundo a otro.

La verdad es que no era la primera vez que compartía la cama con Carmen. Para ser más exactos, puedo decir que desde la primera noche, aquel 10 de abril, cuando Consuelo me llevó a la habitación de Carmen y entramos sin avisar, yo me apoderé no sólo de un pedazo de la cama. Consuelo salió no sin antes decirle a Carmen que se portara bien conmigo, que no era malo y que lo que quería era ayudarla. La niña apenas movió el rostro y su mirada, más como signo de aceptación, de resignación.

En cuanto se cerró la puerta detrás de la Pelos, yo me puse un poco más cómodo en la cama pero aún sentado, y Carmen se arrinconó lo más que pudo. Me di cuenta de inmediato que, ante cualquier movimiento mío, ella aguzaba sus sentidos para estar en completa alerta. No notaba que con su posición, totalmente acurrucada y arrinconada en la esquina de la habitación sobre la cama, me permitía ver sus piernas turgentes y muy bien torneadas, parecía que brillaban; además, dejaba al descubierto, bueno, sólo tapada por su calzón, una vulva que se adivinaba carnosa. En otro tiempo, tal vez, hubiera brincado instintivamente a morder suavemente esos labios pulposos y lamer toda esa avellana fresca, pero estaba en aquel momento muy lejos de aquello y mi prioridad era ganarme la confianza de la muchacha.

—Lo último que quiero es causarte problemas o hacerte algún daño. —Le dije sintiéndome verdaderamente el más torpe de todos los hombres en ese momento.

Por supuesto, no hubo respuesta, apenas un ligerísimo movimiento de cabeza, hacia abajo.

—Bueno, la verdad es que no tengo mucha prisa, puedo esperar el tiempo que sea necesario para que me digas ¿quién eres?, ¿de dónde vienes?, ¿por qué llegaste aquí? —nuevamente no hubo respuesta—. ¿Sabes que este no es un buen lugar para una muchacha como tú?

Los dos permanecemos en nuestras posiciones por varias horas, no sé cuántas, realmente perdí la noción del tiempo. Yo creo que el sueño me venció y, sin darme cuenta, caí en la cama y me acomodé. Dormí plácidamente, como hacía muchísimo tiempo no lo hacía, con una tranquilidad que ya casi no conocía y con una total despreocupación por los hechos circundantes. Sin despertador y en ese sopor sabroso, cuando abrí los ojos ya había luz, más bien incitado por una manita que de pronto golpeó mi cara. Por supuesto, era la mano de Carmen que se estaba reacomodando en la cama. También

dormía con tranquilidad; tal parece que, después de algunos minutos de miedo, fue vencida por el sueño y, al verme dormir profundamente, se acomodó en su lugar y se dejó llevar por Morfeo.

La luz entraba plena por una ventana, eso significaba que era ya tarde para alguien que acostumbra estar en pie antes de que saliera el sol. Fue hasta ese momento que una especie de resorte me hizo levantarme rápidamente, Carmen reaccionó y se despertó dando un salto hasta ocupar la posición en la que estaba antes de que ambos nos durmiéramos vencidos por el sueño. No pude evitar una leve sonrisa y solo atiné a decir: “Buenos días..., ya se me hizo tarde y tengo que irme”. Ella no dijo nada, pero creo que fue una gran ganancia que con apenas una insinuación, una leve mueca que yo interpreté como una sonrisa, respondió a la que le había ofrecido yo apenas unos segundos antes. Salí de la habitación, no sin antes decirle que regresaría para “seguir platicando”.

Todavía no daba tres pasos y me tope con la figura de la madrota, Consuelo, que con una cara de satisfacción orgásmica me dijo:

—¡Qué bonita sonrisa, Bigotitos! Ves cómo cae más pronto un hablador que un cojo... Se ve que la niña te hizo buen trabajo.

—¡Por favor, Consuelo! Nos quedamos dormidos, ni siquiera nos tocamos. Mis visitas tienen objetivos de investigación, no de otra cosa.

—¿Tus visitas?

—Sí, voy a seguir viniendo hasta que descubra quién es esa niña y cómo llegó a esta pocilga.

—Mi capitán, yo te quiero mucho, pero eso no te da derecho a insultarme menospreciando mi negocio. Si tanto te desagrada, no vuelvas a pararte aquí —reviró ya con un aire de completo enojo.

—Está bien, Consuelo, sólo que mis visitas ya no volverán a ser como cliente, van a ser como investigador.

—¿Y como investigador te vas a acostar con mis niñas?

—No me acosté con tus niñas..., además, se supone que Carmen no es “tu niña”.

—Seguramente estuviste velando su sueño –me contestó ahora con un semblante burlón.

—Me dormí... nos dormimos –fue lo que atiné a contestar.

—¿¡Qué!?! Mi Capi, me vas a decepcionar.

—Nos seguiremos viendo, Consuelo, es lo único que te puedo decir... –y salí del tugurio rumbo a mi oficina.

Los días subsecuentes fueron muy similares, aunque la postura inicial de Carmen en la cama fue relajándose poco a poco; como que finalmente se dio cuenta de que en verdad mis intenciones con ella no eran precisamente las mismas que las de cualquiera de los clientes de la Pelos de Oro. Cuando, por fin, comenzó a pronunciar palabras, éstas eran monosílabas, y sólo respondía cuando le preguntaba cosas intrascendentes. No me quiso decir su nombre ni su lugar de origen ni el porqué de su huida o salida de su pueblo o comunidad o de donde viniera.

Los últimos días antes del asesinato del mariachi, aproximadamente, el último mes, nuestra relación mejoró mucho, pues la cama la compartíamos con mayor familiaridad, tanto que incluso ella se dormía con ropa digamos cómoda, prendas que le había dado Consuelo y que, por lo tanto, la hacían ver muy atractiva. Debo aclarar, sin embargo, que nunca hubo el más mínimo roce de nuestros cuerpos.

Salía ya muy entrada la noche, en la madrugada, y casi no dormía en mi casa, pues su imagen plácida, dormida y tranquila era lo último que me llevaba y no podía quitarla de mi mente, por lo que permanecía el resto de la noche casi despierto. Prácticamente sólo iba a mi casa a darme un baño y, noche tras noche, regresaba a La India Bonita, sabiendo ple-

namente que no iba a obtener ninguna información ni nada que me ayudara a encontrar respuestas; pero mis pasos, como por instinto, se dirigían al lugar donde sabía que encontraría a Carmen, que era solamente eso, su presencia, lo que me importaba.

12 DE OCTUBRE DE 1961

NUESTRA *PRIMERA VEZ*

*R*ápidamente el congal quedó vacío y yo llegué a la que ya consideraba mi habitación, por primera vez tomado de la mano de Carmen. No me soltó y, una vez adentro, me abrazó como nunca lo había hecho. Permanecimos así por varios minutos, solamente abrazados.

Nos quitamos la ropa hasta quedar solamente en interiores y nos acostamos olvidándonos de nuestras posturas de noches previas, ahora nos abrazamos. Por supuesto, debo reconocerlo, mi instinto animal, mi naturaleza humana, mi... hombría finalmente hizo que, a pesar de prepararme mentalmente día a día, de repetirme y repetirle a muchísima gente que lo mío con Carmen era solamente interés investigativo, sólo afecto especial por su situación..., las hormonas le ganaron a las neuronas y pasó lo que tenía que pasar...

Es decir, de pronto mi pene comenzó a crecer por debajo de mi calzoncillo y, como estábamos abrazados, se hizo presente en el cuerpo de Carmen, muy cerca de su sexo que, aunque estaba protegido por su ropa interior, no impidió que lo sintiera. Abrió unos grandes ojos al momento que lo tocaba y exclamaba: "¿qué es esto?!". Sin embargo, inmediatamente después esbozo una lindísima sonrisa, sin soltar lo que tenía asido en su mano.

—Y eso de la investigación, mi Capi... En mi mano tengo el cuerpo del delito –dijo con una sonrisa extraña, entre asombrada y traviesa, que, como quiera que fuera, la hacía verse más linda que nunca.

Mi rostro casi se quemaba por un calor intenso y seguramente se pintó de un rojo carmesí que me delataba, tal vez más que mi silencio otorgante de culpa. Al notar mi bochorno, rápidamente trató de cambiar la conversación con un tono serio y, sin dejar de tocarme con el calzón de por medio, me dijo:

—Sé qué es, aunque es la primera vez que toco uno –dijo con mucha pena mezclada con algo de excitación–, pero nunca lo había tenido así y tan cerca... ¿puedo meter la mano?

Nuevamente la respuesta fue un silencio torpe, acompañado por una mirada deseosa de que la muchacha pasara de la palabra a la acción y, como si hubiera leído mis ojos, metió su mano por debajo de mi prenda y acarició directamente el cuerpo del delito. Me sentía como un adolescente menso y muy ansioso, pues ahora que están a peso las confesiones, debo decir que tenía un muy buen rato sin que mi hombría fuera puesta a prueba. Introdujo su mano y contra lo que imaginaba o, mejor dicho, deseaba, su forma de tomarlo fue más bien como intentando mirarlo con las manos, como ir descubriendo la forma, la tonsura, la textura. Fue como una exploración inocente. Lo tocaba con un dedo, desde su nacimiento hasta la punta, luego ponía toda su palma sobre él, después con los dedos índice y gordo trataba de sacar el diámetro. Parecía que nunca iba a tomarlo como se debe tomar o, insisto, como yo deseaba que lo tomara. No, nunca lo tomó ni movió su mano como agitando una lata o un refresco, se quedó con su palma dentro de mi calzoncillo y subió una de sus piernas sobre las mías. Yo estaba totalmente confundido y sólo me dejé hacer, sin reaccionar, hasta que, después de unos minutos, mi instrumento quedó nuevamente flácido; sacó su mano y entonces nos abrazamos hasta quedamos dormidos profundamente.

El día pintaba de manera diferente. El Cerro del Muerto se iluminaba con los tonos rojizos que del lado contrario le enviaba el sol. En la plaza extrañamente se veía un buen número de chiquillos jugueteando, chamacos que disfrutaban de un día de asueto gracias a Cristóbal Colón. Era algo tarde para mí, pero poco a poco se me iba haciendo costumbre levantarme a esa hora, tal vez porque las noches junto a mi India Bonita eran una especie de medicina vitaminada que me daban energía, pero al mismo tiempo eran tan agradables que me hacían mas difícil poder alejarme del lugar, poder alejarme de ella. El recuerdo de lo vivido apenas unos minutos antes me tenía con una sonrisa que no cabía en mis cachetes y al parecer todo mundo se daba cuenta.

Iba a la Inspección de Policía que estaba atrás del Palacio Municipal, ni siquiera pasé por la oficina pues el trabajo había mermado y, además, ya no me interesaba tanto resolver los casos de los ladronzuelos y borrachos que cometían, típicamente, faltas menores. Nunca pasaba nada en esta ciudad de gente buena, pero, si en la oficina no había trabajo, era necesario ir a buscarlo a la Inspección de Policía; a fin de cuentas debía aceptar lo que hubiera, pues la panza no entiende que la felicidad puede ser un buen alimento.

—¿Qué novedades hay, mi comandante Esparza? Aquí como siempre listo para resolver los casos más difíciles... —comenzaba a saludar al oficial de guardia cuando me interrumpió groseramente.

—Ay, “mi detectivito”, ya sabía que iba a venir... ¿Qué no acaba de ver a don Salvador? Aquí no ha pasado nada, nadie ha matado a nadie. ¿Qué no entendió la orden?

Hasta entonces vino a mí la imagen del mariachi con la cabeza destrozada y tumbado en un charco de sangre. Vaya cosas, lo que pasó después con Carmen borró esa tragedia de mi cabeza; ¿en verdad iba al lugar con la mejor intención de ayu-

dar en los casos difíciles, sin recordar lo ocurrido apenas unas horas antes? Y, precisamente por eso, por haberme hecho recordar el acontecimiento, de pronto me entró una tremenda rabia contra todos, tal vez principalmente contra mí, contra mi egoísmo... Pero también contra la sarta de maleantes insertados en la Policía y en el mismo Gobierno. Me vino la imagen de don Luisito con su “a los familiares del mariachi hay que darles todo lo necesario para que entierren a su difuntito y que no hagan argüende”.

—¿Sabe qué, oficialito? Afortunadamente yo no pertenezco a esta corporación llena de bazofia, como usted... sabe. Dígale a don Chava, y si quiere al mismito don Luisito, que me valen madre sus órdenes, yo no me voy a quedar con los brazos cruzados.

—Pos usted sabrá... —dijo con un dejo de suficiencia y me dio la espalda.

Salí con una molestia que me hacía sentir el pecho demasiado estrecho para el resuello que me sofocaba del coraje. Atravesé la calle del Centenario y me senté en la primera banca que encontré en la Plaza de Armas, justamente al momento cuando las campanas de la Catedral hacían sonar once badajeadas.

Poco a poco me di cuenta de que había pasado rápidamente de sentirme el hombre más feliz del mundo a ser el más encolerizado, en ese preciso momento me sentía muy desdichado y hasta me despreciaba por haberme olvidado de lo que pasó con el mariachi; no me di cuenta de que estaba envuelto en un llanto silencioso y sollozante, con lágrimas interminables y una mezcla de coraje e impotencia... Tristemente sabía que no se haría justicia en el asesinato del mariachi, Memo Kummens ya debería estar bastante lejos. Me sorprendí de mis propios sentimientos y me recompose, no era precisamente un hombre rudo, pero tampoco era un sentimental. Ahora tenía la certeza de que ese individuo, tarde o temprano, terminaría pagando sus crímenes.

12 DE OCTUBRE DE 1961, CUATRO DE LA TARDE

CONSECUENCIA DEL REMORDIMIENTO

*J*rancisco Ortega Delgado, alias el Pancho Viejo, y Saturnino Santiscario, alias La Tuna, eran dos malhechores que contaban en su haber con un buen número de robos, abigeatos e incluso asesinatos. Unos días antes del crimen de Memo Kummens, don Salvador me pidió que dejara un poco los robos y los asuntos de segunda para ayudarlo a encontrar a estos asesinos que andaban a salto de mata.

Ya por la tarde y, en realidad más que por interés de ayudar a don Chava y su corporación, movido por una especie de expiación y, al mismo tiempo, para demostrarle a ese oficialucho de segunda que puedo resolver problemas, decidí ir en busca de esos delincuentes. Las investigaciones previas me habían llevado a una ranchería o colonia que se localiza al poniente de la ciudad llamada Lo Pozos; esas tierras ahora son ejidales, pero fueron parte de una próspera hacienda que llevaba ese nombre.

Resulta que el Pancho Viejo, conocido abigeo, después de haber asesinado a don Enrique Camacho, a quien le robó un hato de ganado para después venderlo en Corral de Barranco, regresó y estableció una relación de concubinato con María Centeno, nada menos que esposa del difunto, mejor dicho, entonces ya viuda. Eso medio ejido lo sabía, pero nadie se animaba a denunciar ni el asesinato ni el concubinato (técnica-

mente el concubinato no era un delito, pero podía convertirse en un buen chisme de barriada). Pues bien, me dirigí a Los Pozos y comencé a indagar acerca del tal Pancho Viejo, tratando de justificar un poco mi falta de congruencia por el asesinato del mariachi Lupito y en revelada respuesta a las más recientes instrucciones de don Salvador.

El lugar era un conjunto de caseríos y mucha tierra labrantía, posesión ahora de los ejidatarios. Al fondo y bastante alejado de la comunidad, aún se encontraba muy bien cuidado el casco de la hacienda; el templo y la casa grande aún conservaban la majestuosidad que alguna vez mostraron como símbolo de la opulencia.

El camino fue largo, buen tiempo para reflexionar sobre los últimos acontecimientos de mi vida; estaba aturdido todavía por lo ocurrido con mi India Bonita, pero concentrado en el caso del Pancho Viejo y la Tuna, sin dejar de pensar en Memo Kummens, el asesino del mariachi.

En realidad, no tenía ninguna pista de los abigeos y el enamorado asesino, solamente la declaración de uno de los vecinos del esposo asesinado, quien dijo haber visto antes a la Tuna en una pulquería de este ejido. Rápidamente me enteré de que sólo había dos pulquerías en el sitio, en la misma calle, la principal del lugar, una en cada extremo. Entré en la primera: el lugar era sórdido; en una mesa al centro, se encontraba semidormido un individuo alto y gordo. Su jarro de pulque estaba a medias y yo pasé directo con el encargado del tugurio. Era un hombre viejo con la piel ajada que hacía juego con una expresión de permanente enfado, la cual se acentuaba conforme me acercaba, desde luego por la presencia de un personaje extraño en aquel cuchitril.

—Buena tarde —solté tratando de mostrarme firme y seguro.

—Buenas... ¿Qué va a tomar? —contestó mi anfitrión.

—Eh..., bueno, más bien quiero hacerle unas preguntas.

—Si no va a tomar, no le contesto nada.

—Está bien, está bien, deme un jarro —le dije al momento que ponía unas monedas sobre la barra.

Me sirvió un jarro de pulque, el cual metió en una tinaja donde ya se le había formado una nata espesa y ya patinaban muchas moscas. Por no dejar, le di un trago al líquido, apenas sintiéndolo en los labios, y entonces retomé el interrogatorio.

—¿Ahora sí puedo preguntarle?

—¿Qué quiere saber? —me contestó con la misma molestia anterior.

—Estoy buscando al Pancho Viejo y a la Tuna, ¿los conoce?

—No, no los conozco. ¿Algo más?

—Pero ya le compré el pulque... —repliqué desconcertado.

—Yo cumplí, ya le contesté. No los conozco —dijo y se retiró de la barra, dando por concluido mi interrogatorio.

En estricto sentido tenía razón aquel personaje repugnante. No siempre vamos a obtener como respuesta lo que nosotros queremos o necesitamos, aun cuando hayamos pagado por ello. Resignado, tomé rumbo a la salida; apenas puse un pie en la calle, escuché algo entre sonido gutural y palabra...

—*Uighaa...*

Fue más o menos lo que oí. Instintivamente voltéé a ver de dónde venía el ruido y vi al ser que estaba al centro del lugar, tumbado sobre la mesa y semidormido, levantándose un poco e intentando mirarme a través de unos ojillos entrecerrados. Apenas podía articular palabra, pero alcancé a entender cuando me dijo que el Pancho Viejo y la Tuna sí estaban en la hacienda. No sé cómo lo entendí, pero ya no pude sacarle otra palabra.

Apenas saliendo del tugurio, pasó muy cerca de mi una camioneta Apache roja. Me hizo dar un salto para casi emba-

rrarme en la pared. Salí de mi asombro y retomé el camino; no pude identificar a nadie en la camioneta pues rápidamente dio vuelta a la derecha en la primera calle polvorienta. “Seguramente un borracho”, pensé.

Sin embargo, aún no alcanzaba a recuperarme del todo del embarrón en la pared, cuando apareció nuevamente la camioneta, a toda velocidad, dejando tras de sí una gran polvareda. Instintivamente me embarré a la pared, ahora por propia iniciativa.

—¡¿Qué chingados buscas aquí?! Lárgate si no quieres salir con las patas por delante.

No reconocí al tipo que me gritó, a pesar de que la camioneta pasó muy cerca de mí. Quedé petrificado y rápidamente traté de conectar hechos. Algo en mi interior me decía que esas amenazas no tenían nada que ver con la investigación que llevaba en aquel momento. El Pancho Viejo y la Tuna eran pendencieros naturales, incapaces de organizarse en pandillas. Sin saber cómo, estaba pisando unos callos que no pensaba encontrar en la extremidad que ahora auscultaba, es decir, en mi búsqueda de esos dos pendencieros.

Retomé mi camino con mucha precaución y realmente teniendo en cuenta la invitación que me acababan de hacer los encamionetados. Al dirigirme hacia la salida de la colonia, comencé a recuperar algunos datos en mi memoria. Kummens huyó en una camioneta roja y sus ancestros fueron hacendados, dueños de la hacienda de Lo Pozos... Hasta entonces pude conectar algo.

Llegué caminando a Los Pozos, pero me pareció que el regreso de la misma manera sería agotador, por lo cual busqué un aventón con alguno de los trabajadores de las obras que se estaban haciendo en el lugar; desde inicios de la década de los cincuenta se encontraba en construcción un club exclusivo para tenistas y para los más ricos de la ciudad. Finalmente, quien me llevó al centro fue el ingeniero Salvador Leante, iba acompañado del tenista Gregorio Román. Obviamente les pre-

gunté por Kummens y coincidieron en que, aunque la familia quiso formar parte de la asociación, prefirieron no aceptarlos como socios, considerando los antecedentes de Memo. No logré obtener más información por parte de ellos. Les agradecí el favor y les dejé mi tarjeta de investigador y detective privado.

12 DE OCTUBRE DE 1961, POR LA MAÑANA

CARMEN MANDUJANO, HOY,
EN SU INTERIOR

Pasamos muchas noches juntos, prácticamente todas desde su llegada; aunque no me quedara hasta el amanecer, pues algunas veces me iba ya entrada la madrugada y otras casi me sorprendía el nuevo sol. Al inicio, pasaban las horas sin que hubiera alguna palabra entre nosotros; pero poco a poco comenzó a contestarme y, después de algunos meses, ya me había ganado su confianza; ahora sabía cosas que no creí que me llegaría a platicar.

Si bien, Carmen seguía siendo la misma chiquilla que llegó asustada al lugar de la Pelos de Oro, lo cierto es que con el tiempo se fue adaptando a su nuevo entorno. No convivía con los clientes, pero cumplía con sus funciones, especialmente la limpieza del lugar y, en ocasiones, la cocina; definitivamente, Consuelo no iba a tenerla dioquis; fue conociendo a las muchachas con las que incluso había establecido cierta cercanía amistosa. Desde luego, también comenzó a ser objeto de deseo de los asiduos asistentes al sitio, pues no pasaba desapercibida.

Su madre era una presencia permanente. Desde su llegada, su amá, como le decía, con quien en el rancho pocas veces habló, todos los días la visitaba por las noches o en los momentos que más la necesitaba. Todo inició cuando, la primera noche fuera de su casa, su madre se le presentó al extremo de su cama y le dijo:

—Recuerda que siempre voy a estar contigo —así le decía desde pequeña—, aunque a veces no podamos hablar, ya ves como es tu pá... Siempre que me necesites, si no estoy cerca, piensa en mí y ahí estaré. Tú eres una niña muy inteligente y te sabrás valer por ti misma.

Aunque fue una mujer abnegada y callada ante la violencia de su esposo, siempre estuvo segura de que si alguien, aunque fuera él, intentaba hacer daño a su hija, la defendería como una leona. Eso lo sabía Carmen, era una de sus grandes certezas. Varias veces, en los últimos meses, platicaron. Su madre le decía que tuviera mucho cuidado, incluso con las muchachas; que no confiara ciegamente en nadie ni en Consuelo, por ello tenía sus reservas. Así platicaban, hasta que, de pronto, entre una especie de bruma, mezcla de humos blancos y grises, su madre se iba borrando y el espacio, a la orilla de la cama, quedaba nuevamente vacío.

¿Sobre mí...? sobre mí platicaban poco. Apenas le decía que tenía un amigo mayor que ella, el rostro de su madre se tornaba entre abrumado, asustado y enfadado. Carmen le decía que se trataba de la persona que más la había cuidado desde que llegó a la ciudad y se había convertido en alguien muy especial. En realidad, con lo que había ocurrido unas horas antes, no sabía si verdaderamente era sólo un buen amigo. Tenía la certeza de que, al sentir mi cercanía, había experimentado emociones extrañas, cosas que nunca había sentido. ¿Ganas? sí, eso era, ganas de seguir experimentando, deseo de ser tocada, de quedar expuesta, de tomar mi sexo, de que tocara el suyo que se había mojado como nunca antes había estado. De pronto, todo se esfumó; se avergonzó, no supo si, al pensarlo, su madre pudo entender lo que recordaba en esa conversación mental. Se ruborizó y recibió por respuesta de su etérea progenitora: “Pues ni de él debes confiarte”. Carmen tenía pocas certezas, pero sabía que su madre estaba siempre ahí y también sabía que yo nunca le haría daño.

13 DE OCTUBRE DE 1961

EL INVESTIGADOR EN VIERNES DE PARRANDA

Extrañamente, el lugar no fue clausurado y el ambiente era de fiesta. Desde la entrada, había gente, las muchachas estaban contentas por la posibilidad de ganarse una buena propina. La sala principal se llenaba de la música de piano del Chato, siempre alegre. Los parroquianos eran los de siempre, en su mayoría, jóvenes ávidos de placer fácil. Pero los viernes, también se daban cita representantes de las mejores familias del poblado: los Leal, los Landín, los Romo, los Montes, los Ortega, los García Rojas, los Sandoval, los Ávila, los Arteaga, los Jáuregui, los Reynoso, los Reyes, los Saucedo, los Sahagún, los Varela y muchos etcéteras.

Era fin de jornada, fin de semana, fin de quincena. Los viernes, especialmente los cercanos al día quince del mes, eran particularmente buenos para La India Bonita. Eran días en los que se podían ver también figuras de los ámbitos artístico, político y social, personajes de la más rancia élite de nuestra ciudad. Después de un ajetreado día anterior, toda la mañana estuve dándole vueltas a lo acontecido en la hacienda de Los Pozos y a los pocos datos que hasta entonces tenía. Decidí ir a La India Bonita un poco más temprano que de costumbre.

Hacía mucho tiempo que no tenía la sensación que experimentaba ahora. Como si fuera a ver a alguna de las muchachas

para reclamar algún servicio. Bueno, en realidad iba a ver a una muchacha, pero no para comprar caricias. También fue la primera vez que la vi en la sala, platicaba muy animada con la Wense, no sé de qué, pero sonreía. Me dio gusto, pero al mismo tiempo una mezcla de angustia y enojo. El enojo no era con ella, sino con todos los parroquianos que no dejaban de mirarla, a pesar de que vestía su ropa común: una falda larga, abajo de la rodilla, y una blusa floreada, cerrada hasta abajo del cuello. Las zapatillas baratas, de las que venden en el mercado grande del centro cerca de mi oficina, sólo dejaban a la vista sus pantorrillas, sus chamorros que eran exquisitos... Yo mismo me censuré con este último pensamiento.

De pronto volteó y me vio, inmediatamente corrió hacia mí y me abrazó fuertemente. Otra primera vez. Me di cuenta de que al fondo de la sala, Consuelo nos observaba divertida, pero no sólo ella, prácticamente todos los que llenaban el lugar nos veían entre incrédulos y envidiosos. En realidad, era una miscelánea de miradas. Pensé en tomarla del brazo e ir a nuestra guarida, pero al instante me vi inmerso en un sinnúmero de historias que irían del drama a la comedia, en todas, ella sería un personaje vejado, denigrado y pisoteado en las mentes de los lascivos tertulianos. Caminamos sólo unos pasos hacia uno de los sillones que afortunadamente estaba aún vacío y nos sentamos; como nunca, comenzamos a platicar en ese entorno grisáceo, imbuido de humo de cigarro, voces, murmullos, música y una alegría que no dejaba de ser, en gran porcentaje, ficticia.

Intentamos platicar, pero era casi imposible. Casi a gritos le dije que me iba, que me acompañara a la puerta; ahí, por fin, pudimos establecer un breve diálogo:

—No fui al cuarto, porque no quiero que ninguno de éstos —señalé al interior— siquiera insinúe que pudiera estar pasando algo entre nosotros. Tenemos que platicar de lo que pasó ayer, tanto de lo de Lupito, el mariachi, como de lo que ocurrió después, entre nosotros.

—Lo de ayer fue muy extraño —contestó ella—. Al mismo tiempo fue la noche más horrible de mi vida y la más, no sé cómo decirlo, ¿divertida? No sé si decir la más hermosa, pero fue un momento que me hizo sentir feliz, feliz hasta ahorita.

—Bien —dijo un tanto extrañado—. Debo irme.

Me abrazó y me dio un tierno beso en la mejilla. Yo, un tanto sorprendido, la vi directamente a los ojos y así nos quedamos viéndonos por unos segundos, al mismo tiempo desviamos nuestras miradas, evitando mutuamente lo que parecía inminente. Tomé camino a casa, no sin la preocupación de que se quedara en la sala y no fuera directamente a la guarida. Ella entró al tugurio, cruzó la galería entre el bullicio seguida por muchas miradas y fue directamente a su cama. Durmió como una inocente a pesar del ruido que la circundaba.

No pude dormir más de tres horas. No había razón, prácticamente ella era una adulta y no éramos nada, sólo amigos. ¿Amigos? ¿No era acaso mi *objeto* de investigación, como había dicho a Consuelo meses atrás? Pero, además, no eran celos lo que sentía ni temor de que ella tomara la decisión de aceptar los avances sexuales de alguno de los clientes de Consuelo. Es absurdo pensar siquiera que un viejo como yo se estuviera enamorando de una jovencita inocente, pueblerina. No, lo que sentía era un verdadero temor, *casi* paternal, de que fuera a sufrir algún tipo de abuso. Que, en un abrir y cerrar de ojos, la realidad de su nuevo entorno se le estrellara por completo en el cuerpo y la trasformara en uno más de los seres que habitamos este mundo. Sí, era eso, el temor de perder a una personita que había venido a cambiar mi entorno, mi visión de un mundo que se me estaba siendo adverso y al que veía podrido por todos lados. Alguien que vino a darme esperanza no afectiva, menos sexual; esperanza, confianza en la humanidad. Saber que de nacencia somos buenos, que en el camino es donde nos torcemos. Al fin y al cabo, también un sentimiento egoísta, ¿era por mí o por ella el temor?

14 DE OCTUBRE DE 1961

Y LA VIDA Y LOS DÍAS SIGUEN

*N*ormalmente, en mi trabajo no había descanso. Pero, este día, a pesar de haber despertado muy temprano, no tenía ganas de levantarme. Era sábado a fin de cuentas, un poco de reposo es obligado. Seguramente, una pausa para la holganza, finalmente me ayudaría a poner en orden las prioridades que, a decir verdad, no eran tantas:

1. Francisco Ortega Delgado, Pancho Viejo, y Saturnino Tiscareño, la Tuna, en relación con el asesinato de don Enrique Camacho y el abigeato.
2. El asesinato del mariachi Lupe a manos de Kummens.
3. La situación entre Carmen y yo.

Debía tomar orden. Por cuestiones de sensibilidad emocional, lo primero a investigar sería lo concerniente al asesinato de Lupito, el mariachi, pero por instrucciones y responsabilidad profesional, debía comenzar con el abigeato y el asesinato de don Enrique. Indudablemente, lo que estaba pasando entre Carmen y yo debía quedar en el último lugar de mis prioridades, pero en mi cabeza, siempre estaba a la vanguardia de mis ideas.

Afortunadamente, contaba con algunos archivos policíacos de, por lo menos, unos tres años hacia atrás. Secciones

policíacas de los dos diarios, prácticamente desde que aparecieron en la ciudad. Robos de todo tipo, riñas, estafas y asesinatos. Tanto expedientes como recortes de prensa. Estudiando toda una mañana, entre un cerro de papeles, pude darme cuenta de que el asesinato de don Enrique Camacho había ocurrido en la segunda semana del mes de enero de este 1961. Sin embargo, no era el primer homicidio que cometía el Pancho Viejo, pues en tres años había matado a por lo menos otras cuatro personas: dos en riña y el resto con plena alevosía para robarles, joyas a una de ellas y, a otra, cabezas de ganado. Extrañamente, sus fechorías anteriores habían quedado archivadas o de plano se les dio carpetazo.

Entonces, el caso abierto y que me competía era el de enero. El Pancho Viejo, en compañía de la Tuna, dio muerte a don Enrique Camacho. El móvil visible: el hurto de cinco cabezas de ganado. El invisible: la relación del Pancho, de meses atrás, con la ahora viuda de Camacho. Los habían visto en distintos lugares de la ciudad. Todo indicaba que era un buen caso para mí, por lo cual don Chava me comisionó el asunto.

Algunas pistas. Cinco asesinatos. Era la segunda ocasión en que robaba ganado. Era amante de la esposa de la última persona que había matado, por cierto, ella de nombre María del Carmen. Entonces, no era un criminal de poca monta.

Según los archivos, tres de las últimas cabezas de ganado que había robado Francisco Ortega fueron encontradas en el rancho El Chacho, antes hacienda, colindante con la exhacienda de Los Pozos. ¿Sería coincidencia?, ¿por eso las amenazas en Los Pozos? El borracho de la pulquería me dijo que ahí habían estado Francisco y Saturnino. El Pancho, la Tuna y Kummens. El Chacho y Los Pozos. ¿Será que habrá relación entre los abigeos y Kummens? Bueno, los tres estaban involucrados en asesinatos y robos. Los primeros del vulgo y el segundo de alcurnia, pero, al fin y al cabo, asesinos y rateros.

Por la noche, en La India Bonita, el ambiente no era muy distinto al de la noche anterior y, de igual manera, Carmen estaba platicando con las muchachas. Pareció leerme la mente, porque, en cuanto me vio, me hizo una guiño con el ojo derecho y dejó su amena charla para ir a su habitación. Yo permanecí ahí unos minutos, saludé a algunas de las muchachas y a uno que otro de los visitantes frecuentes. Estaba don Luis, el gobernador, platicando animadamente con Concepción Nicanor Arvezu, el Nico, dueño del casino y del palenque de la Feria de San Marcos, de la jugada como se le llamaba. A ellos hice como que no los vi y me escabullí a buscar a Carmen a nuestro cuarto.

—Me vine para acá, porque sentí que ayer te molestó que no hayamos podido platicar en la sala o porque te sentías mal de que te vieran conmigo —me dijo Carmen apenas entré a la habitación.

—No, claro que no me molesté. Lo que no quiero es que vayan a pensar que eres una más de las muchachas.

—Bueno, si soy una más de ellas —la miré incrédulo—, pero no hago lo mismo que ellas, yo aquí tengo otras tareas —añadió de inmediato al ver mi rostro de extrañeza—, pero poco a poco se han convertido en mis amigas, no veo a nadie más aparte de ti.

Tenía razón, había dejado todo atrás. De hecho, el objetivo principal de su salida del pueblo era, en principio, el estudio, aunque no de la manera tan precipitada en que se dio. Poco habíamos hablado de ello, yo había puesto poca atención a buscarle la posibilidad de que siguiera estudiando. Ahora me quedaba claro, en cuanto se calmaran un poco los asuntos policiaco-detectivescos, me abocaría a encontrarle una buena secundaria pública donde pudiera continuar sus estudios.

Platicamos de muchas cosas, especialmente del mariachi, de mis hallazgos y también le comenté que había decidido buscar una escuela en la que pudiera retomar sus estudios. Me dijo que para ello necesitaría tener sus papeles y no tenía nada a la mano, que debería regresar a su casa y por lo pronto no le gustaba mucho la idea. Nos adentramos en la noche y retomamos nuestra ahora costumbre. Ella se desvistió sin ningún falso pudor hasta quedar en ropa interior. Me hizo a un lado de la cama y se metió bajo las cobijas.

—Perdón, pero ya hace sueño —me dijo un tanto apenada.

—Muy bien —le dije—, ¿quieres que me vaya?

—No, claro que no. Quiero que te acuestes y sigamos platicando hasta quedarnos dormidos.

—Muy bien... —dije procediendo a quitarme la ropa—. Por cierto, tenemos que hablar también de lo que pasó entre nosotros, ¿te acuerdas?

Sus mejillas se tornaron de un rojo intenso y me dijo que seguramente platicaríamos de eso en su momento, pero que, por ahora, quería escuchar algunas de mis aventuras de detective y quedarse dormida tranquilamente, sabiendo que yo estaría ahí hasta que nada la despertara.

Ya casi amanecía cuando salí del cuarto, me volví para mirarla, los incipientes primeros rayos del sol le iluminaban tenuemente su rostro. Sin duda, era aún una niña, muy tierna, muy inocente y muy hermosa, fácil presa de los clientes de Consuelo, la Pelos de Oro.

Crucé por la sala que aún conservaba un olor nauseabundo acorde a todos los desechos que había en el sitio: basura, vómito, vasos rotos e incluso unos calzones. No pude dejar de pensar que, en unas horas, Carmen tendría que estar limpiando este muladar. Me fui reflexionando que esa mujercita merecía un mejor futuro.

01 DE NOVIEMBRE DE 1961

UNA REFLEXIÓN SOBRE LA MUERTE

*L*a misma rutina todos los días, lo que comenzaba a ser diferente era el hecho de que Carmen pasaba más tiempo en la sala. Convivía más con las muchachas e incluso, algunas mañanas, las acompañaba a hacer sus compras en las tiendas del centro. Cuando yo llegaba, de inmediato se dirigía a nuestro refugio y no salía de ahí hasta el día siguiente, era algo que incluso las otras chicas entendían y no cuestionaban.

Ya había visto algunas alternativas en la Dirección de Educación del Gobierno para que pudiera integrarse a la escuela secundaria. Por su edad, existía la posibilidad de que Carmen entrara a la escuela especial para trabajadores, pero eso sería hasta el siguiente curso escolar, el próximo año. Sobre eso y otras cosas de menor importancia habíamos platicado los últimos días. De lo que pasó entre nosotros la noche del asesinato del mariachi no volvimos a hablar.

Por otro lado, las investigaciones me habían llevado, después de algunos días, a tener ciertos resultados que consideraba buenos. Primero, tenía por fin algunas certezas: tanto Kummens como la Tuna y el Pancho Viejo eran vecinos, pues vivían, el primero, en el casco de la Hacienda de Los Pozos y, los otros dos, en la colonia de Los Pozos, donde fueron los terrenos comunales del ejido.

Pude establecer que las cabezas de ganado que se encontraron en la hacienda del Chacho, robadas por el Pancho Viejo, habían sido tratadas en la hacienda de Los Pozos. De lo robado a don Enrique, hasta la fecha se sabía que la mayor parte de las cabezas, habían sido 10, se encontraron en Corral de Barrancos, pero tengo el presentimiento de que algunas de las reses podrán también encontrarse en las cercanías de la exhacienda de los Kummens. Además, si fueron 10, necesariamente debieron usar dos camiones o algunas camionetas. De cualquier manera, tanto El Chacho como Corral de Barrancos y Los Pozos habían sido haciendas, ahora son ejidos, comunidades rurales, con excepción de los cascos de las mismas. Conforman un triángulo, la primera al poniente, la segunda al oriente y la tercera al sur en su disposición triangular; las tres al norte de la capital, cada una de ellas muy cercana a las otras. Así, pues, había una cierta proximidad entre los tres personajes.

En segundo término, debo señalar que en una de las ocasiones en que visité nuevamente Los Pozos, vi entrar al casco de la hacienda a un jovenzuelo que me pareció reconocer. Revisando en mis archivos, salió a luz el robo de los relojes de la tienda El Elefante y que el ladronzuelo cuidaba los gallos de un tal Güero Matías. Sí, era aquel muchacho mal encarado y, cuando lo vi, llevaba bajo el brazo un gallo, seguramente para entrenarlo.

Decidí ir a La India Bonita un poco más temprano, pues, al ser Día de Todos los Santos, Consuelo había decidido que saldría a las calles para restregarle a la puritana sociedad de la ciudad a sus muchachas con atrevidos atuendos y disfraces, caras mortuorias y maquillajes de grandes tajos y heridas, con sangre, mucha sangre y muchas osamentas. La Wence llevaba solamente un brasier muy pequeño de color negro, una

minifalda del mismo color y unas medias muy raídas; todo lo que mostraba de piel estaba pintado de color blanco, simulando huesos, desde el cráneo, pasando por la mandíbula y las costillas, hasta la tibia y el peroné, sin olvidar el húmero, el radio, el cúbito ni los huesillos de las manos. Era la más elaborada, pero Consuelo también llamaba la atención, traía la cara pintada blanco, un sombrero negro de ala ancha adornado con flores y un velo negro cubriendo su rostro. Complementaba su ajuar un vestido blanco con encajes en el pecho y bordados negro en la cintura y la parte baja, con figuras de moños de luto, cruces y ataúdes.

Las demás también se habían esmerado, pero sus disfraces no eran tan llamativos. Me sorprendió ver a Carmen preparada para la procesión, se veía contenta y sonriente; era la más sencilla de todas, llevaba un ajustado vestido negro de cuello alto que le llegaba arriba de la rodilla, y, en su rostro, un antifaz negro alargado, con plumas grises, polvo brillante y lentejuelas. Era todo y era la más hermosa.

En la calle estaban dos camionetas y un flamante Plymouth Fury convertible. Los parroquianos felices cooperaban con la Pelos de Oro, prestando sus automóviles; las camionetas eran unas de tantas, pero el auto seguramente era de alguno de sus mejores clientes, pudiera ser de don Luisito, pero habría que dudarlo mucho, pues aunque todos sabían que era asiduo a La India Bonita, nadie se atrevía a decirlo y sería una tontería evidenciar la cercanía del gobernador con la madrota. Por supuesto, las placas estaban tapadas con adornos alusivos a la fecha.

En fin, entré a lugar y, en cuanto me vio Carmen, corrió hacia mí y me abrazó.

—Estoy feliz —me dijo al tiempo que se soltaba del abrazo y tomaba distancia para modelarme su atuendo, dando una vuelta completa para mostrarme su bella figura.

—Me encanta que seas feliz, ¿pero... piensas desfilar?

—Sí, creo que va a ser divertido.

—Pero las que desfilan son las muchachas... —le dije haciendo una cara de asombro.

—Pues yo soy una más de las muchachas —me dijo con una sonrisa traviesa en su boca.

—Bueno sí, pero tú no haces lo que ellas hacen; la verdad te ves muy bien y pues la gente podría confundirse.

—Pero yo estoy toda tapada, muy decente y tengo mi antifaz —dijo tratando de tranquilizarme.

—Creo que no habrá mas remedio que seguir la comparsa —dije resignado, esperando poder platicar con ella en la noche, después del espectáculo que estaba por comenzar y quién sabe a qué hora terminaría.

Carmen brincó de gusto ante lo que expresé, como niña traviesa que acaba de conseguir algo de parte del padre regañón. Según recuerdo, era la primera vez que Consuelo hacía su desfile en temporada de muertos. Solía realizarlo en la primavera, preferentemente en tiempo de feria, en abril. Salían del local, andando por la calle y peleando con algunos de los automovilistas que encontraban en el camino. Lo verdaderamente fuerte de la caminata iniciaba en la avenida Madero, la calle ancha del centro, en la cual no se deshacía el contingente que se compactaba. En esta ocasión, el descapotable era la vanguardia de la comparsa. En el asiento de atrás iban de pie Consuelo y Rosalba Wence, contoneándose al ritmo de *Stuck on you* en voz del Rey, Elvis, a través de la cartucho 8 pistas.

En la camioneta roja, en la caja, iban Rocío, Josefina y Alma, y, en la camioneta gris, Valentina y Luz, igualmente bailando con movimientos bastante sugestivos. A pie iban las muchachas más tapadas: Mary, Esther, Martina y Carmen. No por ir a pie, caminando, iban menos alegres, se movían igual que las de los automóviles, con excepción de Carmen, que sólo atinaba a caminar con una gran sonrisa en su boca. Y bueno, en la retaguardia iba yo, atisbando el entorno, preparándome

para actuar en el primer momento en el que algún parroquiano tratara de faltarle el respeto a Carmen.

Para ser algo improvisado y sin difusión, la gente se juntaba. Algunos, los menos, aplaudían y se reían; las mujeres, todas, se persignaban y volteaban la cara, cuando no les gritaban cosas como: “Viejas indecentes”, “se van a condenar”, “las espera el infierno” y una sarta de frases por el estilo. A todo ello, las muchachas respondían con ademanes exóticos y hasta mostrando abiertamente sus encantos, sacando los senos o levantando las faldas. Los automovilistas hombres que no las insultaban, también pocos, divertidos hacían sonar los cláxones de sus autos, lo más apegados al ritmo de la música.

Observaba a Carmen, aunque se divertía, había momentos en que se incomodaba con los gritos de las beatas enchalinadas, quienes, muy cerca de las chicas, les gritaban improperios. Al llegar a la plaza, ya las esperaba el obispo Salvador Losada Simón con una bandeja llena agua bendita que arrojaba a las chicas, era visible su molestia. Consuelo lo saludaba con sarcasmo y, al recibir las gotas del bendecido líquido, se retorció como gusano salazonado, para luego soltar una ruidosa carcajada. De ahí avanzaron al Parián, donde compraron calaveritas de barro en los improvisados puestos que año con año se colocaban, muy cerca del templo de San Diego, donde se encontraban las catacumbas con los personajes de las clases sociales importantes. El lugar se abría al público los días 1 y 2 de noviembre de cada año, para que los pobladores de la ciudad lo conocieran y, de paso, a la momia del padre Peña.

El regreso se presentó más o menos en los mismos términos, por la misma avenida retornaron a su congal. La gran diferencia fue que llegando al templo de Zaragoza, al Sagrado Corazón de Jesús pues, el padre Femat las recibió y las invitó a pasar para escuchar la misa que había preparado para las muchachas de la Chueca. Ya estaban ahí muchas de las chicas que trabajaban en las otras casas de la zona. Consuelo abrazó

al padre quien respondió de manera cariñosa. La Pelos de Oro pidió a las muchachas que entraran de la manera más recatada a escuchar la santa misa. Así lo hicieron, la Wence incluso tapó su espalda y sus senos. Como parte de la agrupación, yo mismo entré a escuchar el sermón del padre, al lado de Carmen, ahora se encontraba totalmente seria y con los ojos a punto de la lágrima.

El padre solicitó a los parroquianos que, así como habían contribuido a la construcción de su iglesia, apoyaran a las mujeres que asistían a escuchar misa y que, por azares del destino, habían tenido que dedicarse a labores que no son bien vistas por la sociedad. Él las abrazaba y las apoyaba, porque el verdadero triunfo de la Iglesia se daba cuando se podía redimir a las personas que, por lo que fuera, habían tenido que desviar su camino. Él no era nadie para criticar a sus ovejas, él estaba ahí para apoyar sin cuestionar. Entonces sí, Carmen rompió en llanto.

El regreso ya no fue festivo, eran sólo dos cuadras y ya cada cual retornó caminando por la banquetta. Íbamos juntos, sin hablar pero sintiéndonos cerca. Comenzaba a oscurecer cuando entramos al bar. Al fondo había un altar improvisado, en recuerdo del mariachi Lupe, una mesa y algunas velas así como un cartucho de 8 pistas del Mariachi Vargas. Ya había algunos parroquianos esperando ingresar para curar las “heridas” del día anterior. Adentro, poco a poco se fue recuperando la alegría perdida minutos antes; pronto aquello era nuevamente el lugar de la fiesta y la displicencia. Nosotros, Carmen y yo, después de acercarnos al pequeño altar y esperar unos segundos, fuimos directamente a nuestro cuarto. Carmen no brincaba de gusto, pero su carita se había transformado y esbozaba una sonrisa, fresca, natural y sincera, cuando buscó mi cara con su mirada. Nos sentamos a cada extremo de la cama.

—Qué loco todo esto —me dijo—. Estaba feliz cuando salimos, pero después me dio miedo, no creí que fueran tan incomprensivas las personas de la ciudad.

—Así es la gente de este lugar. Y seguramente muchas de las mujeres y hombres que les proferían ofensas son en realidad personas doble moral, lo único que saben hacer es comerse a la gente.

—Comerse a la gente —repitió y sonrió—. Pero aquí también hay gente buena, como tú y como las muchachas y Consuelo...

—Bueno, puede ser.

Me pareció el momento propicio para comenzar una plática sobre lo que estaba pasando. Era también un buen momento para reflexionar acerca de la muerte y tal vez de ahí pasar a lo otro. Yo ya no tenía a mis padres, estaban ambos muertos y, aunque los de ella, cuando salió del pueblo, prácticamente también lo estaban (no había vuelto a tener noticias de su padre), no dejaban de ser una presencia constante. Su madre, como esa forma etérea que de pronto se le presentaba para sosegarla, y su padre, como esa figura que la hacía reflejarse en un sinnúmero de complejos. A su madre la tenía siempre presente, sostenía interesantes pláticas con ella. En una ocasión, me comentó que el primer día que pudo verla y hablarle, sintió que era una presencia casi real y que probablemente no había muerto, de otra forma no entendía como podía verla, sentirla tan cerca.

—¿Qué harías si me muriera? —le solté de pronto y me miró con ojos de incredulidad y miedo.

—Estás loco, eso no va a pasar. Desde que estoy aquí, en la casa de Consuelo, he pensado mucho en mi familia, en mi papá, pero especialmente en mi mamá. Me pregunto por qué comencé a sentirla tan cerca y he pensado que tal vez no murió y sólo se fue de casa. Creo que haberme venido tan de repente debió ponerla mal, si es que se enteró en cualquier parte que haya estado, de por sí ya tenía muchos achaques desde que yo recuerdo.

—Bueno, la muerte es lo único cierto que tenemos todos en este mundo. Yo algún día me tendré que morir. Y tú

mamá..., no debes pensar que está muerta, seguramente la verás muy pronto.

—Sí, la muerte es lo único seguro, pero nadie nace con una fecha precisa. He sentido muchas veces que nunca volveré a ver a mi padre, ni a mi hermana.

Cuando dijo esto, sus ojos, esos ojos que me han tenido intrigado desde que la conocí, se volvieron más profundos y me transmitieron una sensación de tristeza que se me acumuló en la garganta. No supe qué contestar y fue entonces que ella atinó a decir:

—La vida es un misterio, conocemos el día en que nacimos pero no sabemos cuándo nos vamos. Por eso creo que no tenemos que hacer problemas con todo lo que nos pasa ni pensarle tanto para hacer aquello que se nos viene de repente a la cabeza, no es necesario pensarlo tanto, únicamente debemos dejarnos llevar por el momento.

Me dejó sin palabras, no entendía bien a bien a qué se refería y, como siempre, acomodé la situación a mi gusto, a mi conveniencia.

—Fíjate que he estado platicando con Consuelo —agregó— y pudiera ser que tenga razón. Lo único que yo hago aquí es atender la casa, mantenerla limpia y de vez en cuando ayudar en la cocina. La verdad, a veces me siento inútil, mantenida.

—Ah, eso —contesté algo decepcionado porque no era el rumbo de la plática que yo quería.

—Sí, me propuso trabajar en la sala.

—¿¡Qué!? —dije de forma instantánea, sin dejarla continuar y, supongo, con una cara de asombro que asustó a Carmen— ¡Por supuesto que no debes aceptar, ya lo habíamos platicado!

—Cálmate, déjame terminar —me dijo tratando de aparentar tranquilidad—, Consuelo no es tan... ¿mala?, ¿avariciosa? En realidad me dijo que le daba tristeza ver que a veces salgo con las muchachas y yo apenas traigo un par de medias, cuando ellas andan todas ajuareadas. Me dijo que no me puede dar más

de lo que me da por lo que hago, pero que si yo quiero, puedo estar en la sala y platicar con los señores que vienen, hacer que tomen y tal vez bailar con ellos, claro que dejándoles bien claro que yo no hago otra cosa. Dice que ella me daría un extra por cada bebida y seguro me dejarían buenas propias por el baile y la plática.

Seguía extrañado, fuera de lugar, por supuesto que no me convencían los argumentos de Consuelo. Sabía que había gato encerrado, tal vez incluso ya le tenía comprador, cliente. Aunque era una persona muy especial para mí, no creía tanto en la bondad de Consuelo.

—Carmen, mi niña —así le dije—, para Consuelo esto es un negocio y donde más gana es en la venta de sus mujeres, de los cuerpos, del placer que pueden darles a sus clientes. Tarde o temprano te va a ofrecer a una de sus hienas y tratará de convencerte. ¿Sabes? tengo miedo de que algún día te convenza, no por otra cosa, es que tú tienes planes, deseos de ser mejor, de estudiar; estás hecha para mejores cosas —me vio con extrañeza.

—Bueno, debo confesarte algo...

Otra vez se me pusieron los ojos de plato, me intrigó de más ese comentario y mi pensamiento fatalista me llevó a la escena, creada en mi cabeza, de Carmen en brazos del mejor postor, de alguien que hizo una buena compra.

—Pero ¿por qué pones esa cara? ¿Qué te estás imaginando? No es nada malo, al contrario. Aquella noche, la del mariachi Lupito, después de que pasó lo que pasó —cada vez se sonrojaban más sus mejillas— por primera vez sentí ganas de... ¿de qué? no sé... ¿de seguir? Sí, de terminar algo que habíamos iniciado. Consuelo me dice que lo haga si quiero, con alguno de sus clientes, pero de sólo pensarlo, me doy cuenta de la diferencia. Cuando pienso en que pude hacerlo contigo, sin esfuerzo sonrío, respiro profundo y me da gusto pensar que estás conmigo. Al pensar que hago lo mismo con otro, se me

revuelve el estómago y me da mucho asco. Pero no te vuelas –apuntó muy segura de sí–, no creo que esté enamorada ni me quiero casar contigo. Es sólo que me gusta tu presencia, me siento muy bien cuando estás conmigo y la verdad no me daría miedo que fueras el primero.

Me tenía perplejo, pero, cuando dijo eso de “no te vuelas”, solté una fuerte carcajada. Ahora que sí dijo algo de mi conveniencia, me tomó mal parado, fuera de lugar.

—Eh..., no te preocupes, yo tampoco me quiero casar... digo, volverme a casar. Y de lo otro, no he podido pensarlo –me llamé hipócrita para mis adentros–, pero es un gran honor para mí que me digas eso, yo soy tan... mayor.

—Pero aún respondes –dijo y sonrió al punto de la risotada, al tiempo que se ruborizaba aún más–. Fue muy bonito. Pero, volviendo al punto importante, lo que quiero decir es que si voy a la sala y en algún momento decido entregar mi virginidad –rió nuevamente y yo sólo la miraba divertido– virginidad, ser virgen. Qué tonto suena eso. Bueno, si algún día decidiera hacerlo con alguno de ellos, te prometo que primero lo consultaría contigo... primero lo haría contigo.

Me desmoronó. No atiné a hacer otra cosa que levantarme para abrazarla, ella hizo lo mismo y nos fundimos en un fuerte y largo abrazo.

—No sé qué decir, te juro que me he dicho cientos de veces que no te veo como mujer, que no debo pensar en ti más que para procurar tu bien, para que logres estudiar y hacer lo que tú consideres mejor para ti. Pero ahora que has dicho... lo que has dicho, no puedo mentirte y menos mentirme a mí mismo.

Nos separamos de nuestro abrazo y, viéndola fijamente a los ojos, continué:

—No sé qué venga adelante, pero ten por seguro que, sea lo que sea que deba hacer para tu bien, lo haré siempre de la mejor manera, poniendo en todo momento mi mejor empeño, en lo que sea que se presente de aquí en adelante.

Tenía los ojos vidriosos y una sonrisa angelical. El tiempo pasó muy rápidamente y ya era muy noche; nos desvestimos como siempre, hasta quedar en interiores y nos acostamos, como siempre, sólo que ahora la abracé por la cintura y ella se pegó a mí... Nos quedamos profundamente dormidos.

02 DE NOVIEMBRE DE 1961

MUY TEMPRANO EN DÍA DE MUERTOS

*D*ormí plácidamente, por ello me desperté más tarde de lo acostumbrado. Eran casi las ocho cuando estaba listo para salir del cuarto, no sin antes dar un vistazo a Carmen que seguía durmiendo, era la mejor imagen que tendría durante el día. Lo demás era sumergirme en la oficina y nadar entre papeles, para seguir atando cabos.

Kummens estaba desaparecido, aunque podía llegar a la cárcel en caso de que decidiera volver al lugar de sus fechorías, lucía casi imposible dadas las relaciones de su familia con el poder. Entonces habría que enfocar baterías con el Pancho Viejo y la Tuna. Encontré sus archivos bastante completos. Saturnino siempre había vivido en Los Pozos, pues su padre y su abuelo eran ejidatarios originales, habían obtenido sus tierras comunales y los terrenos para sus casas. Pude deducir que ahí conoció al Pancho Viejo, también hijo de ejidatarios. Los dos estuvieron juntos desde pequeños. Cuando iban a la escuela, lo hacían juntos, aunque no siempre había maestros, porque era de esas escuelas multigrado. De Memo Kummens era sabido que estudió en una escuela de paga en la ciudad, pero por las tardes, seguramente el escuincle bajaba al caserío, dejaba el casco de la hacienda donde vivía para jugar con los otros chiquillos.

De los tres, la Tuna era el más retraído, el menos avisgado y, por lo mismo, era el que siempre buscaba la aprobación de los otros. El Pancho Viejo (en aquel tiempo, solamente el Pancho) era el cerebro y también ejecutor, pero Memo era el poder. Sabían que era hijo de los patrones, exmilitares y aunque ellos, la Tuna y el Pancho, podían tirarlo de un golpe, lo respetaban por lo que representaba.

La Tuna tenía dos hermanos menores y una hermana mayor que él. Su padre era un irresponsable, permanentemente borracho. Su madre siempre estaba batallando con el borracho y los escuincles chillones y exigentes. Buscaba otras maneras de obtener dinero para poder comer día con día; de vez en cuando la visitaba el comandante de la zona militar y al irse le dejaba unos pesos. Hubo un poco de bonanza financiera en la casa cuando su hermana, cumplidos los 13, comenzó a irse por dos o tres días, primero con el general y después con otros señores que llegaban exclusivamente para llevarla a sus casas y que les ayudara a sus mujeres en los quehaceres del hogar. Al poco tiempo, por supuesto, salió panzona. Nadie la tocó; o fue un milagro como el de la Virgen María o la muchacha resultó muy disoluta. La bonanza se acabó o, por lo menos, se detuvo unos meses. La Tuna pues tenía que cooperar con los gastos de la casa, sin importar que fuera todavía un niño de diez años. De vez en cuando se iba al mercado del centro de la ciudad para ayudar en lo que se ocupara, desde cargar las bolsas de las marchantas hasta limpiar las verdulerías o las carnicerías. Ahí fue donde comenzó su carrera delictiva: algunos pesos olvidados en los estancos, billetes que se asomaban por los bolsillos de señores y señoras o francamente robo de monederos y billeteras; adquirió habilidad para ello, pero rehuía a los pleitos. Así fue hasta los 16 o 17 años, cuando sus lazos con el Pancho Viejo se estrecharon.

La historia del Pancho Viejo no era muy distinta. Él era el mayor de cuatro hermanos y dos hermanas. A los 11 años

comenzó a trabajar también en el mercado, siguió los mismos pasos que la Tuna. Sus hermanas de diez y ocho años respectivamente también comenzaron a ayudar en casas de señores de la ciudad. A los 16 una y a los 14 la otra resultaron embarazadas, también de la Divina Providencia, o sea, de nadie. Francisco, a los 17 años cumplidos, ya era experto en robos, pero además se había convertido en un ser rencoroso y violento, muy violento, que si no podía arreglar las cosas por las buenas, las solucionaba por las malas. Tanto Francisco como Saturnino en plena adolescencia eran identificados ya como ladronzuelos e incipientes delincuentes en el mercado y en el centro de la ciudad. A los 18 años ya habían atacado sexualmente a algunas muchachas que caminaban solas por las calles oscuras y yermas, cercanas al mercado.

En esos tiempos, las andanzas con Memo Kummens se ceñían a la parranda, a la bebida de cerveza, pulque o aguardiente, hasta el embrutecimiento. Frecuentaban las ferias de pueblo y poco a poco fueron dejando los robos menores. Cuando andaban los tres juntos, Pancho y Saturnino se convertían, instintivamente, en los guardaespaldas de Memo; era él quien tenía dinero, el que hablaba más fuerte y el que tenía las ideas. Planearon varios atracos grandes. Asaltaron la casa de don Teófilo Granados, de donde sacaron una buena cantidad de dinero en efectivo y de joyas de la señora Rutila de Granados. Todo esto antes de que Memo se incorporara de lleno al ejército. Después de más de treinta años, regresó y volvieron a las andadas.

Ahora que Kummens estaba huido, seguramente los otros dos se sintieron descabezados en todo cuanto a trapacerías se refería. Tal vez ése era el momento perfecto para atraparlos desarmados, por lo menos en lo que toca a ideas y estrategias. Definitivamente, debía volver a Los Pozos. Estarían avisados, no en balde me trataron como lo hicieron cuando visite el pueblo por primera vez. Seguro algún o algunos agentes de la policía les habían hecho saber que, a pesar de las órdenes de

don Salvador, yo seguía investigando. La instrucción fue clara para el caso de Memo, no así para el asesinato de don Enrique Camacho.

Llegué temprano al pueblo. Tenía la ubicación de la casa de la familia de Francisco y dos direcciones que aparecían en el expediente de Saturnino. Sentía algo de ansiedad, el lugar estaba desolado y al pasar por el casco de la hacienda, la casa grande, vi la camioneta y nuevamente al gallerillo con sus animales. La ansiedad, debo decirlo, se mezcló con algo de miedo, pero recordé mi pistola, que nunca había usado. Es una Beretta M34 de 1934, yo no la compré, me la regaló un amigo argentino que vivió algunos años en la ciudad y me contó que su tío, de origen italiano, la usó en los tiempos de la guerra italo-etíope; hizo algunos tiros, aunque nunca estuvo en los campos de batalla ni le tocó hacer la entrada triunfal a Etiopía el 5 de mayo de 1936, pues nunca estuvo de acuerdo con los fascistas, cosa que además le llenaba de orgullo. De hecho, eso lo llevó, pocos años después, a abandonar el país de la bota, con toda su familia: padres, hermanos y sobrinos, y emigrar a Rosario, Argentina. Dijo que la pistola me sería más útil a mí por mi profesión y me la entregó con todo y una caja de balas 9 mm, casi completa, pues sólo se habían hecho dos o tres disparos. Por lo pronto, seguiría sin usarla porque se quedó en la oficina, en espera de una mejor oportunidad para disparar... no sabía lo que me esperaba.

Avancé hacia la casa de la familia del Pancho Viejo que, a simple vista por la juntura de la puerta, parecía abandonada, con los muebles empolvados en medio de un silencio profundo. Verla sola y con una barda de piedra muy bajita en el corral me animó a entrar. De cualquier manera, me movía con sigilo. Se escuchaban algunas voces en la calle, pero al parecer sólo pasaban. En la sala encontré una carpeta que tenía fechas, nú-

meros y cuentas, parecía una lista de acreedores o de clientes. La guardé en el pantalón ajustándola con el cinturón, igual en algún momento me serviría. Seguí buscando, pero de pronto escuché un fuerte impacto, un disparo que venía de la puerta de entrada pasó rozando mi nariz, tan cerca que sentí el viente-cillo que dejó como rastro de su viaje, seguramente tenía como destino mi entrecejo. Corrí de regreso a la calle, por el patio, pero ya no encontré a nadie. Instintivamente, llevé mi mano derecha a mi pecho, donde se supone que debía estar la sobaquera con la Beretta, pero no había nada, ni sobaquera ni mucho menos arma. Exhalé, tanto por la fatiga y falta de aire como por mi fortuna, pues de haber estado ahí aún el tirador, me hubiera tenido de pechito, así o mas estúpido detective.

Hice mi camino de regreso en el poblado con mucha precaución, pero pasé por las dos direcciones de Saturnino y, en una de ellas, a diferencia de la del Pancho Viejo, se notaba actividad, especialmente de algunos chiquillos jugando en el zaguán y en el patio, y algunos animales que se veían en el corral. Como cualquier ruido me ponía alerta, decidí dejar para una mejor ocasión investigar aquella casa. Ahora sabía que era plenamente identificado y que conocían los motivos de mi búsqueda. Para mí era un avance que en uno de los domicilios hubiera gente, por ahora no importaba de quién se tratara. Todo el ambiente estaba tenso (o tal vez era sólo yo); caminé más rápido y, sin darme cuenta, estaba corriendo hacia la salida del poblado. Al pasar por la casa grande, observé que dos testafierros de Memo Kummens me observaban y me señalaban, al tiempo que subían a la camioneta roja, no creo que con intensiones de darme un aventón al centro de la ciudad. Corrí entonces más apresuradamente sintiendo un temor extraño que nunca había sentido, pude percibir las llantas y el frente de la camioneta cerca, muy cerca de mí. Estaba por desfallecer cuando el automotor me comenzó a rebasar, fui deteniendo mi marcha prácticamente entregado hasta que escuché:

—¿A dónde con tanta prisa, detective? Súbase, lo llevo si va al centro, para allá voy.

Volteé con gran estupor y, de pronto, un sentimiento de alivio me recorrió el cuerpo de pies a cabeza. Para comenzar, la camioneta era gris y quien me hablaba era el ingeniero Goyo Román que salía del Centro Deportivo que estaban construyendo. Trepé sin pensarlo dos veces, volteando mi vista al camino, en el que no existía vehículo alguno. Regresé con una amena charla que versó básicamente sobre el tenis, de lo bien que lo estaba haciendo el equipo mexicano encabezado por Pancho Contreras y el increíble Pelón Osuna. El ingeniero hizo una broma sobre mi carrera espontánea y finalmente me dejó en la avenida 5 de Mayo, hasta hace poco tiempo Tacuba, muy cerca del bar El Ranchero. Lo cierto es que no supe siquiera si los de la camioneta roja alcanzaron a iniciar la marcha, pero, sin duda, era una llamada de alerta, debía tener mucho más cuidado en mis incursiones a Los Pozos, sobre todo no olvidar la Beretta; buen pretexto para estrenar mi sobaquera.

Estaba comenzando a atardecer cuando llegué a La India Bonita, aún no había clientes y Carmen estaba terminando de trapear el patio que da acceso a nuestra habitación. Me vio y dejó su tarea, me abrazó y me reprochó no haberla despertado por la mañana. La invité a dar una vuelta por el centro, por los puestos de los muertos cerca del Parián. Entramos a la habitación y se cambió delante de mí, sin ningún pudor. Pude verla tranquilamente, ver su cuerpo perfecto, seguro de que si estuviera pintada, la dimensión áurea aparecería de manera espontánea. No requirió de ropajes excéntricos ni de maquillajes exagerados, con algunos toques de polvos y pinturas quedó extraordinariamente hermosa. Me tomó de la mano y me dijo:

—Ahora sólo falta que le pidas permiso a Consuelo para que podamos salir.

—Está bien, espero que no nos ponga obstáculos.

La buscamos y por supuesto que puso obstáculos. Me soltó un sermón acerca de lo que significaba sacar una muchacha del antro y, no sólo eso, también cuánto debería pagar por ello. Me cuestionó sobre mis intenciones al llevármela, que si la regresaría antes de que cerrara el lugar o hasta el día siguiente, si llevaba protección y otras tantas tonterías que, conforme iba diciéndolas, la risa de Carmen aumentaba. Finalmente nos fuimos con la bendición de la Pelos de Oro, me frustra y da coraje no distinguir en Consuelo lo que dice en serio y lo que dice en broma; pero me relajaba con la alegría de Carmen, alegre por las ocurrencias de su patrona y feliz por salir conmigo a ver las calaveritas.

Llegamos a los puestos, la Feria de Muertitos, le decían; compramos cacahuates, dulce de alfajor y unas calaveritas de barro articuladas con nuestros nombres. Cuando llegamos a las catacumbas de San Diego, le platiqué acerca de lo ocurrido en la mañana, le dije a Carmen que estuve cerca de morir y que no llevaba conmigo ninguna arma. Nunca había visto una expresión igual en su cara, se llenó de tristeza y su mirada se extravió, se perdió en el horizonte al tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas. Ahí, junto a la momia del padre Peña, me abrazó, posó sus manos en mis mejillas y, a punto del llanto, me hizo prometerle que eso no pasaría, que era yo la única persona en la que podía confiar y considerar familia, hermano, padre o... lo que fuera. Nos abrazamos y le dije que, por mi cuenta, haría todo lo posible, desde ese día en adelante, para que nada me pasara. Sin embargo, no podía prometerle nada.

Regresamos a La India Bonita, tomados de la mano, casi sin platicar. Entramos directamente a la habitación, sin mirar siquiera a la sala que, para entonces, se encontraba completamente llena. La muchacha atrajo todas las miradas de los

parroquianos, pero no hubo la más mínima respuesta en sentido contrario. Seguramente todos me envidiarían pensando que, de la puerta hacia adentro de la habitación, teníamos un sexo desenfrenado y loco. Nada más alejado de la realidad.

Esa noche dormimos con las calaveritas con nuestros nombres posadas en el buró. Carmen no estaba muy contenta con ello y se acostó para quedar frente a frente conmigo. Puso sus manos en mi rostro y me reiteró que no se me ocurriera morirme pronto, al tiempo que acariciaba mis mejillas. Estuve a punto de prometerle que no me moriría antes de besarla. No hubo promesa, ni beso. Dormimos abrazados, con nuestros rostros muy cerca uno del otro; las calaveritas velaron nuestros sueños, todos los días de noviembre.

12 DE DICIEMBRE DE 1961

DE LOS MUERTOS A GUADALUPE

Platicaba con Carmen sobre lo basto en tradiciones que es México. Acabábamos de pasar las fiestas por el Día de Muertos, habiendo dejado atrás la celebración del Cristo Negro en la ciudad y ya estábamos comenzando a celebrar la tradición de la Guadalupana, misma que fue impuesta por los españoles con una serie de artimañas que han logrado que la tradición perdure hasta nuestros días. Le conté que la Virgen de Guadalupe existe en España desde el siglo XIII, en la región de Extremadura, tierra del conquistador, en la provincia de Cáceres. Cuando se les explicó a los españoles peninsulares, poco después de la conquista, que los indios no aceptaban su religión y seguían adorando a sus dioses, éstos idearon la leyenda del indio Juan Diego y de la Virgen Morena, como la de la provincia de Cáceres, España. Sin embargo, los extremeños no quisieron que se usara la imagen que ocupaba y sigue ocupando el centro del altar de su iglesia pero autorizaron que llevaran a México la imagen de la Virgen del Coro y ésa, digamos, es la imagen auxiliar que dio origen a la que, desde hace más de 400 años, es la patrona de los mexicanos.

Carmen siempre ha sido muy creyente de la Virgen, por lo cual preparamos una visita al santuario, por cierto, muy cercano a la casa que fuera de mis padres. Era martes y la investigación

no iba muy avanzada, así que por la tarde pasé por ella y nos fuimos al Barrio de Guadalupe. Desde unas cuadras antes del templo, las calles se percibían llenas de gente caminando entre puestos de cacahuates, mandarinas, cañas y alfajores. Una peregrinación iba a la vanguardia y, al frente, el cuetero anunciaba el camino, con los cohetes que sostenía con su pulgar e índice izquierdos y les prendía su mecha usando el encendedor de gas que tenía en su diestra, los soltaba hasta el momento que la pólvora los empujaba al infinito y estallaban dejando una orla de chispas anaranjadas; todo esto lo hacía caminando, hasta llegar al templo, en donde cedía el paso a los andantes, mientras él continuaba jugando con la pirotecnia que aún cargaba su ayudante.

Entramos al templo y Carmen escuchó con mucha atención el sermón del sacerdote, mientras yo hacía grandes intentos por no dormirme y, peor aún, por no refutar algunos de los postulados que emitía a su ensimismada feligresía. Al salir del templo, Carmen me comentó que su mamá estaba ahí y que le dijo que lo mejor que podíamos hacer era regresar pronto a la casa. Aún con la advertencia de su madre, caminamos hacia el jardín de Guadalupe, que se llamó Porfirio Díaz a inicios de siglo, ahí se encontraban algunos juegos mecánicos muy sencillos, como las sillas voladoras y los carruseles. Había mucha gente y se divertían muchos chamacos, bien en los volantines, bien trepando a los árboles o arrastrándose en el pasto o de plano en la tierra que había en el lugar.

De la nada salieron dos hombres corriendo entre la multitud, en un movimiento que parecía coordinado, se abrieron paso al tiempo que se escucharon tres o cuatro balazos (los cohetes y el cuetero se habían ido). Instintivamente, busqué el lugar del que procedían los disparos, era un policía, pero también un hombre vestido de civil que blandía una pistola en señal de fuerza, al tiempo que apuntaba a los improvisados corredores, y no precisamente a los del maratón que se celebraba desde hacía seis años, promovido por Toño Lechuga. Alcancé a ver que uno

de ellos intentaba sacar un arma de su cintura, pero siguieron corriendo hasta perderse en las calles del barrio. Me pareció que quien corría al frente era el Pancho Viejo y el que intentó sacar el arma era la Tuna, pero no estaba seguro. Me acerqué a preguntar a los tiradores, pero fueron muy parcos: el policía Elías, de plano, al verme me dio la espalda y se fue, y el civil sólo me dijo que le intentaron robar a su patrón que había ido a misa con su familia. El patrón era el ingeniero don Pedro Riberola, dueño de un periódico y de dos estaciones radiofónicas de la ciudad. En ese momento ya estaban en su Studebaker Lark 61 importado, resguardados por otros dos de sus trabajadores.

Tuve un primer impulso de buscar a los ladrones, pero Carmen me tomó del brazo y me pidió con mucha insistencia que regresáramos, su miedo tenía sustento en lo que su etérea madre la había dicho. De regreso, por momentos me abrazaba, después me tomaba de la mano, no quería soltarme, no quería dejar de sentirme cerca y, sinceramente, eso a mí me gustaba. Pese a lo ocurrido, dormimos plácidamente.

19 DE DICIEMBRE DE 1961

PARA SEGUIR LAS FIESTAS,
LAS POSADAS

Y las fiestas continuaban; en la casa de Consuelo lo principal, después del dinero, era la alegría. A su modo, desde el 16 de diciembre en La India Bonita se hacían las posaditas, con cánticos, bolos y, desde luego, no podía faltar la petición de posada, por la tarde, antes de que llegara el primer cliente. Pusieron un pequeño nacimiento con figuras compradas por todas las muchachas; era variopinto en calidades, tamaños y colores. Había desde pastores hasta carteros y desde caballos hasta carritos de carreras. Yo colaboré con una serie de foquitos de colores que se pusieron de moda al igual que los árboles navideños, pero éstos estaban prohibidos en la casa “por ser de costumbres gringas”, decía Consuelo.

Antes de salir del tugurio, apagué la serie, era temprano y fui a la oficina solamente para confirmar datos y tomar mi sobaquera con la Beretta. Extrañamente sonó el teléfono, estaba empolvado y no recordaba si estaba al corriente con el pago. Contesté:

—Holaaa... —rara vez hablaba por el aparato.

—¿Detective?

—Sí, ¿quién lo busca?

—Déjese de tonterías, soy el capitán Salvador, de la Policía.

—¡¡Jefe!! Disculpe, es que este aparato pocas veces suena. A sus órdenes.

—Necesito conocer los avances en la investigación del asesinato del señor Camacho y también si has hecho algún movimiento para encontrar a Kummens.

—Lo del señor Camacho lo tengo aventajado y de Kummens no he hecho nada, siguiendo al pie de la letra sus instrucciones, pero creo que hay alguna relación entre los últimos acontecimientos y los protagonistas. Yo sé que no es nada nuevo, pero todo se relaciona con la hacienda de Los Pozos, Kummens, como parte de la familia de los ex hacendados, y el Pancho Viejo y la Tuna, como habitantes del poblado, hijos de ejidatarios, pues. En la libreta que encontré en la casa del Pancho Viejo, había una lista de nombres de personas, ahí encontré el de Camacho con una cantidad monetaria, una cruz y un dibujo como de un corazoncito garabateado al final.

—Muy bien, pues siga investigando y si Kummens tiene algo que ver, no se detenga. Y si lo encuentra, se le cargará el muertito también, el mariachi, a ese Memo asesino.

—Ah, caray, jefe. Eso es música para mis oídos. Pero ¿qué pasó?, ¿cambió la orden?

—Al parecer hubo un intento de secuestro en contra del ingeniero Riberola y, bueno, de los Kummens a los Riberola, hay cierta diferencia. Unos cuantos millones de pesos, además de medios de comunicación. Entonces, sí, la orden cambió; el propio don Pedro Riberola le mencionó a la policía que, cuando se lo quisieron llevar a la fuerza, escuchó que uno de los captores mencionó a un tal Memo Kummens. El gobernador está muy molesto y ya no habrá protección para ese barbaján.

—¿Secuestro? Pensé que habían pretendido robarle. Yo estaba ahí y, sí, ahora lo confirmo, eran el Pancho Viejo y la Tuna.

—En cuanto pueda, dese una vuelta por la oficina, hay algunas cosas que debemos platicar y estudiar.

—En este momento salgo para allá, sólo le pido que sus achichincles se comporten a la altura y no se pongan de payasos.

—Déjese de tonterías y véngase a la oficina —colgó.

Quedé como congelado y un tanto impresionado. ¿Más dinero mata a dinero? Ahora sí, Memo Kummens, voy por ti. Me alisé el cabello y salí a la oficina de Policía en el Palacio.

Don Salvador me explicó que el compromiso era más grande con los Riberola y que la mayor parte de la familia Kummens ya no vivía en Aguascalientes. Me dijo que debía trabajar de manera coordinada con la Policía Municipal; aunque mi trabajo sería independiente en cuanto a la investigación, debía mantenerlo informado y nunca actuar por mi cuenta. Igualmente, me dijo que, cuando salía de sus escondites, Memo vivía sólo con su hermana que mantenía la casa, en el casco de la hacienda, pero que no tenían fuente de ingresos, solamente algunos pesos que de vez en cuando les enviaban, a través del telégrafo, sus ancianos padres que vivían desde hacía tiempo en otra ciudad, sin saber si en México o fuera del país. Sabían en la comandancia, para entonces, que Memo, a pesar de haber servido en el ejército por muchos años, no recibía un solo centavo de las Fuerzas Armadas, ¿por qué? Era un misterio; sin embargo, todos sabían que era un desertor, pero nadie se atrevía a mencionarlo.

Me entregó algunos papeles más para estudiarlos: una fotografía del rostro de su hermana Graciela que tenía el sello de Estudios de Luna, recortes de periódico, algunas actas de la policía en relación con los abigeos y asesinos, así como planos de la exhacienda y los terrenos comunales de Los Pozos. Regresé a la oficina, aventé los papeles al escritorio y fui a la que seguía siendo mi casa, porque seguía pagando la renta, pero que prácticamente ya sólo usaba para guardar mi ropa y pasar algunas horas, en ciertos días, más bien por la tarde. Descansé un rato en mi cama que tenía tiempo sin usar y, acto seguido, salí e instintivamente me dirigí a la oficina de telégrafos. Estaba en una casona vieja que había sido un cuartel militar, el Cuartel de

las Palomas, ubicado en la esquina de las calles Ignacio López Rayón y Hermanos Galeana a dos cuerdas de la Plaza Principal y la Catedral. No tenía forma de ver el interior, pues sólo había dos puertas y las paredes eran de adobe, muy gruesas. Se estaban haciendo preparativos para cambiar de instalaciones. Estuve ahí unos minutos, el horario de la tarde era de cuatro a siete y por la mañana atendía de nueve a una. No sé de qué pueda servirme la visita y preguntar los horarios, pero creí necesario hacerlo, pensé que podría montar guardia algunos días para saber si la hermana de Memo iba sola a recoger el dinero que le enviaba su familia o él la acompañaba, que, en caso de que fuera así, echaría por tierra aquello de que no se encontraba en la ciudad prácticamente desde el asesinato del mariachi.

Solicité a don Chava que montara una guardia con dos policías durante la mañana y la tarde; desde luego, con mucha discreción, de ser posible sin el uniforme para no levantar sospechas. El inspector, hay que reconocer que con mucha sagacidad, instruyó a dos de sus hombre y se puso de acuerdo con el administrador de la oficina, para que éstos pasaran por empleados de la propia institución, como encargados de dar acceso a la gente. Ese aspecto estaba cubierto.

Ahora tenía que hacer algo para estar en contacto con la gente de seguridad de los Riberola. Don Chava hizo lo necesario para que me entrevistara con don Pedro, un ingeniero muy simpático, que dedicó su vida a las telecomunicaciones, sobre las que sabía mucho; de ahí que su verdadera vocación se centrara en la radio y el periodismo escrito. Era una persona humilde a pesar de ser uno de los hombres más ricos del estado y tal vez del país, muy amigo de don Emiliano Azcargorta, pionero de la televisión comercial en México. Era obvio, comenzó desde abajo.

Ese simple hecho, ser humilde, descartaba algún otro motivo para querer secuestrarlo distinto al de obtener una jugosa cantidad de dinero por su vida. No tenía ningún escándalo ni hi-

jos fuera de matrimonio ni mujeres que le reclamaran por algún romance escondido. Me puse a sus órdenes, le entregué todos mis datos, le comuniqué algunas ideas sobre su autoprotección y le hice saber que, en coordinación con su gente de seguridad, estaría al pendiente de él y su familia. A su vez, llamó a su jefe de guardias, Nacho, para ponernos de acuerdo. Establecimos un sencillo plan de trabajo que nos hacía vernos todos los días a las nueve de la mañana, por lo pronto, en mi oficina, donde se me daría a conocer el plan de movimientos del día de don Pedro y la estrategia de seguridad, que siempre se consultaría conmigo. Salí satisfecho y seguro con la charla. Ya era algo tarde y lo único que me movía era ir a encontrarme con mi India Bonita.

24 DE DICIEMBRE DE 1961

EL DÍA DE UNA NOCHE BUENA

 El día anterior, sábado, fue prácticamente la última posada, ya que esta noche es Noche Buena y mañana, Navidad. Todo el argüende se hacía por las tardes, pero ese día los clientes llegaban más temprano, por ser domingo pero especialmente porque era una fecha familiar. Por tradición, Noche Buena es para pasarla en familia, por tanto, la última posada en La India Bonita estaba en veremos, incluyendo el acostamiento del Niño Jesús.

Como los últimos días, yo fui el primero en salir y, por ende, el que debía apagar las lucecitas del nacimiento y de toda la sala principal. No me causaba mayor problema, pero rápidamente venía a mi memoria la cara de Consuelo, reprochándome desde hace ya algunos meses: “Por lo menos te voy a cobrar el hospedaje, prácticamente vives aquí, te acuestas con una de mis niñas, aunque digas que ni la tocas. Muchas veces cenas y comes, y no sé si hasta te avientas unos tragos. Ya mejor vente para acá, cabrón, o colabora, acomédete en algo”. ¿Será que pueda Consuelo tomar como acomedimiento el hecho de apagar las luces navideñas en estos días? Seguro que se le hará poca cosa.

Desde que estaba en el caso de don Pedro, siempre llegaba antes de las nueve de la mañana a la oficina y, a las nueve en

punto, llegaba Nacho, todos los días, incluso en domingo... como este día. Al parecer no había nada programado en la agenda de don Pedro Riberola. Si acaso iría un momento a las radiodifusoras a felicitar a sus colaboradores y lo mismo haría en las instalaciones de su diario, pero aún no le informaban nada, pues es probable que hubiera poco personal. Quedé de pasar a la estación de la avenida Madero a las once de la mañana, para saber si ya había algo en la agenda. A las nueve treinta, ya estaba abierta la cantina El Negrito, y los Mesones y el Mercado eran un hervidero. Se me antojó la botana de un bar de marras, pero era muy temprano para tomar tequila o una cerveza. Entré, pues, al mercado a tomar un choco y comer una torta de jamón en el local de don Javier.

Fui directo a la calle Galena esquina con Rayón, al Cuartel de las Palomas, ahora oficina de los Telégrafos Nacionales; los domingos abrían únicamente de nueve de la mañana a una de la tarde. Estuve un largo rato, tal vez media hora sólo observando, y nada. Me acerqué, como quien no quiere la cosa, a platicar con el encargado del acceso, policía encubierto, y simulé que le solicitaba información sobre los procedimientos para enviar un telegrama. Me comentó que hasta el momento no había noticias, pero que una fuente les había informado que era probable que llegara ese mismo día un dinero, vía giro telegráfico, a los “niñitos Kummens”. Dijo que estaría alerta y que notificaría cualquier situación a don Chava, mismo con quien me debía comunicar más tarde, si quería saber si había algún cambio en la información. A pesar de que la situación era otra y que las instrucciones eran diferentes, seguía siendo una persona poco agradable para la mayor parte de los oficiales. Eso significaba que debía permanecer cerca de un teléfono o en la oficina, para poder hablar con don Chava más tarde. Una opción era esperar en la plaza o en la Catedral a que llegara la hora y solicitar al encargado del sitio de taxis que me prestara uno de sus teléfonos, colgados en la herrería del atrio, para hacer la llamada. La otra

opción era buscar un lugar en el que pudiera esperar de una manera menos aburrida, como en el Restaurante Mitla o el bar del Hotel París.

Decidí ir a este último, frente a la plaza, con tres casetas telefónicas, para esperar un tiempo prudente, y después llamar al inspector, por si la información cambiaba. La verdad, desde la Inspección de Policía hasta el hotel habrá una distancia de 150 metros, pero no es muy de mi agrado presentarme ahí, así que pedí una Carta Blanca. Aunque estuve jugueteando con el líquido por un buen rato, cuando escuché las campanadas del reloj de la Catedral, apenas había pasado una media hora desde que llegué al lugar. Eran la once, entré a la caseta para llamar a casa de los Riberola, sólo para que le informaran a Nacho que me volvería a comunicar más tarde, pues no era oportuno solicitar nueva información a don Chava, ya que había pasado poco tiempo desde mi entrevista con el oficial encubierto. Pedí otra Carta Blanca al tiempo. Extrañamente, ésta la bebí más rápido, al cabo de 20 minutos estaba en el último sorbo; sentía un ligerísimo mareo y, sin embargo, pensé que aún no era momento de llamar a la Inspección. Para la tercera cerveza tuve que pedir un par de limones, pues ya el sabor me parecía muy amargo. A pesar de los limones la bebí en 15 minutos.

Pensé que ya no importaba que transcurriera más tiempo, debía llamar al inspector, por lo que, ya un poco más mareado, digamos que con una agradable sensación al caminar como si estuviera flotando a unos centímetros del piso, me dirigí a una de las casetas telefónicas. No había dado ni tres pasos, cuando sentí la necesidad de realizar una micción urgente, qué digo urgente, urgentísima. Al entrar a los baños, decidí encerrarme en uno de los apartados con excusado y no ir directamente al mingitorio, pues pensé que podría hacer un desaguizado con mis orines. Una cosa llevó a la otra y, de las ganas de orinar, surgió una especie de necesidad de dar el siguiente paso, es decir, desechar el estómago, por lo que mi permanencia en el baño

se prolongó un poco. Cuando estaba a punto de iniciar la acción de asepsia, con papel en mano, escuché que entraron dos hombres de manera más o menos rápida al baño. Por instinto, levanté mis pies para que no se vieran por debajo de la puerta y me aseguré de que estuviera puesto el pasador. Los dos tipos comenzaron una plática muy interesante.

—¿Ya viste que Graciela cobró el dinero en el telégrafo? Entonces el plan debe ir como nos dijo Memo.

—Sí, tenemos que comprar dos trajes para poder estar en el festejo y pasar desapercibidos.

—Pues claro, para eso es el dinero, entre otras cosas. Además, te tienes que bañar y rasurar. Pero bueno, saca un peso para pagar el baño y vámonos rápido para platicar con Graciela.

Me quedé por unos momentos en el retrete pensando que la suerte me puso en el lugar y momento precisos, me sentía mejor que si le hubiera pegado al gordo de la lotería. Concluyeron la plática y salieron del baño, justo cuando estaba ya abrochando mi cinturón. Aunque al salir del baño ya iban algo lejos, estoy seguro de que eran el Pancho Viejo y la Tuna. No había pagado las cervezas, por lo que no pude salir corriendo del hotel para seguirlos. ¡Qué cosas de la vida! No hubiera escuchado esto si hubiera decidido quedarme en la oficina del telégrafo o si hubiera entrado al Hotel Francia y no al París. Entonces decidí, en lugar de llamar a don Chava, ir rápidamente a la oficina y comunicarle lo que acababa de escuchar. Cuando llegué, el policía encubierto, Ramiro, estaba ya con el inspector. Don Chava le palmeaba la espalda. Estaba sonriente aún cuando me recibió.

—Pásale, detective. Hay noticias.

—Yo también tengo información importante —ya se me había pasado el mareo de la cerveza.

—¿Pero no le dieron botana, detective? Apesta a alcohol.

—Don Chava, eso es secundario. ¿Le cuento o me cuenta?

—No es juego, detective. Acaba de estar aquí Ramiro, el policía encubierto, y me dijo que llegó la hermana de Memo, Graciela, y cobró un giro por una buena cantidad de dinero. A la distancia la seguían tres hombres, al parecer ninguno era Memo. O sea que se confirma que los Kummens reciben dinero y aún no podemos asegurar que el hermanito esté fugado o siga aquí. No la pudimos seguir porque el carro que teníamos preparado estaba en sentido contrario al tráfico de la calle por donde se fueron. Pero aquí entra usted, que debe ir a Los Pozos a averiguar qué están planeando.

—Pues planean algo gordo. No sé si entre esos tres escoltas estaban el Pancho Viejo y la Tuna, pero de que están enterados de que los Kummens ya tienen dinero, lo están.

—¿Y cómo puede asegurar eso detective?

—Pues es la información que le digo que traigo. Acaban de decir esos pillos que, del dinero que cobró Graciela, una parte será para que ellos compren unos trajes para ir al festejo de los Riberola y pasar desapercibidos.

—¿Dónde o cómo los escuchó sin que ellos se dieran cuenta?

—Pues gracias a las cerveza, don Chava. En el baño del Hotel París, entraron a orinar y yo estaba en el excusado. Por eso yo no digo cosas importantes cuando meo.

—Vaya, pues sí que es interesante —sonríe aún más, casi ríe—. Busque a Nacho y pregúntele de qué festejo puede tratarse, estamos en época de muchas celebraciones.

—Eso mismo pensé, de hecho en la mañana quedé de entrevistarme hoy nuevamente con él, porque no hay nada claro en la agenda para el resto del día. Voy antes que que comiencen a llegar sus familiares por la Noche Buena.

—Ve, detective —a veces me habla de tú y otras de usted, ¿será que la importancia de mis pesquisas marquen la diferencia, la confianza?

Caminé dos cuadras de la avenida Madero hasta la casa de los Riberola. En la entrada principal estaba un hombre de seguridad, le dije que tenía cita con Nacho, le di mi nombre y entré directamente a la oficina que estaba dispuesta para él en la casa familiar. Se sorprendió mucho con lo que le comenté. Se supone que los Kummens y los Riberola habían sido familias cercanas, pero los primeros se fueron hace algún tiempo y los hijos, especialmente Memo, no era el dechado de virtudes que su familia hubiera esperado.

Me comentó Nacho que había dos eventos más o menos importantes en los próximos días. El sábado 30 de diciembre, reunión con colaboradores de sus medios de comunicación en las instalaciones de la radiodifusora; sería un mensaje de don Pedro y un desayuno con rifa. Duraría si acaso dos horas y habría unas 40 personas. El más importante sería el 6 de enero y no tendría nada que ver con el Día de los Reyes Magos, sino que un grupo de miembros del partido, tanto de la ciudad como de la capital del país, planeaban lanzarlo para presidente municipal y se ofrecería una cena en el Salón de los Caballeros de Colón, al costado norte del Jardín de San Marcos en la calle Flora.

El acuerdo fue que a partir de este día nada se dejaría al azar. Las reuniones diarias y los planes de seguridad continuarían. Los días 30 de diciembre y 6 de enero se reforzaría la vigilancia. Varios elementos de la Policía Municipal, comandados por el inspector en jefe, don Salvador, se pondrían al servicio de la familia Riberola en los dos eventos, por supuesto, siempre encubiertos.

24 DE DICIEMBRE DE 1961

UNA NOCHE ¿BUENA?

*R*egresé a la oficina para dejar los papeles que me dio don Salvador y la libreta en la que anoté todo lo que platiqué con Nacho. Me recosté en el sillón y me quedé profundamente dormido, muy satisfecho por los últimos acontecimientos, extasiado, medio incrédulo de lo que había ocurrido unas horas antes. Por fin, un buen caso comenzaba a cuadrarme.

Eran ya casi las cinco de la tarde y mi primer impulso era ir a La India Bonita, sería también una tarde-noche muy movida. Debía pasar primero a mi casa para bañarme y después ir a ver a Carmen. Esperaban en la casa que la gente, los clientes, se fuera pronto. Si así fuera, estaba programado un intercambio de regalitos de entre diez y quince pesos de costo. Por supuesto, yo no fui invitado al intercambio, pero le había comprado un regalo a Carmen. Una pulserita y un collar con una medallita del Sagrado Corazón, no porque fuera católico, sino por el templo cercano a la casa de Carmen. Era de oro pero de poco kilataje. Lo importante era la intención. Lo envolví y fui a la casa de Consuelo.

Al llegar, había poca gente tomada de más, pues no había pasado mucho tiempo desde que se abrieron las puertas. En contraste, había más gente que nunca a esa hora, muchos de los habituales y otros no muy vistos por mí. Entre los que no

veía frecuentemente estaba el Nico Arvezu, quien tenía más de tres décadas dirigiendo la jugada y los gallos en la Feria del Estado. No me daba buena espina, pues, en cuanto se acercó Carmen a recibirme, le dirigió una mirada lasciva que casi la desvestía. Me pidió que nos quedáramos en el segundo salón, habría algo parecido al acostamiento del Niño Dios, y quería estar presente. Hicieron ponche y repartieron bolsas con dulces, muchos de esos terrones de azúcar que llaman colaciones. Las muchachas y Consuelo rezaron una parte del Rosario y después cantaron pidiendo posada. Los visitantes cotidianos poco caso hacían a la celebración. Algunas de las muchachas, a pesar de querer estar ahí, estaban bien apercolladas de sus parejas de ocasión. Carmen y yo estábamos justo frente al nacimiento suigénis, en un sillón amplio donde igual se sentaron Josefina y la Wence. A ambas se les dibujaba una expresión de ternura ante el Niño Jesús y los cánticos, muy distinta a la que se les puede ver cuando deben acompañar a algún personaje impertinente que les paga para toquetearlas.

En el tercer salón, uno más privado, me pareció ver a don Gilberto, el presidente del municipio, y a don Luisito, el gobernador, con algunos de los integrantes de los gabinetes. Celebraban el fin de un año más de trabajo, mucho progreso y mucha paz. Claro, era su mundo, desapegado a la realidad de los simples mortales.

Hacia las nueve de la noche, algunos clientes estaban ya pasados de copas, pero casi todos, preparados para retirarse a sus casas. Fue entonces que llegó el cargamento de tamales de chile y de dulce. De verde, de rojo, de rajas y de biznaga. Llevaron también atole champurrado. Se repartió la comida a las muchachas y a los pocos invitados que aún permanecían en el lugar, como al Nico Arvezu, del quien se despidieron tanto don Gilberto, como don Luisito y casi todos los miembros del gabinete. El viejo se quedó sentado en un sillón de la sala de

acceso a la casa, a un lado del piano que este día no fue tocado por el Chato Juárez.

Consuelo le pidió a Carmen que llevara platos de tamales, únicamente dos, y un jarro de atole, a la gente que aún no se iba. Yo me quedé sentado, sólo observando y comiendo. Cuando Carmen le invitó los tamales a Nico, éste le dijo algo que no pude escuchar, pero al tiempo intentó agarrar la pierna de la muchacha y con un movimiento rápido esquivó la mano del borracho. Carmen, contra lo que yo esperaría, le sonrió y pude escuchar qué le dijo, de buena manera, que no, que con ella no, “si gusta, le llamo a alguna de mis compañeras”. Ya estaba yo a dos pasos de ambos y alcancé a oír que el tipo le decía: “No, hoy no me interesa ninguna, solo tú”. Estaba a punto de acercarme para sacarlo a estirones, pero Carmen me detuvo e inesperadamente apareció Consuelo, quien lo tomó del hombro y con voz segura pero amable le dijo: “Nico, en casa te espera tu mujer, ya la haces batallar bastante, hoy debes estar con ella”.

El borracho se levantó y comenzó a caminar a la salida; pero se detuvo, se volvió para ver a Carmen y le dijo: “Pero algún día serás tú la que quiera estar conmigo”. Carmen sólo le devolvió una sonrisa, para después tenderme su mano derecha y con la otra taparse el rostro. Regresó Consuelo de la calle donde despidió a su “amigo” Nico, no supimos qué le dijo, pero le soltó un sermón a Carmen, sobre que si ella fuera más inteligente, le podría ir muy bien con algunos de los clientes que frecuentemente preguntan por ella; que si no quiere llevárselos a la cama, que les diga que sí pero no les diga cuándo; que el Nico estaba enojado por borracho, pero que en su juicio le había hablado de sus buenas intenciones y que a final de cuentas redundaban en dinero, ya que no era casado, porque la mujer con la que vivía la había ganado en una apuesta y no había nada más entre ellos.

Carmen le dijo que de no ser por esas pláticas, en otro momento ella hubiera salido corriendo de la sala y se hubiera

escondido en el cuarto, pero ahora lo que hizo fue sonreírle y de la mejor manera invitarlo a que “hiciera uso” de otra de las muchachas. Consuelo le dijo finalmente, cerrando la plática, que en algún momento, y tal vez muy pronto, ya no podría tenerla en la casa como muñequita de aparador, porque le tenía muchas concesiones. Me vio con una cara de desprecio y se marchó al salón en el que quedaban aún dos de los clientes más finos.

Carmen había cambiado, sin duda. Más de ocho meses de convivencia con las muchachas y con Consuelo, la habían hecho entender muchas cosas. Conocía muy bien la vida y circunstancias de Rocío y Josefina, muy parecidas en cuanto a la tragedia y el abandono. Violadas desde pequeñas por familiares cercanos y abandonadas sin nada para subsistir en un mundo agresivo. Y también de otras como la de Rosalba, la Wence, que había decidido de *motu proprio* dedicarse a la prostitución: “porque me gusta la cogedera, Diosito me hizo muy caliente”. Claro, no por eso Rosalba no había tenido momentos difíciles, los tenía y muchos: “A fin de cuentas puta despreciada. No puedes decir que no, porque eres puta y te gusta”. Definitivamente, Carmen ni de una forma ni de la otra querría vivir esa vida. Y desde luego que también tenía su historia, pero, como le decían las muchachas, ella la estaba librando, todavía.

Cerca de las doce de la noche, Consuelo llamó a las muchachas a la cocina. Sólo dos estaban trabajando. “Sea por Dios, alguien debe sacar dinero por nosotras”, dijo la matrona y procedió a iniciar el intercambio de regalos. Consuelo le regaló a Carmen, le dio un abrazo y al oído le dijo; “Te quiero mucho, hija, aunque no parezca” y, acto seguido, le dijo a voz en cuello: “Aunque yo creo que el que lo va a disfrutar será otro” y me dirigió una mirada con menos desprecio que la de momentos antes.

Yo no estaba contemplado en el intercambio, pero Carmen se adelantó al centro de la sala y le dijo a la concurrencia que tenía un regalo para mí. Era un juego de plumas atómicas. Me dejó sin palabras. La abracé delante de la audiencia que

exclamó al unísono: “¡Beso, beso...!”. Le entregué su regalo y, ante la insistencia, ella tomó la iniciativa y me besó muy tiernamente en la mejilla. La exclamación ahora fue un estruendoso “¡Buuuuu...!” con cierta decepción de nuestro público. No abrió la caja, tal vez pensando que pudiera comprometerla.

Después de la entrega de regalos, las muchachas entraron en una amena plática y nosotros aprovechamos para deslizarnos, poco a poco, a nuestro aposento. Puso sus regalos en la cama, abrió primero el de Consuelo. Era uno de esos camisones cortitos de tela translúcida, creo que le llaman tul; están ahora de moda, les llaman *beibidol*. Las muchachas tienen al menos uno. Carmen no tenía. No sé qué busca Consuelo haciéndole esos regalos a Carmen. Sin decirme nada, se quitó la ropa y se puso la prenda. Es extraño que una simple tela pueda obrar tal sensación en la mente de un hombre. Se veía tan... ¿sensual? ¿excitante?

En seguida tomó mi regalo, lo abrió y se lo llevó con sus dos manos al corazón.

—Qué bonito, me gustan mucho más que este vestido. ¿Te gusta? —me preguntó señalando su nueva prenda, con un dejo de inocencia.

—Eh... bueno... n... sí...

Río pícaramente y me pidió que le ayudara con el collar y la pulsera. Casi temblando tomé primero la pulsera y, arrodillado, se la coloqué en la muñeca izquierda. Me turbé, pues su sexo quedó en mi rostro, totalmente translucido, protegido desde luego por su calzón, que esta vez era de encaje. En seguida me levanté para colocarle el collar que, a pesar de tener una medalla con el Sagrado Corazón, no evitó que mi mirada, antes de su cuello, se detuviera en sus nalgas perfectas. Otra vez mi hombría se ponía a prueba con Carmen y, como la vez anterior, no me abandonó. Lo bueno es que ahora, traía aún mi pantalón puesto. Me acerqué tembloroso a su cuello, levanté su cabello y, al hacerlo, me llegó un olor a limpio, a fresco, que

igualmente aumentó mi ansiedad. Así, de espaldas, buscó mis manos y me atrajo a ella, por su cintura. Quedamos completamente pegados, sentí una gran necesidad de besar su cuello, pero me contuve. Mi sexo estaba totalmente excitado, no sé si ella lo sentía, pero quedamos así por un buen rato.

Poco a poco se dio la vuelta. Quedamos un momento frente a frente, algunos segundos sin saber qué hacer, sólo viéndonos a los ojos y alternativamente viendo nuestras bocas. Ninguno de los dos tomó la iniciativa para acercar nuestros labios. Ella se apartó un poco, al tiempo que decía levantando su mano izquierda a la altura de la medalla: “¿Cómo se me ven? Me gustaron mucho, me vas a tener que ayudar a quitármelos, y el camisón también”. Así lo hice y, después de ello, me quité mi ropa para proceder a dormir, mi pene seguía erecto y era notorio aún con el calzoncillo puesto. Carmen ya sentada en la cama, miró mi entrepierna y no dijo nada, solamente sonrió sin dejar de mirar.

—No se preocupe, mi detective, yo también siento algo extraño. Me siento mojada —me dijo sin dejar de sonrojarse.

—¿Qué hacemos? —dije como un adolescente estúpido.

—Estoy en sus manos, detective.

Nos acostamos, frente a frente, nos miramos. Puso su pierna derecha sobre las mías, de tal forma que su sexo quedó íntimamente pegado al mío, bajo nuestros calzones. Ella se acercaba más, se apretaba a mi cuerpo. Yo sentía un gozo especial que nunca había sentido. Estuvimos así, abrazados, sexo con sexo, por mucho tiempo, hasta que, increíblemente..., quedamos profundamente dormidos.

25 DE DICIEMBRE DE 1961

HA NACIDO EL NIÑO DIOS

*D*esperté aún abrazado a Carmen. Estaba hermosa. La contemplé por varios minutos, sólo mirarla me proporcionaba un éxtasis más cercano a la ternura que a la sensualidad. No entendía por qué no llegábamos al último paso, a la consumación de nuestras ansias, o tal vez sí entendía, no quería volver a equivocarme y menos con una persona inocente, en el sentido de que nada tiene que ver con mi vida anterior, con mis errores. Estaba mirándola, cuando abrió lo ojos y sonrió.

—Pasamos nuestra primera noche buena, con una casi, casi noche buena —dijo Carmen soñolienta aún, antes de que comenzara a vestirme.

—Para mí fue muy buena.

—También para mí, pero pienso que pudo haber sido mejor.

—Nos quedamos dormidos —dije un tanto sonrojado y sintiendo aquello como un reclamo por no tomar la iniciativa.

—Detective, me doy cuenta de que nos atraemos, digo, sexualmente hablando y a mí no me importa que seas mayor que yo. Ya te dije que si alguna vez decido acostarme con un cliente de Consuelo, será porque ya lo hice contigo.

—A lo mejor por eso no me animo. No sé si me gustaría que precisamente por ser yo el primero y por tu tener ya esa

experiencia, iniciaras una... carrera con todos los cerdos que vienen aquí.

—Tive —así comenzaba a decirme de cariño, como diminutivo de detective—, tampoco va a ser que, una vez que ya no sea virgen, corra a los brazos o, peor aún, a la entrepierna de cualquier hombre. No sé qué pasará, lo que sé es que cada vez que estamos cerca, en circunstancias digamos comprometedoras, de pocas ropas y mucha cercanía, se me mueven cosas dentro y me dan muchas ganas de estar contigo. Después, no sé qué pueda pasar y no puedo prometer nada.

—Lo entiendo y me gusta tu forma de ver las cosas, pero insisto que no me gusta la idea de pensar que, al fin de cuentas, Consuelo te convenza. Por ejemplo, quién nos dice que ese camión, ese *beibidol* o cómo se llame, no te lo haya dado con otra intención.

—Puede ser, pero confía en mí, yo decido.

—Confío plenamente en tí, lo sabes.

Me vestí sin dejar de verla y le dije que tendría un día agitado a pesar de ser festivo. Le di un beso en la frente.

Salí de la casa y fui directamente a la oficina. Llegamos casi al mismo tiempo Nacho y yo. Me informó que, gracias a la cooperación con la Policía, el superintendente de la SCT y el administrador del Telégrafos Nacionales en Aguascalientes habían logrado tener copia del giro que recibieron los muchachos Kummens. Era de su padre, por 60 mil pesos, una gran cantidad que la muchacha recogió en su bolsa y un maletín. Efectivamente, la acompañaron la Tuna y el Pancho Viejo, y ella se regresó con el chófer de la familia. Había en el giro un lacónico mensaje: “Hagan cosas bien, último dinero, los queremos”.

No pudimos encontrar una traducción certera del mensaje. Parecía un consejo de cualquier padre a sus hijos del tipo “Hagan las cosas bien, pórtense bien”, aunque también podría ser: “Hagan las cosas bien, secuestren al viejo”. Pero insisto, entre las familias había una buena relación, Memo era la oveja negra. “Último dinero”, pareciera una sentencia de la última ayuda, o bien pudiera ser también que pronto los hijos ser reunirían con sus padres, lo que también parecía poco probable, pues padre y madre eran ancianos de casi ochenta años.

A fin de cuentas decidimos que, fuera lo que fuera ese mensaje, lo importante era lo que había escuchado en los baños del restaurante del Hotel París. La guardia de la oficina de Telégrafos Nacionales pasaba a la oficina de los diarios y el grupo de guardias personales de don Pedro se concentraría en la radiodifusora, en donde pasaba más tiempo el señor Riberola. Esta vez, regresé a mi casa y me quedé dormido buena parte de la tarde.

Había una especie de rutina. Iba temprano a la oficina, pasaba toda la mañana ahí, estudiando los movimientos de los pillos; casi todos los días, a las doce y media de la tarde, entraba una llamada de don Salvador para informar novedades y avances; después, me sumergía en papeles, periódicos e informes y, entrada la tarde, salía a comer al mercado Terán o al Parián. Pasar un momento a casa, tomar una siesta y una ducha rápida para, finalmente, ir a la casa de la Pelos de Oro.

Esos días platiqué poco con Carmen, pues, cuando tocaba el tema de don Pedro, me decía que le daba mucho miedo y prefería que dejara el asunto en manos de la Policía. Después, dormíamos como casi siempre, con mucha tranquilidad.

31 DE DICIEMBRE DE 1961

ÚLTIMO DÍA DE UN AÑO
EXTRAORDINARIO

El día anterior transcurrió sin novedad. Si bien se estableció un cerco muy grande de seguridad entre los policías y los trabajadores de don Pedro, las instalaciones de los diarios fueron fuertemente custodiadas. Estaban los trabajadores. Primero unas palabras, después rifas y abrazos, finalmente, buenos deseos y eso fue todo. Una patrulla escoltó a los dos autos con guardaespaldas que custodiaban al auto de don Pedro, quien iba acompañado de sus dos escoltas. Una vez resguardado en su casa, la vida volvió a la normalidad.

Lo dicho, en la casa de Consuelo, cualquier pretexto es bueno para la fiesta. Último día del año y, ahora sí, desde un día antes se les dio aviso a los clientes que no habría ningún tipo de servicio. Algunas de las chicas fueron a sus casas: las que normalmente no duermen en el antro, en la ciudad; y las que casi siempre se quedan en el bar, en pueblos cercanos. Estábamos Consuelo, Josefina, Rosalba, Martina, Valentina, Luz, Carmen y yo de colado. Esta vez invirtió, además del alcohol, en una buena cena, algunos pollos rostizados de la familia Moreno de la calle de Victoria y en un puré de papa. Comimos abundante-

mente y, después, las muchachas bebieron sin control. Carmen se contuvo, creo que sólo se tomó dos tragos, y yo no bebo.

Consuelo les decía a sus muchachas que en otras partes se brindaba con champagne o, de perdís, con sidra, pero en su casa, el día último del año, era el único en el que se permitía a las niñas pasarse de copas, pero sólo con tequila. Pronto aquello se convirtió en una especie de aquelarre, todas, a excepción de Carmen e iniciando por Consuelo, estaban pasadas de tragos, borrachas y algunas de ellas estaban muy querendonas. De pronto se amaban y unos segundos después se gritaban el “quién vive”. Carmen y yo nos fuimos escabullendo hasta la habitación, nuestro refugio. Apenas entramos, Carmen rió sin freno, le dio un ataque de risa que no podía detener. Me contagió y estuvimos riendo por algunos minutos, hasta que caímos exhaustos. Me dijo que se sentía mareada, puso sus manos en mis mejillas y poco a poco se fue acercando, sentía su respiración y su aliento alcohólico; me acariciaba y acercaba su boca a la mía. Estaba a punto de posar su labios en los míos... Yo no podía moverme, estaba congelado pero ansioso. Entonces pasó..., pasó que se quedó dormida. Al poco tiempo de estarla viendo, de sentir su respiración, de apreciar su cara bonita, morena, me quedé dormido también.

DEL 1 AL 5 DE ENERO DE 1962

PRIMEROS DÍAS DEL NUEVO AÑO,
¿QUÉ VENDRÁ?

*M*e levanté temprano para la reunión de rutina; lunes, primer día del año, día de asueto, pero en mis circunstancias era imposible dejar de lado el trabajo. Camino a la oficina, comencé a recordar lo que fue el año, un año extraordinario, no por lo que había ocurrido en sí mismo que, si lo ponemos en la balanza, se acercaba más a lo trágico, sino porque eran cosas que no hubiera esperado, especialmente la aparición de Carmen en mi vida.

Como siempre, Nacho y yo llegamos puntuales a la oficina, hablamos de las estrategias que podíamos establecer para el día señalado. Era extraño, hablábamos poco de nuestras circunstancias personales, ni siquiera hubo un “feliz año”. Después de discutir las posibles actuaciones de los malhechores, decidimos hacer dos visitas a las casas de Los Pozos, una el martes 2 y otra el viernes 5, y tratar de encontrar alguna señal, algo que nos sugiriera los movimientos de la banda de pillos, para la reunión en el Salón de los Caballeros de Colón. No había otra fecha, era seguro que ese día actuarían.

Regresé a la casa de Consuelo e invité a Carmen a comer algo. Fuimos a San Marcos, tal vez mi instinto detectivesco me hizo acercarme al Salón de los Caballeros de Colón. Rodeamos el jardín y, aunque ya había estado ahí en distintas ocasiones, me di cuenta de que, desde la plaza de toros, era posible acceder a las oficinas de Los Caballeros. Obviamente, no le comenté nada de eso a Carmen, quien me preguntó qué íbamos a comer. Estaba cerca la Casa de la Señora Cruz, nada que ver con la casa de Consuelo, donde vendía, entre otros platillos, las enchiladas estilo Jardín de San Marcos y el mole de pobre.

Ella pidió las enchiladas y yo, el mole. El momento de la ingesta de los platillos sirvió para platicar de lo ocurrido en la última noche del año viejo y las primeras horas del año nuevo. Me confesó que se sintió muy mareada, tal vez borracha, y que no recordaba bien lo que pasó después de que morimos de risa, que recordaba que yo... ¡que yo! había tratado de besarla. Le dije que ella quiso hacerlo, pero de pronto se quedó dormida. Se sonrojó y entonces comentó: “Bueno, qué bien, porque entonces lo que traigo en mi cabeza ocurrió sólo en mis sueños”. El rojo de su cara era casi como el de un jitomate muy maduro. Me confesó que soñó que habíamos pasado una noche de mucho amor y que cuando despertó no estaba plenamente consciente de lo que había ocurrido.

Terminamos nuestros platillos, pagamos, le comentamos a la señora Cruz que su comida había estado riquísima y salimos para volver a la casa de la Pelos de Oro. La noche transcurrió sin novedad, Carmen estaba aún apenada por lo que creyó que había pasado la noche anterior.

Segundo día del año. Nuevamente se ve la rutina en las calles. Salimos temprano, en una camioneta de caja, no tenía nada que la identificara como policiaca. Todos íbamos de civil, Nacho y

yo, hasta el suboficial Ramiro y el gendarme Esteban, ambos sin uniforme, el primero en la cabina y el segundo en la caja. Llegamos pronto a la localidad, aunque el camino se hizo largo porque nadie habló hasta que entramos a la colonia: “Bien, detective, ¿cuáles son las casas de los maleantes?”. Con mis indicaciones, primero llegamos a la casa de la Tuna y luego a la del Pancho Viejo, las dos estaban en la misma calle, distantes unos cuarenta metros una de la otra, así que nos estacionamos a una distancia prudente, donde pudiéramos ver los movimientos en ambas. Estuvimos estacionados unos 20 minutos. No se veía actividad alguna y entonces sugerí acercarnos a la casa de los Kummens, al casco de la antigua hacienda. Nacho había ya encendido el vehículo, cuando llegaron tres mozuelos de unos 12 años, se acercaron a la puerta del conductor y le dijeron: “que dice el patrón que se regresen de donde vinieron, que no anden de chismosos”. No le dieron oportunidad de decir nada, en cuanto soltaron el mensaje se fueron corriendo en sentido contrario, por la calle polvorienta, riendo, como si de un juego se tratara.

El gendarme se recostó a lo largo de la caja, desapareciendo de la vista de quienes estuvieran pie a tierra. Aunque esta vez si llevaba la Beretta en la sobaquera, sugerí que sólo pasáramos frente a la casa de los Kummens, sin detenernos, pues por lo menos una vez me habían invitado a retirarme a punta de plomazos. Pasamos a una velocidad moderada frente a la casa grande y sólo vimos la camioneta roja y al chamaco que quería pelear sus gallos en la Feria de San Marcos.

Regresamos a mi oficina, únicamente entramos Nacho y yo, los policías eran de cartón, pues actuaban únicamente cuando recibían indicaciones. Si bien nuestra visita a Los Pozos no nos había dado algo extraordinario, podíamos deducir que no encontramos mayor movimiento que antes y probablemente no serían muchos los hombres que intentarían el secuestro o lo que tuvieran en mente. También dedujimos que

en la población había un control férreo del lugar por parte de los Kummens o por lo menos de Memo.

Se fueron mis repentinos invitados y yo me fui a casa para dormir un poco, bañarme y volver a mi nueva y agradable rutina en la casa de cita de la Pelos de Oro. Otra vez, sin mayor novedad, igual que el tercero, el cuarto y el quinto día del año. Se estaba volviendo todo una rutina que comenzaba a rondar el aburrimiento.

6 DE ENERO DE 1962

Y QUE EMPIEZAN LOS BALAZOS

El día anterior tuvimos una junta, la última antes del evento. Fuimos a la ex hacienda y todo estaba en calma, una calma que espantaba. Nos llenaba de sospechas o de certidumbres, intuimos que estaban concentrados en otro lugar para tener mayor libertad en sus movimientos. Eso nos llevaba a pensar que debíamos tener un mayor número de individuos infiltrados entre el personal que atendería la reunión. Uno estaría entre los técnicos encargados del sonido y de la música, dos entre los meseros, uno en la cantina, dos en el equipo de apoyo, lavadores de trastes y encargados de limpieza, y uno más con los porteros. El equipo personal de don Pedro lo acompañaría de su casa hasta el salón, además de dos policías a la distancia. No había nada más que planear, era sólo cosa de esperar a que llegara el momento.

Al despertar, el día 6, Carmen me contó que tuvo un nuevo sueño.

—Buenos días —le dije.

—Hola —dijo al tiempo que me abrazaba—. Tuve un sueño extraño.

—¿Otra vez? ¿Es para todo público o sólo para adultos? —se sonrojó primero, pero después su expresión se tornó en una de tristeza, de miedo.

—Mi mamá vino otra vez y me dijo que no deberías salir hoy.

—Hoy es un día muy importante para mi carrera y para mi... nuestro futuro.

—Por eso, pienso que por nuestro futuro debes quedarte en la casa —se sonrojó y yo sentí que fue una de las expresiones más sinceras que había pronunciado desde que la conocí, y eso que en realidad siempre había existido sinceridad en sus palabras.

Le dí un beso en la frente y salí de la casa, no sin un sentimiento extraño de abandono, de lejanía, de una rara nostalgia por algo que no había perdido, por lo menos hasta el momento.

Llegamos desde muy temprano al Salón de los Caballeros de Colón. Pasamos lista de todo el personal que estaría esa noche en la reunión del partido. Todos y cada uno dieron su nombre y dónde podrían ser ubicados en cualquier momento. Ninguno dio pie a alguna sospecha, ninguno se negó a proporcionar sus datos ni a ser totalmente revisados. Los infiltrados se colocaron en lugares estratégicos y establecimos posiciones en todo el edificio que nos permitieran, a golpe de vista, enviarnos señales con algún mensaje.

A las siete de la tarde comenzaron a llegar los miembros del partido y personalidades ligadas al gobiernos y a las familias de la alta sociedad, muy cercanas a las élites del poder. “Es el representante del partido, de la dirigencia nacional”, escuché cuando me movía entre las mesas que empezaban a llenarse de gente. Esa expresión llamó mi atención, por lo que volteé a ver al referido, no estaba cien por ciento convencido, pero el aludido se parecía mucho al Pancho Viejo, sólo que bien vestido, con el cabello recortado y totalmente rasurado, además, porta-

ba unos anteojos, que fueron los que más dudas me causaron. Como fuera, era mi principal sospechoso hasta el momento. Nunca lo pensamos por ese lado, habían entrado a los círculos cercanos del partido. Ahora debía buscar a la Tuna, pues no actuarían solos.

Fui a mi tiro de vista y busqué a Nacho, al cual le pedí con un movimiento de mi mano, que se acercara a mi lugar. Le comenté lo que acababa de escuchar, vio al personaje y me dijo que no lo conocía, que no sabía si en realidad era quien decía ser, pero me comentó que estaría atento a la gente del partido, pues por lo menos a los del estado los conocía a casi todos por la relación con don Pedro.

El programa contemplaba un pequeño mensaje del presidente del partido en el estado, después una ponencia de aceptación de don Pedro para convertirse en el candidato a la Presidencia Municipal y participar en las siguientes elecciones, las cuales se desarrollarían cinco meses más adelante. Después, una sencilla cena. En la mesa de don Pedro, desde antes de su llegada, estaban ya dos miembros de su equipo personal de seguridad, que se asumían como miembros del partido y del equipo cercano del candidato.

Todo marchaba con una normalidad tensa. Hubo aplausos en los discursos de los únicos dos personajes que hablaron, incluso una porra para don Pedro, cuando aseguró que el triunfo ya estaba en manos del partido, pues eran los únicos de probada honestidad en el estado. Yo trataba de no perder de vista por mucho tiempo al delegado del partido en Zacatecas. En dos ocasiones se levantó y fue al baño, pero rápidamente regresó a su lugar en la mesa, que, por cierto, estaba a un lado de la de don Pedro.

Caí en cuenta de que hacía mucho tiempo no había dejado de pensar, de tener en mi cabeza como primer pensamiento a Carmen. Hoy era la primera vez, sin embargo, me llegó una visión de ella, abrazada por una señora que la consolaba, seguramente su madre. No me permití distraerme mucho tiempo

con esa imagen y volví a mi vigilancia, al parecer faltaba poco para que todo acabara. El representante de la dirigencia nacional se levantó de su mesa, acompañado por otro personaje que definitivamente no era la Tuna. Se acercaron a don Pedro y éste correspondió a un efusivo saludo de Pancho o el representante. No ocurrió nada extraño, después del saludo volvieron a sus lugares. Luego de esto, algunos otros personajes del estado se acercaron a saludar al protagonista de la noche.

Mucha gente se había retirado. Don Pedro estaba por hacerlo, le pidió a su chófer que lo esperara un poco en lo que pasaba al baño. Su auto estaba en la calle justo enfrente de la salida del salón. Los dos guardaespaldas lo siguieron a la distancia y yo hice lo propio sin darme cuenta de que el representante también se levantó y se dirigió a los baños del salón. Iba atrás, de hecho pasó junto a mí, poco antes de llegar al acceso; entró y hasta entonces lo vi. Los agentes de seguridad se quedaron en la puerta del baño y yo seguí al representante, quien fue directamente a hacer lo suyo en un mingitorio, cerca del que tenía a don Pedro realizando una acción similar. Yo tuve que hacer lo mismo pero con lo mío. Después, todo se presentó de forma muy rápida. Primero terminó don Pedro y se dirigió a la salida para lavarse las manos, a unos pasos lo esperaba el encargado del baño acercándole una toalla para que se secara. El representante estaba ya por detrás de don Pedro, como esperando a que éste terminara la faena y le diera una moneda al viejo que hacía aquel servicio. Yo era el tercero en la fila. El toallero levantó su mirada para ver a don Pedro que le acercaba la moneda y fue hasta entonces que lo descubrí... ¡¡Era Saturnino, la Tuna!! Quedé un momento paralizado, cuando el toallero sacó de detrás de él un costal y, con gran destreza, metió por la cabeza al candidato hasta cubrirle medio cuerpo. Ahora sí, el Pancho, el representante, se lanzó y apretó el bulto, justo donde debía estar la boca de don Pedro, que no alcanzó a gritar. Yo ahora sí llevaba la Beretta y fue mi primer impulso tomarla, pero el Pan-

cho ya me estaba apuntando, al tiempo que empujaba, junto con la Tuna, al hombre recién capturado. Por supuesto que no fueron a la entrada del baño, ni pensarlo, seguro estaría repleto de guardias de seguridad. Había ahí, en uno de los separos con excusado, una puerta, por la cual salieron corriendo con don Pedro prácticamente cargado. Grité “¡Se lo llevan!” y fui tras ellos, decidido a dispararles temiendo herir al candidato. Detrás de mí venía uno de los guardaespaldas y el otro fue al salón a dar aviso a los otros elementos.

Los esperaba la camioneta roja, nunca la vimos en el lugar ni cerca de ahí. Estaba encendida y con alguien al volante. Aventaron a don Pedro a la caja y treparon, justo cuando el vehículo arrancaba a toda velocidad rumbo a la salida de la plaza de toros. El arrancón fue vertiginoso, por lo cual, los maleantes se precipitaron al suelo. El primero en caer fue el Pancho y en seguida la Tuna, seguramente nunca lo practicaron. Rápido se pusieron de pie y vieron que los seguía cada vez más de cerca. La camioneta salió de la plaza, justo a la calle donde estaba la entrada al salón, sólo que tomaron el sentido contrario a la dirección permitida y los vehículos policiacos tuvieron que dar la vuelta para seguir a la camioneta roja.

El par de malos acróbatas llegaron corriendo al Jardín de San Marcos, brincaron la balaustrada y desde dentro realizaron cuatro disparos. Uno logró rozarme el brazo izquierdo, primero sentí un calor muy fuerte y luego mojado y frío. Brinqué también la cerca de cantera rosa, con un poco más de complicación que los maleantes. Se alejaban, pero yo no cedía. Seguí corriendo, disparé en tres ocasiones; seguí corriendo, pero de pronto ya no pude disparar... seguí corriendo, creo, aunque sentí que mis movimientos eran como en cámara lenta, muy lenta... seguí... seguí... hasta que todo se puso borroso, se volvió gris... oscuro... negro... profundamente negro.

21 DE ENERO DE 1962 ¿DÓNDE ESTOY?

*A*brí los ojos. Aún tenía sueño, pero sentía que había dormido mucho, de hecho mi cuerpo estaba un tanto anquilosado, los músculos duros. Seguramente por la carrera del día anterior, por la persecución. No reconocí el lugar en el que estaba. Volteé a mi izquierda y al mismo tiempo volteó ella para encontrar mi mirada. Al verme se sonrió, gritó y comenzó a saltar, al parecer, de gusto. Al menos su expresión era de gran alegría. Se acercó y sin mediar palabra, sin previo aviso, de sopetón, me dio un gran... enorme beso en la boca. ¡Nuestro primer beso! No entendía nada. Pero tampoco quería entender, con dificultad acerque mis manos a su rostro.

Entró al pequeño cuarto una persona, por sus ropas deduje que era un médico, además, era seguido por una enfermera, quienes al verme sonrieron y abrazaron a Carmen. Solté mis manos y sentí nuevamente dolor en el cuerpo que, ante mi asombro y alegría, era insignificante.

—Bienvenido de regreso, detective —dijo el médico sin dejar de sonreír.

—Pues si así serán los recibimientos cada vez que me vaya a no sé a dónde, me iré con más frecuencia.

—Bien, sólo que no es tan sencillo ir y regresar del otro mundo. Usted es de los pocos con esa suerte.

Traté de incorporarme, pero me dolió mucho mi brazo izquierdo, el pecho y el estómago. Vi al doctor, a la enfermera y a Carmen, no dejaban de sonreír. Me explicó el doctor que me habían herido en el brazo, por encima del codo, por nada se salvó de ser destrozado. Me hirieron en el abdomen y me sacaron la bala en una operación de muchas horas, lo mismo hicieron con la que entró por el pecho, intersectando incluso el pulmón derecho.

—Recuperamos la bala y logramos suturar y restaurar, se drenó toda la sangre, fue mucha la que perdió, por eso el desmayo y tanto tiempo dormido. Su cerebro pudo sufrir algún daño por falta de oxígeno; no cante victoria aún. Debemos hacer muchos estudios.

—¿O sea que estoy en el hospital? —pregunté totalmente desorientado.

—En el Civil Miguel Hidalgo, en una área restringida. Está muy cuidado, no sólo por Carmen que no se separa de usted, pues afuera hay dos personas vigilando que nadie fuera de su círculo se acerque. Pero dígame: ¿qué es lo último que recuerda?

—Un beso —dije viendo a Carmen que tornó rojo tomate su rostro.

—De antes de haberse dormido —replicó el doctor un tanto desconcertado.

—Pues ayer... la balacera... el evento de don Pedro. Me dispararon los dos pillos, la Tuna y el Pancho Viejo, pero no me dieron y los seguí persiguiendo. Disparé, pero creo que no les dí, casi nunca uso la pistola y no tengo tan buen tino.

—¡Imagínese si lo tuviera! Hay dos criminales menos en el condado, capitán —dijo el doctor, tratando malamente de imitar a un personaje de la televisión. Carmen sonreía de oreja a oreja.

Ante mi desconcierto y desubicación en el tiempo, el doctor comenzó una explicación de los acontecimientos, según lo comentado por el jefe policiaco Chava Luévano. Me dijo que ya habían subido a una camioneta a don Pedro, pero ellos se caye-

ron; cuando el conductor arrancó a toda velocidad, huyeron del lugar y de sus persecutores, los cuales eran encabezados por mí. Los pillos de a pie cruzaron la calle y brincaron la balaustrada del Jardín de San Marcos y, cuando yo hacía lo propio, ellos dispararon, uno después del otro. De cuatro tiros que hicieron, tres dieron en mi humanidad. Aún herido (yo no recuerdo haber sentido las heridas) seguí corriendo por algunos metros e hice tres disparos antes de que tomaran una de las veredas del jardín.

—Eso doctor, eso el lo último que recuerdo. Después yo sentía, o mi cabeza ordenaba a mi cuerpo seguir corriendo, pero mis piernas no respondieron; después se nubló todo y pues... ahora despierto aquí.

—De verdad tuvo mucha suerte, perdió mucha sangre; pudo haber muerto, pero ahora está mas vivo que nunca. Sólo será cosa de un día más aquí para hacerle estudios complementarios y después a recibir todos lo homenajes y premios que le esperan.

Mi reacción fue ver nuevamente a Carmen, quien parecía una madre orgullosa, enchida de orgullo; me regresó la mirada y sentí que en sus ojos decía algo así como “Yo soy tu mejor premio”. El doctor me explicó que el Pancho y la Tuna habían pasado a mejor vida, yo les compré sus boletos sólo de ida. De tres disparos que hice cuando ellos trataban de entrar en una de las veredas del jardín y se disponían a disparar nuevamente, dos hirieron mortalmente al Pancho y el otro fue tan certero que, cuando cayó, la Tuna ya estaba bien muerto. Eso no lo recordaba... los disparos que hice sí, pero no haberlos visto caer. Me explicó que fue cuestión de segundos o fracciones de segundo, yo iba mal herido y lo mas probable era que los tres hayamos caído al mismo tiempo.

—Pero bueno, será mejor que lo deje y que siga descansando, ya habrá tiempo para que lo vayan poniendo al día y no

se enfrente a la realidad, su nueva realidad, totalmente desorientado.

—Gracias, doctor, sólo dígame: ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Poco menos de lo que pensamos que dormiría. Exactamente quince días.

—¿¡Cómo!? ¿Quince días?

—Será bueno que intente lentamente levantarse y dar unos pasos por el pasillo, con la ayuda de Carmen o de los oficiales que están de guardia. Por cierto, ella no se ha separado de usted en ningún momento.

El doctor y la enfermera salieron de la habitación, Carmen inmediatamente se puso a mi lado, me tomó de las manos y me volvió a besar, nos besamos.

22 DE ENERO 1962

COMIENZA LA RECUPERACIÓN

*M*e visitó el inspector Salvador Luévano, me dijo que don Pedro estaba muy agradecido con todos los que participamos en el evento de su toma de protesta como candidato. Había salido ileso del intento de secuestro, no sin algunos moretones, raspones y un gran susto. Quería recompensarnos y ya vería más adelante la forma de hacerlo.

Una vez que la camioneta salió de la plaza de toros, en sentido contrario, las patrullas sin emblemas policíacos la siguieron hasta darle alcance unas cuadras adelante. Don Pedro estaba asustado pero ileso y quien conducía la camioneta no opuso la más mínima resistencia, estaba también muy asustado y rápidamente entregó su arma. Se convirtió en el único participante que podía decir algo del lado de los responsables.

Era el gallerillo, dijo que no sabía nada del plan salvo que debía llevar el paquete a una casa en el rancho El Chacho, hasta entonces supo que el paquete se trataba de un hombre: don Pedro; que le iban a pagar bien y le ayudarían a que, por fin, sus gallos entraran a los carteles del palenque de la Feria de San Marcos. Se establecía pues un vínculo entre Kummens y Arvezu. El palenquero tenía al muchacho en la ciudad desde hace mucho tiempo, esperanzado en que un día pelearía sus gallos

en la feria. Matías salió libre al corroborarse que no conocía a don Pedro y que no estaba involucrado.

—Y a todo esto, ¿Kummens no estuvo en el acto? —pregunté al jefe policiaco, verdaderamente intrigado.

—Al parecer estaba estacionado más adelante en la calle, en otra camioneta, escoltado por sus amigos exmilitares como él, su padre y su abuelo.

Fue entonces que don Chava me explicó que los Kumen (Kummens, al escalar en la sociedad porfirista) habían llegado a México durante el Segundo Imperio, con aquellos alemanes que se establecieron inicialmente en Villa Carlota, en Mérida, Yucatán; era una colonia agrícola, llamada así en honor a la emperatriz, esposa de Maximiliano. El abuelo Kumen hizo el recorrido desde Mérida a la gran ciudad, después se establecieron en Querétaro y, finalmente, después de la Revolución, llegaron a Aguascalientes. Siempre estuvieron ligados a las fuerzas militares, alcanzando rangos altos en ese medio. Su abuelo sirvió militarmente al Segundo Imperio y su padre, primero a Porfirio Díaz y, después, pasada la Soberana Convención, terminó enrolándose en las fuerzas revolucionarias, siguiendo a Emiliano Zapata en las tropas del sur; también entró Memo por intermedio de su padre y, más que por convicción revolucionaria del entonces jovenzuelo menor de quince años, fue por conveniencia personal, una vez que Memo sintió el poder que le daba poseer una arma y un grado militar, por mínimo que fuera, no pudo desprenderse de esa sensación nunca más.

Una vez pasadas sus glorias en la milicia, con el dinero hecho a base de los beneficios que le dejó la Revolución y, después, de sus bravuconearías, se dedicó a fanfarronear por toda la ciudad. Desprestigiado y ya cerca de los sesenta años, Memo seguía dependiendo de lo que su padre, el general, había dejado en Aguascalientes: el casco de la hacienda de Los Pozos y un prestigio militar, el cual él se empeñaba en tirar por los suelos con cada paso que daba. Tal vez por eso ellos decidieron irse

a otro lugar, para no seguir viendo los desmanes del hijo que nunca sentó cabeza. Sólo Graciela siguió con Memo, en una relación muy extraña; ella parecía una autómatas que hacía todo cuanto el hermano le pedía.

Por todo ello, era increíble entonces que, si incluso su familia sabía cómo era el exrevolucionario (así se presumía él mismo), aún lo siguieran algunos de sus compañeros de filas, a los cuales casi nunca les pagada un céntimo, pero los llenaba de promesas de un futuro lleno de bonanza y de nuevas glorias.

24 DE ENERO DE 1962 DE VUELTA A ¿CASA?

Después de casi tres semana, fui dado de alta; salí del Hospital Civil Miguel Hidalgo y podía por fin volver a casa. Por supuesto que ni Consuelo y mucho menos Carmen estaban de acuerdo con que regresara a mi casa, no iba a quedarme solo en mi convalecencia. Se dispuso todo para que me mudara a La India Bonita; las dos fueron a recoger mis ropas y los enseres más necesarios para hacer mi vida diaria, sin contratiempos, en mi nuevo aposento. Cargaron con todo, rastrillo, lociones, hasta mi bata de baño llevaron para que no hiciera desfiguros yendo del cuarto a la regadera, en paños menores. Todo, inclusive mi almohada, que en realidad no necesitaba, pues, de las dos de Carmen, una era prácticamente mía.

Consuelo antes de salir de la habitación y, a pesar de algunos desencuentros en los últimos días antes del accidente, me dijo con una gran sonrisa: “Pues bien, detective, ya es formal tu presencia en este sitio de mala muerte, bienvenido al salón del pecado y la perdición”. Parecía contenta de contar con un hombre, que de alguna manera podría protegerlas, más allá de los empleados, portero y cantinero que trabajaban con ella. Carmen tenía una expresión de franca alegría, se acercó a la cama en la que me depositaron apenas entrando a la habitación y me tomó de las manos.

—¡Por fin vivimos juntos! —me dijo con un sonrojo que conocía ya perfectamente.

—Pues sí, pero vaya forma de vivir juntos. De hecho creo que nunca pensamos en esto, ¿o sí?

—No, nunca lo pensamos.

—Será sólo por unos días —dije—, además, desde que llegaste, prácticamente vivimos juntos. Pero bueno, no deja de ser extraño. Imagínate, si ya las muchachas hablaban de que tú y yo...

—Ellas se divierten, sólo es eso —me interrumpió en defensa de sus nuevas amigas.

—Bueno, si a ti no te molesta, a mí menos.

—Claro que no me molesta, al contrario, se siente extraño pero me gana un sentimiento de gusto, de paz, de seguridad... Pero también quiero darte esto —me contestó extendiéndome un paquete envuelto en un pañuelo; eran todas la fotos que había en mi casa, casi todas con Rosa y mis hijos—. Se nota que los querías mucho... que los quieres mucho, incluso a ella —remató.

Le había compartido poco acerca de mi relación con Rosa y mis hijos. Lo cierto es que ni siquiera yo tengo claras muchas cosas de aquel tiempo. Había sido yo el que fallaba constantemente, mucho trabajo, robos sin gran importancia, investigaciones de trabajadores del gobierno y alguno que otro encargo de particulares, como espiar a las mujeres de los grandes personajes de la ciudad, a esos de doble moral que con cualquier atención, un simple saludo de sus mujeres a algún hombre, ven moros con tranchetes: como viven juzgan. Y, terminando la jornada, directo a la casa de Consuelo en la Chueca, primero una merecida cerveza y pronto dos, tres y, en unas cuantas semanas, ya eran borracheras. La verdad ella sí había aguantado mucho, también mis hijos... los veía poco.

Once meses pasaron desde la última vez que platiqué con Rosa y con mi hija, tal vez era momento de buscarlas otra vez y de escribirle a mi hijo. Sabía de ellos, claro, casi siempre por

terceras personas, los primos de mis hijos o sus tías. Lo cierto es que debería encarar los problemas, ya no estaba tomando y sentía que verdaderamente estaba cambiando, pero ¿valdría la pena cambiar lo que ahora estaba viviendo por lo que viví en el pasado?

25 DE ENERO DE 1962

DE A PESO LAS CONFESIONES

No comentamos nada más sobre el paquete de fotografías la noche anterior. Inmediatamente, Carmen dijo que debería intentar dormir en la silla, pues no quería lastimarme. Por más que quise persuadirla para que no lo hiciera, lo hizo; pero no sé cómo ni a qué hora, se colocó a mi lado con su brazo en mi pecho, la vi a las siete de la mañana que desperté.

—¡Ay! —exclamé, bromeando al observar que despertaba, muy adormilada.

—Perdón, perdón —dijo al momento que saltaba de mi lado y casi caía de la cama.

—No te preocupes, no pasó nada —dije sin poder evitar la risa que me provocaba la situación—. Era una broma. Sí me duelen las heridas, pero ya no es lo mismo, es muy leve.

—Qué malo eres —dijo y por primera vez la sentí enojada—. Me tuve que subir a la cama a mi pesar, porque no podía dormir sentada y aún así no dormí bien, porque a cada rato intentaba no moverme mucho para no lastimarte. ¡Y tú, bromeando!

—Bueno, era broma, no pensé que te fuera a molestar tanto —repliqué, asustado por la reacción de Carmen. Ella entonces fue la que rió, prácticamente a carcajadas.

—Nunca podría enojarme contigo, menos en nuestra primera noche viviendo juntos.

Al decir eso, se aproximó a mí, me acarició el rostro y se acercó lentamente, viendo mis labios que esperaban los suyos con paciencia. Apenas colocó su boca en la mía y se irguió, con una gran sonrisa. Después adquirió una actitud seria y me dijo que había vuelto a platicar con su mamá. Que se había sentado ahí, a la orilla de la cama, cerca de la mesa donde estaban las fotos y que le había dicho, apuntando al paquete, que debía aprovechar todo el tiempo posible, que ya nos habían demostrado que la vida puede irse en un instante, como para estar dejándola pasar frente a las narices.

—No estoy segura, pero creo que se refiere a lo que te pasó y a que nos hemos estado haciendo tontos —dijo Carmen en tono ceremonioso—. Y también creo, de verdad, que debes buscar a tu familia.

—Es extraño lo que estoy viviendo, lo que estamos viviendo. Han pasado cosas entre nosotros, que si me hubieran ocurrido cuando era adolescente, estaría ahora completamente enamorado de ti, pero siendo sincero no puedo decir que lo esté, pero tampoco puedo decir lo contrario.

—Creo que ya no entendí. Pero siento que me pasa algo similar a lo que dices —contestó para después adoptar una actitud más relajada, demostrada con una sonrisa—. Por cierto, en el hospital, cada vez que te bañaban, las enfermeras me pedían que les ayudara, te limpiábamos muy bien y siempre, siempre —su sonrisa se tornó pícaro—, cuando lavábamos tu parte, se ponía firme —rió—, y las pobres muchachas, salían corriendo y me pedían que terminara el trabajo —prácticamente entró en carcajadas—, yo me sacrificaba y lo terminaba. Hasta llegué a dudar si realmente estabas inconsciente, dormido.

—¡¿Cómo?! —dije total y verdaderamente sorprendido—. ¡Qué pena contigo y con las enfermeras sobre todo!

—Bueno, nada que no hubiera visto, e incluso... tocado, antes. A veces me divertía un poco, para serte sincera, me llama mucho la atención y pues me hacía sentir cosas, incluso me ron-

daba la idea de tomarte, de usarte, pero de inmediato pensaba en tus heridas y, peor aún, que te despertaras y yo estuviera encima de ti, seguro te daba un infarto –dijo con una risa y totalmente sonrojada.

—Imagínate... Pues no, lamentablemente no recuerdo nada. Bueno..., a veces tenía sueños bonitos, no sé realmente qué soñaba pero recuerdo que tuve momentos muy placenteros, tal vez era que tú estabas trabajando en mi parte. Y, seguramente, si hubiera despertado y tú estuvieras usándome, sentiría que estaba en el mismo cielo.

—Yo también creo eso –dijo Carmen, ahora sí dándome un beso que pasó de ser tierno a muy intenso, tanto que volvieron a dolerme las heridas ya cicatrizadas y en franca recuperación.

—¡Ay! –dije involuntariamente.

—Perdón... debes recuperarte pronto, porque yo ya no aguanto más.

—No, no..., sigue, fue sólo un reflejo –contesté consternado, pues ya estaba listo para la pelea.

—No, quiero que cuando pase, estés con todos tus sentidos puestos en mí, en nosotros, en lo que hagamos –saltó de la cama, se metió en su falda, se puso una blusa y salió del cuarto, para regresar casi de inmediato con una vianda, conformada de huevo, frijoles y bolillo.

En ese tenor transcurrieron los días subsecuentes, el amor o el deseo, aún no lo sé bien, fueron en aumento y mi recuperación avanzaba rápidamente.

22 DE FEBRERO DE 1962 (Y ALGUNOS DÍAS MÁS) DE LOS DICHO A LOS HECHOS

Las cosas en la ciudad, en cuanto al vandalismo, se habían tranquilizado. Había dos bandoleros menos, el Pancho Viejo y la Tuna, fuera de circulación. Graciela Kummens había abandonado la hacienda y prácticamente quedaba sólo Memo, acompañado por dos gatilleros exmilitares que, al parecer, no tardarían en abandonarlo también. El susodicho era visto esporádicamente en la ciudad, pero ya no cometía las fechorías que antes eran su estatus permanente.

Al parecer el casco de la hacienda de Los Pozos estaba en venta, el trato era con un abogado y no con Memo; seguramente el leguleyo había sido instruido por los padres de la familia Kummens. Guillermo tenía una orden de captura por un intento de secuestro y lo que se le acumulara una vez capturado. No sería una condena sencilla por el simple hecho de que quien iba a ser secuestrado era nada menos que un prominente miembro de la alta sociedad del estado; dueño de medios de comunicación importantes y, faltaba más, el candidato oficial del partido a la Presidencia Municipal.

Ese día ya me sentía muy bien, decidido a salir de la estancia obligada. Me movía por toda la casa y de vez en cuando salía a la tienda de la esquina a hacer alguna compra menor, pero sólo eso. Lo platiqué con Carmen y se ofreció a acompa-

ñarme, lo que me dio mucho gusto, aunque esperaba hacerlo solo. En realidad, lo que pensaba era ir a la comandancia y ponerme nuevamente a las órdenes de don Salvador, para dar con Kummens y de paso ponerme al tanto de los más recientes acontecimientos entorno al secuestro de don Pedro Riberola.

Apenas salimos de la casa, Carmen me tomó de la mano y así caminamos a la Plaza de Armas, ahí nos sentamos en una de las bancas, del lado de la calle Juan de Montoro, antes del Centenario, frente al Palacio Municipal y a la comandancia. Carmen esperó ahí en tanto yo entré con don Salvador. Me dijo que tenía algunas noticias, entre ellas, que tenía un sueldo cubriendo mis servicios médicos necesarios y que se alegraba por mis mejorías, pero tenía que esperar a que el doctor a mi cargo me diera el alta. También me comentó que a Kummens se le tenía una marca muy cerrada y seguramente pronto caería, que si yo estaba dado de alta para cuando se montara alguna estrategia, sin duda sería tomado en cuenta. Finalmente, me extendió una cajita acompañada de un sobre.

—Te lo iba a llevar al bar —refiriéndose a la casa de la Pelos de Oro—, pero, como viniste, pues de una vez te lo entrego, ya ves que a mí no me gusta visitar esos lugares —soltó sonriendo.

Salí con una sonrisa de oreja a oreja, pues no esperaba que me recibieran con un regalo. Me senté al lado de Carmen y fue mayor mi sorpresa. Había una tarjeta de agradecimiento de parte de don Pedro Riberola, con motivo de “su heroica actuación para lograr preservar mi vida, lo cual debe ser valorado en su verdadera y enorme dimensión. Con todo mi afecto y agradecimiento, Pedro Riberola”. Mi asombro creció cuando abrí la cajita cuadrada en color negro: ¡¡era un modernísimo reloj Rado DiaStar, color plata con zirconias!!

Pensé que me vendría mejor el dinero, pues soy poco de presumir joyas de ese estilo. Con lo que costó este instrumento para medir el tiempo, hubiera podido pasar un buen rato en unas vacaciones con una gran familia. Sin embargo, era la primera

vez que alguien reconocía mi trabajo, eso sí me enorgullecía. Carmen lo tomó y me lo puso en mi muñeca izquierda, después me hizo posar, haciendo figuras chuscas y, ante cada una de ellas, me decía que me veía más guapo, por llevar el reloj.

Regresamos a la casa, a nuestra habitación donde pasamos la tarde, tomando una siesta para después platicar de los planes mutuos. La escuela para Carmen ya estaba apalabrada, bien en la Benito Juárez, con un permiso especial del director, o bien en la de trabajadores que estaba iniciando funciones por esos años. Después, veíamos televisión, cambiábamos nuestro refugio para ir a la pieza donde estaba el aparato y veíamos *La cobarde*, protagonizada por Julio Alemán y María Rivas, algunas veces se sumaban dos o tres muchachas. Luego nos uníamos a las labores del bar y comenzábamos a recibir a los clientes para pasarlos, según sus intereses, a las distintas salas. Una vez que me dieron de alta, yo me había convertido, sin quererlo, en el portero, mesero, cantinero, guardia de seguridad y chófer de uno que otro borracho.

Las noches eran lo mejor de cada jornada. Nos dábamos cuenta de que ya no hacían falta las palabras, no hacía falta ponerle nombre a lo que simplemente hacíamos. Después de que la casa quedaba sola, cuando el piano dejaba de sonar y ya no se escuchaba risotada o improprio alguno, nos acostábamos y nos abrazábamos, ahora nos besábamos con intensidad por largos ratos, nos tocábamos el cuerpo. Después, esperábamos, esperábamos. Se comenzaba a hacer larga la espera.

1 DE MARZO DE 1962

A TERMINAR EL TRABAJO

Pasó una semana desde que me dieron de alta, la misma que don Salvador me pidió que tomara como descanso, para regresar con toda la energía. Las heridas estaban completamente sanadas y yo me sentía con más fuerzas y energía que nunca. Era ya costumbre despertar y tener algo de desayuno en la habitación. Por supuesto, ya no me despertaba a las cinco de la mañana, el lugar quedaba completamente vacío hasta después de las dos de la madrugada y Carmen debía dejar por lo menos recogidos los salones; yo la ayudaba todos los días, pero terminábamos en nuestro cuarto casi siempre después de las tres y media de la madrugada, a pesar de ello, ningún día nos dormíamos de inmediato, siempre teníamos algo de acción, sin llegar a culminar, sin terminar de saciar por completo nuestras ansias. Nuestra hora de despertar rondaba casi siempre las diez de la mañana y, aún así, éramos los primeros en levantarnos.

Ahora sí, no había excusa, debía presentarme en la Inspección de Policía y ponerme a las órdenes de don Salvador. Encaminé mis pasos al centro de la ciudad. Todo estaba preparado para lanzar una ofensiva y capturar a Kummens. Lo habían investigado de cerca, poco a poco se fue quedando solo, incluso su familia lo había abandonado. Sus padres eran ya muy mayores y casi no tenían dinero, por lo tanto, ya no le enviaban nada.

Su hermana Graciela ya no vivía con él. De los dos exmilitares que hasta unos días atrás seguían con él, ya no quedaba ninguno. Su lugar de residencia seguía siendo el casco de la hacienda de Los Pozos, aunque ésta ya estaba vendida a un empresario de la ciudad, el ingeniero Rodrigo Sánchez. Todo estaba preparado para el domingo 4 de marzo, al parecer tenía agendado un viaje a San Luis Potosí, por lo que don Salvador Luévano no quería que se fuera impune. Desde luego, me apunté para estar en la operación.

Había más datos importantes, finalmente, el conductor de la camioneta el día del secuestro confesó que había sido contratado por Kummens, con Nico Arvezu como intermediario, quien lo conocía por su insistencia en su pretensión de pelear sus gallos en la Feria Nacional de San Marcos. El Nico lo había puesto en contacto con Kummens, quien incluso le ofreció su rancho para que guardara y entrenara sus gallos, pues su tío Héctor de Granda, el torero, estaba de gira. El Güero había dicho la verdad, no sabía nada del plan del secuestro, sólo le dijeron que, si quería ganar puntos para pelear sus gallos en el palenque, debía hacerle el favor a Kummens, muy amigo de Arvezu y anfitrión de sus gallos. El muchacho sólo sabía que debía conducir lo más rápido posible al rancho El Cacho, en cuanto recibiera la instrucción de los captores. Todo parecía tranquilo hasta que aparecieron el Pancho y la Tuna, aventaron el bulto a la camioneta y brincaron a la misma, al tiempo que gritaban, “¡¡Arranca, vámonos, métele hasta el fondo!!”, el Güero Matías respondió de inmediato y al pie de la letra, lo que trajo como consecuencia la caída de los dos pillos. Lo demás ya lo sabemos, los disparos y mis heridas.

El Güero contó todo lo que sabía, pero agregó la información que correspondía a su persona. Dijo que venía de San José, ahí era un gallero reconocido y tenía la intención de presentarse en la capital, por lo que, con ayuda de su tío, el matador de toros, llegó a la ciudad en abril de 1961; de inmediato se puso

a las órdenes del señor Arvezu, amigo de su tío. Hacía labores diversas, pero lo que a él le gustaba era preparar gallos. Trajo a sus animales a la ciudad y, como su tío no tenía el espacio adecuado, el propio Arvezu lo contactó con Kummens para que le diera alojamiento. Luego, añadió que el exmilitar aceptó tenerlo en la casa del casco de la hacienda de Los Pozos a cambio de que realizara algunas labores que le iría indicando.

Reiteró que el día del secuestro a él únicamente le dijeron que iría a recoger un “bulto”, que hiciera todo lo que le ordenaran. Dijo que siguió las órdenes al pie de la letra con las consecuencias ya contadas por él y que, en menos de lo que pensó, estaba rodeado por tres automóviles de los que bajaron varios policías para detenerlo y sacar al señor del costal, al cual juró que nunca había visto, ni siquiera en fotografía. Él mismo dijo que Kummens le comentó que fuera buscando otro sitio para vivir y tener a sus animales, pues él se iría el domingo 4 de marzo a San Luis Potosí, muy temprano.

Al escuchar estos datos, comencé a atar cabos. El muchacho que yo había visto en Los Pozos era el mismo gallerillo de la vecindad de la calle Reforma, donde encontré a los ladrones de relojes, recordé que me dijeron que era sobrino de ese toreiro, Héctor de Granda. Nunca me dijeron que era nativo de San José, por lo que también intuí que era posible que se tratara del muchacho que protagonizó la bronca en la noche cuando Carmen huyó de su padre y de su pueblo.

Regresé a La India Bonita cuando comenzaba a anochecer. Carmen estaba en una de las salas, al parecer, platicando con un cliente, me negaba a llamarlos así cuando estaban con ella, pero cuando me vio entrar, cortó su plática y fue a mi encuentro, eso me daba mucha tranquilidad. Le dije que fuéramos a la habitación, porque tenía algo que platicar con ella. Apenas entramos al cuarto, se sentó en la cama muy expectante.

—Hoy me enteré de algunos datos del muchacho que manejaba la camioneta el día del secuestro del don Riberola. Es un

joven de San José, gallero y se llama Matías –le dije de forma un tanto atropellada.

—¿El Güero? ¡No puede ser! –dijo llevándose las manos a la boca.

—Sí, le dicen el Güero. Dijo que él no sabía nada del secuestro, que sólo lo contrataron para manejar la camioneta.

—¿Me estará buscando?

—No lo creo, ¿supo que viniste para acá?

—Bueno, él sabía de mis ganas de venir a estudiar, pero también es cierto que él quería venir a pelear sus gallos. De que yo esté acá, no estoy segura de que sepa.

—Pues otra cosa que debemos tener en cuenta es que está recomendado por uno de los clientes de Consuelo, ¿recuerdas al tipo que se quiso propasar contigo hace algunos meses, al Nico Arvezu?

—Sí, claro, cómo no me voy a acordar, si dice que yo le pediré que me quiera. ¡No lo soporto!

—Hay que tener cuidado y tratar de que no tengas contacto con ese tipo. Uno de los hombres que lo hacía fuerte era Kummens, pero ése tiene contados sus días de libertad en la ciudad, el domingo vamos a capturarlo. Y, seguramente, Arvezu esté embarrado, no me quito de la cabeza que él tuvo que ver también con el secuestro.

—Me da mucho miedo que participes en esas cosas, no quiero que vuelva a pasarte lo que te ocurrió, no quiero volver a sentir que pudiera perderte.

—Eso no va a pasar, no tiene por qué pasar –le dije acercándome a ella para abrazarla.

Nos recostamos y, aunque era muy temprano, nos quedamos profundamente dormidos.

3 DE MARZO DE 1962

DETALLANDO EL PUNTO FINAL

*M*e encontré a Consuelo cuando iba saliendo temprano de la casa, me dirigió una mirada interrogativa, como preguntado hasta cuándo permanecería como inquilino sin pagar renta. Sin embargo, sólo me preguntó sobre mi salud, sobre cómo me sentía. A final de cuentas, si bien no pagaba renta, realizaba muchas acciones que le ahoraban dinero, desde limpieza hasta servir de guardia del lupanar.

Me dirigí a la oficina para ultimar los detalles de la operación del domingo, el día siguiente, y me llamó la atención la llegada de un reluciente Ford Falcon negro con blanco del año. Se estacionó en la plaza, justo frente al Palacio de Gobierno. Se bajaron el Nico Arvezu y el copiloto, el Güero Matías. El muchacho se dirigió hacia la calle 5 de Mayo (o Tacuba) y el dueño de la jugada, hacia el Palacio de Gobierno. Guardé el momento en la memoria. Después de todo, Memo Kummens le había notificado al Güero que ya no podían seguir, ni él ni sus gallos, en Los Pozos, pues estaba a punto de marcharse y ahora se resguardaba con el Nico.

El plan consistía en apostar dos patrullas en los límites del estado, muy cerca de la famosa curva de la M, que pertenece a otra jurisdicción, por lo cual pudieran restar autoridad para realizar la captura del asesino. El punto era el rancho La Prima-

vera; el inspector y yo lo seguiríamos a corta distancia, en un auto normal, no en patrulla. El plan no era nada del otro mundo, se haría un retén simulando alguna dificultad de circulación por la carretera. Lo harían detener el vehículo y, cuando buscara recibir alguna explicación, el inspector y yo, junto con los policías, procederíamos a la captura. Todo muy sencillo. La cita era a las cinco de la mañana, justo a la salida del casco de la hacienda; en el camino al poblado de Jesús María, las patrullas deberían estar en el entronque a La Primavera a más tardar a las seis.

Regresé ahora por el rumbo del Jardín de San Marcos, recordé mi último periplo en el lugar, donde cayeron los pillos que me dejaron al borde de la muerte. Al tiempo que caminaba por el andador en el que me dispararon, observaba cómo iniciaban los preparativos para la verbena abrileña, comenzaban a instalar los tapancos de madera al rededor de la balaustrada del jardín. Ahí estarían los salones de baile que recibirían a las grandes orquestas del país, entonando las notas de moda para que la gente baile a su ritmo. Debajo de los tapancos se ubicaban las cervecerías y los bares, el acceso era por fuera del jardín; en el interior, las muchachas decentes esperaban al galán que, andando en sentido contrario, le entregaría una rosa o un clavel con la esperanza de encontrarla en la siguiente vuelta, si ya no la veía, sería señal de que no había sido aceptado el avance, era una fina forma de despreciar al joven.

Vi dos o tres ardillas corriendo asustadas por el ruido de los carpinteros y pasé por debajo del kiosco central, donde pronto iniciarían las mañanitas todos los días de abril con la Banda Municipal. De la fiesta a la tragedia, eran mis evocaciones en aquel sitio de añosos árboles. Sin sentirlo, el tiempo pasó rápido, además, el camino de regreso fue más largo, por lo cual, llegué a La India Bonita cuando casi terminaba la tarde. En la primera sala, donde tocaba el piano el Chato Juárez, ya había algunos clientes; no faltaba mucho para que estuviera completamente

llo. Fui directamente a la habitación y encontré a Carmen con una mirada muy triste, sentada en la orilla de la cama, estaba al borde del llanto.

—¿Qué ocurre? —le pregunté asustado, al verme soltó el llanto.

—Tengo mucho miedo —dijo—. En la mañana, después de que te fuiste, vino mi mamá otra vez, me repitió que viva intensamente, que no desperdicie el tiempo. ¿Entiendes? Nuevamente, como aquella vez cuando te hirieron. No quiero que vayas mañana.

—Finalmente, aquella vez no pasó nada, aquí estoy —le contesté abrazándola más fuerte.

—¿¡No pasó nada!? Casi te matan.

—Pero aquí estoy. No pasará nada, no debemos temerle a la muerte.

—Decía mi mamá: del rayo se salva uno, pero de la raya no; entonces no hay que acercarse al rayadero.

—Está bien —dije esbozando una sonrisa que no hizo la menor mella en su cara de tristeza—. Te prometo que si veo que la cosa se pone fea, no me arriesgaré, no haré nada que me ponga en peligro.

Reforzó nuestro abrazo y comenzó a besarme. Así estuvimos durante mucho tiempo, hasta que el bullicio de las salas nos regresó a tierra. Entonces me pidió que fuéramos a la sala, como cliente y fichera. Desde luego que le dije que no, a lo que respondió que sería un juego, que tenía ganas de tomar algo y de que yo la acompañara.

Fuimos a la sala de las personas comunes y corrientes, donde van los trabajadores, no queríamos estar rodeados de políticos o gente de la alta. Nos sentamos muy juntos, sólo eso, no estaba ella en mis piernas ni mucho menos, pero, en un momento dado, Consuelo pasó por fuera de la sala, nos vio consumiendo alcohol y en actitud aparentemente romántica. Hizo una expresión de extrañeza y siguió su camino. Habíamos pedi-

do tequila, me preguntaba si volvería a tomar, y por fin Carmen transformó su carita, ahora parecía contenta.

Algo nos hizo voltear al mismo tiempo a la puerta de la sala. Arvezu pasaba por ahí, aún acomodándose el cinturón después de haber estado en el cuarto de Josefina. Repentinamente se detuvo en la puerta y se quedó mirando lascivamente a Carmen. Sin pensarlo mucho, entró al recinto y se dirigió a ella, ignorándome por completo.

—Hola, hija, ¿pues no que no? ¿Te estás preparando para regalarme una noche de pasión?

Carmen intentó guardar la compostura, pero se vino abajo, estaba a punto de llorar cuando el Nico intentó acercarse para tocarla. Yo me levanté impulsado por la rabia y lo empujé con toda mi fuerza, por lo que el ser despreciable fue a dar, casi cayendo, al corredor de la casa.

En el salón principal lo esperaba su nuevo escudero, nada menos que el Güero Matías, al verlo casi caer, corrió a ayudarlo. Carmen se había acercado a la puerta para detenerme, antes de que golpeará de verdad al tipejo. Carmen y Matías llegaron casi al mismo tiempo al quicio de la puerta y ambos quedaron helados, inmóviles. Pronto, el miedo la invadió a ella y la furia, a él. Entonces el muchacho habló con las tripas:

—¡¿Carmen?! ¡Eres una puta!

Carmen se recompuso, tomó aire y le propinó un par de cachetadas al mozalbete, quien no pudo mantener el equilibrio y cayó al suelo junto con su patrón, él había caído previamente gracias a un certero golpe que le alcancé a propinar antes de que Carmen intentara detenerme. Rápidamente estábamos rodeados por un buen número de beodos y, no tanto, acompañados también por las muchachas que le aplaudían a Carmen. Consuelo se acercó, les ayudó a levantarse y los invitó a salir de la casa, con la promesa de que, cuando regresaran, los primeros tragos serían a cuenta de la matrona. Regresó y se dirigió con nosotros, “vamos a su cuarto”, nos dijo visiblemente eno-

jada. Inmediatamente, nos encaminamos a la habitación donde ya nos esperaba la Pelos de Oro.

—¿Qué tienen que decir? Tú nunca sales del cuarto —dijo dirigiéndose a mí—, y tú no convives con la gente —dirigiéndose ahora a Carmen—. Entonces, ¿que hacían tomando y como noviecitos en la sala?

—Se me antojó una bebida y le pedí al detective que me acompañara —respondió Carmen.

—Bueno, qué me importa, viven en amasiato desde el inicio del año; pero ahora tenemos que poner algunos puntos sobre la íes. Bigotes, no me molesta que estés aquí porque das una vista de respeto al lugar, además de que colaboras en muchas cosas de la casa, pero deja de hacerte pendejo, estás aquí porque estás enculado de esta escuincla. Allá tú y tus enclamientos, pero no me vengas con tus “investigaciones” y otras tarugadas. Tú, chamaca, es tiempo de que te defines, ya vas a entrar a la secundaria y no tengo problema con apoyarte, pero no te puedo pagar nada por lo que haces aquí, no quieres ni platicar con los clientes, entonces quizá sea bueno que comiencen a ver si se cambian de casa. No me corre prisa, pero si te quedas —le dijo específicamente a Carmen— deberás comenzar a portarte como cualquiera de las niñas que viven aquí y podrías iniciar la próxima vez que venga el señor Arvezu. Más tarde platicamos.

Salió de la habitación y nosotros nos quedamos viendo asombrados, sin poder articular palabra alguna. Fue un día con muchas cosas para digerir, todo pasó muy rápido y el siguiente pintaba para ser muy parecido. Sólo atiné a decirle a Carmen que fuéramos a dormir, porque al día siguiente tendría una misión complicada. Ella volvió a su cara triste, me abrazó y procedimos a dormir.

4 DE MARZO DE 1962

KUMMENS, UN FINAL INESPERADO

Salí muy temprano, apenas pasadas la cuatro de la mañana. Carmen no me dejó ir sin abrazarme por largos minutos y besarme apasionadamente, comenzó a llorar y a recordar lo que la presencia de la madre le decía constantemente. Aún con su imagen en mi memoria, llegué a la Inspección de Policía antes de las cuatro y media. Aún no estaba ahí don Salvador. Me sentía extraño, como si verdaderamente hubiera sido bueno cerrar ciclos, no dejar nada sin decir ni hacer. Podía ser el último día. Estaba nostálgico.

Entonces llegó el jefe poco antes de las cinco de la mañana e inmediatamente nos dirigimos a la hacienda de Los Pozos, no sin que antes diera instrucciones a los policías que ya se dirigían al entronque del rancho La Primavera, en la carretera a San Luis Potosí. Los radios *walkie talkie* de pronto no tenían buena señal, pero todo estaba bien indicado. Estuvimos esperando hasta casi las siete de la mañana, cuando vimos, entre una nube de polvo, la camioneta de Kummens saliendo a toda velocidad del casco de la exhacienda.

Fuimos tras él a una velocidad similar pero a distancia considerable. Aunque había poco tráfico, era necesario cruzar la ciudad de norte a oriente. No lo perdíamos de vista pero buscábamos pasar desapercibidos. Poco antes de tomar la carretera,

el inspector intentó por primera vez contactar a los policías apostados en La Primavera, pero sólo escuchábamos ruido; sería necesario intentarlo varios kilómetros más adelante. Pareciera que Kummens intuyera que algo pasaría, que no le sería tan fácil salir del estado a pesar de que no se le había molestado por varias semanas.

Había transcurrido casi media hora en la carretera y la señal seguía siendo muy mala, sin embargo, el jefe daba instrucciones pensando que sí lo escuchaban. De pronto descubrimos a la distancia las patrullas apostadas en la carretera haciendo señas a la camioneta de Kummens para que se detuviera y lo hizo repentinamente con una frenada intempestiva. Había cuatro policías en el retén, dos estaban al frente, con sus armas preparadas, y los otros dos, del otro lado de las patrullas, también armados, preparados por cualquier eventualidad.

Memo Kummens bajó de la camioneta que quedó muy cerca de las patrullas, con una actitud extraña tratándose de él. Se acercaba tranquilamente a los oficiales, al parecer, preguntando qué ocurría. La actitud del personaje hizo que los policías bajaran la guardia y, al comenzar a explicar el supuesto accidente metros adelante, Kummens sacó de entre sus ropas una pistola que accionó dos veces, hiriendo a los dos oficiales que estaban al frente. De un salto regresó a su transporte, retomó su camino, ahora sí, en una franca huida.

El inspector y yo observamos todo a la distancia y, cuando llegamos al lugar, Kummens ya había quitado con su móvil una de las patrullas. Los policías restantes subieron a sus autos e iniciaron una persecución con las sirenas encendidas en lo que nosotros nos deteníamos sólo para ver cómo se encontraban los compañeros, al parecer estaban heridos pero no de gravedad. Ellos mismos nos dijeron que lo persiguiéramos y atrapáramos, que ellos mismos solicitarían por radio la ayuda necesaria.

Rápido alcanzamos a las patrullas, seguían muy de cerca a Kummens. El exmilitar volteaba constantemente para ver la

distancia que lo separaba de sus perseguidores. La curva de la M estaba cada vez más cerca y, antes de entrar de lleno en ella, Kummens sacó medio cuerpo y su pistola por la ventanilla e hizo dos disparos que se perdieron en el aire. Memo no disminuyó la velocidad en las curvas, las tomaba como un experto corredor de autos. Nosotros perdíamos un poco de distancia pero seguíamos estando cerca de su bólido. Saliendo de la última curva, Memo Kummens aceleró buscando dejarnos muy atrás. Nuevamente volteó e intentó disparar, creyendo que lo que venía enseguida era ya la recta de la carretera. No fue así, la curva aún no terminaba, se salió del camino perdiendo el control y, aunque ya no había un voladero profundo, la camioneta entró en un declive suficiente para hacer que diera una voltereta sobre un costado. Metros más abajo, su camioneta terminó incrustada en un árbol, el único en varios metros de ese terreno, y, un segundo después, estalló en llamas.

Llegamos lo más cerca que pudimos para observar que el asesino no pudo hacer nada y ardía, tal vez aún vivo, en la cabina. “Uno menos”, pensé no sin sentimientos de lástima, no por el malhechor, sino por la forma en que terminó sus días. Una vez hechas las diligencias necesarias para retirar el auto y el cuerpo, en coordinación con las autoridades del estado vecino, regresamos por la tarde a la ciudad. Sentía un gran alivio, tanto por saber que Kummens no volvería a hacer de las suyas, como por estar vivo; sí, por estar vivo, por no fallarle a Carmen. En algún momento sí sentí miedo de perder la vida y quedarle mal, de abandonarla.

Don Salvador me llevó a la casa de la Pelos y me invitó un trago, dijo que era justo y necesario. No me negué, aunque por dentro sólo quería encontrarme con Carmen, verla y que me viera, decirle que ahí estaba. Entramos y fuimos a uno de los salones del fondo, donde las muchachas casi no entraban, era el lugar que

más parecía una cantina, donde los hombres hablaban de negocios o de cosas precisamente de nuestro género. En el salón de al lado, estaba Arvezu y tenía a Josefina en sus piernas. Me vio con desprecio al tiempo que alzaba su copa en señal de salud. Brindaba con el trago prometido por Consuelo.

—Inspector, creo que ése es el que sigue, es claro que fue el principal cómplice en el secuestro de don Pedro —le dije a don Salvador, tratando de no ser muy obvio.

—No sé, detective, puede ser que sí, es más, yo también lo creo, pero éste tiene también muchas influencias muy arriba. Salud —dijo brindando, finalmente, como dando por cerrado el comentario.

Sentí una gran rabia por la impotencia, apresuré la bebida y me despedí de don Salvador, me abrazó y agradeció por el apoyo. Al final, se retiró y yo me dirigí rápidamente a la habitación, con unas ansias extrañas que nunca había sentido por ver a Carmen.

Entré y ella brincó para abrazarme y llorar, me apretaba fuertemente al tiempo que me decía “¡qué bueno que regresaste!”. Por primera vez, comencé a sentir verdadero miedo de perderla, más que eso, temor de que realmente pudiéramos en un momento no estar juntos. Nos besamos muchas veces, besos largos y apasionados. Nos encontró la madrugada sin ropa, hablamos poco, muy poco, nos acariciamos y quedamos completamente desnudos, cada uno recorrió el cuerpo del otro centímetro a centímetro, reconociéndonos al tiempo que nos explorábamos. También nos detuvimos en nuestros sexos, los tocamos, los acariciamos mutuamente y todo comenzó a marchar muy lento, lento. Desnudos, sin prendas de por medio, sin sábanas y bañados en sudor, dormimos con nuestros sexos tocándose, sintiéndose, sin más, sin culminar ese ansiado momento de pasión desbordada. De cualquier manera, valió la pena. Un día complicado, terminó de la forma más maravillosa.

Al día siguiente, lo de Kummens se manejó en la prensa local como un accidente automovilístico, como una ponchadura.

15 DE MARZO DE 1962

VIVIENDO ENTRE NUBES, TRATANDO DE PONER LOS PIES EN LA TIERRA

Carmen cumplió 19 años. Antes de que comenzaran a llegar los clientes, Consuelo llevó un pastel y la mayoría de las muchachas lo compartieron entre risas y el canto de *Las mañanitas*. Muchas bromas, la mayoría pícaras, en el sentido de que ya estaba muy grande para seguir siendo virgen. Entre risitas hubo dudas sobre eso, pues llevábamos mucho tiempo durmiendo juntos. Carmen estaba completamente sonrojada. Si bien era cierto que no se había consumado el acto, también era que, especialmente las últimas noches, habíamos tenido largas horas de pasión, de excitación, que bien podían considerarse simulacros de coitos ardientes.

Recibió, un poco más tarde, un ramo de rosas rojas. Eso me causó extrañeza y, debo reconocerlo, un poco de celos. Me acerqué a ver la tarjeta que llevaba el ramo y pudimos leer: “Con cariño, de Matías”. El gallerillo la había ido a buscar dos días antes a temprana hora, cuando aún no llegaban los clientes habituales. Antes que nada, ofreció disculpas, escudándose en que estaba borracho el día que le dijo “puta” y que como respuesta recibió dos fuertes cachetadas.

Me comentó Carmen que platicaron y que decidió perdonarlo, con la advertencia de que no habría entre ellos nada más que amistad, que no debía insistir. Al parecer, el muchacho aceptó. En la plática, Carmen le dijo que el Nico le causaba

angustia, le parecía repugnante y que no le gustaba que se le acercara. Matías le dijo que estaba con él por el compromiso de los gallos, pues le había permitido tenerlos ahí desde que Kummens se fue y le prometió que por lo menos le daría una pelea en la feria. Él esperaba que, como amigos, lo acompañara ese día al palenque. También le dijo que Arvezu no le daba mucha confianza, porque era muy mujeriego y tenía a su concubina prácticamente encarcelada, de pronto era muy irascible y siempre cargaba pistola. No platicaron más, pero al parecer no cejaba el muchacho en sus intentos de conquista.

Consuelo se portó muy bien con Carmen y conmigo, nos permitió departir en la tercera sala, beber un poco, siempre que pagaron los tragos, y pasar como una pareja más de contertulios. “Sirve que se va entrenando la muchacha”, me decía con un aire picarezo. Algo bebidos, con los pensamientos un tanto nublados, entramos a nuestra habitación ya avanzada la madrugada. Hablamos de la posibilidad de dejar La India Bonita e irnos a vivir a mi departamento. Sin embargo, Carmen siempre comentaba que ese lugar debía ser para que volviera con mi familia: mi mujer y mis hijos. Yo le comenté que ese departamento no podía ser para la familia, que si hubiera alguna posibilidad de reunirme con ellos, sería en la capital del país, pero eso lo veía muy lejano, por lo pronto.

Rosa me había escrito, me decía que ya se había colocado en el Distrito Federal y vivía con mis dos hijos en un casa en la colonia Jardín Balbuena, en espera de un departamento que había prometido el presidente López Mateos para los trabajadores, en unos edificios al norte de la ciudad. Comentó la posibilidad de que fuera a encontrarme con ellos, me decía que no había ni prisa ni compromiso, pero que sería bueno volver a estar juntos. La idea me agradaba mucho, pero lo que estaba viviendo con Carmen era también muy agradable. Como los últimos días, dormimos completamente desnudos, esta vez quedamos fuera de combate muy rápido por el alcohol ingerido.

25 DE MARZO DE 1962 CERCA DEL CIELO

*H*abía recibido correspondencia de Rosa, todo iba muy bien en la capital del país, y todo iba de maravilla también en nuestras cuatro paredes, en nuestro mundo, el mundo de Carmen y mío. Lo único seguro era que debía, tarde o temprano, tomar una decisión. No había dejado del todo mi departamento, porque no abandonaba la posibilidad de vivir ahí con Carmen, pero tampoco aseguraba nada con Rosa, ni para bien ni para mal.

Recibí el desayuno en la cama, cosa que se había hecho costumbre. A pesar de que era domingo, salí temprano a la comandancia a platicar con don Chava. Había avanzado una investigación sobre la participación de Arvezu en el secuestro de don Pedro Riberola, éste interpuso denuncia después de enterarse de que había proporcionado datos de la reunión del destape, a fin de cuentas era también miembro del partido. Dio datos precisos del lugar del encuentro, del momento del discurso, de los miembros de la mesa principal, entre otros. Así mismo, fue quien tramitó el acceso de la camioneta al corredor de la plaza de toros, que se comunica directamente con el Salón los Caballeros de Colón.

Tres de los principales actores estaban muertos: Memo Kummens, el Pancho Viejo y la Tuna. Hasta el momento nadie había mencionado al tahúr (Arvezu) como uno de los autores

intelectuales del secuestro, así que aquel andaba como si nada por toda la ciudad. Por su parte, habían absuelto a Matías al comprobarse que éste fue un chivo expiatorio y que en realidad el muchacho desconocía las reales intenciones de los malhechores. En distintas ocasiones y lugares se les veía juntos; además de verlos en la casa de la Pelos, los había visto en la Plaza de Armas del centro de la ciudad.

El siguiente domingo iniciarían *Las mañanitas* en el Jardín de San Marcos, con la Banda Municipal. Habría un evento de apertura en el que estarían don Luis, el gobernador, y miembros del comité organizador de la feria, desde luego uno de ellos sería Arvezu. La tarea de la semana era seguir sus movimientos, aparentemente estaba muy tranquilo sin sospechar nada.

Salí de la oficina del inspector, pensando solamente en pasar el resto del domingo con Carmen, pues iríamos a comer. Yo debía arreglar el departamento, pues en algún momento, muy pronto, le propondría que viviera conmigo. No me terminaba de convencer la idea de decirle a Rosa que no volvería, pero tampoco podía dejar pasar lo que estaba sintiendo. Era una decisión difícil.

Fui a arreglar el departamento lo mejor que pude, me bañé y salí directo a La India Bonita en busca de Carmen. Estaba lista para salir, arreglada y más hermosa que nunca, pues le había comentado por la mañana que tenía ganas de pasear con ella, tomados de la mano. Así lo hicimos. Caminamos por 5 de Mayo, íbamos juntos, felices los dos.

El Mercado Terán estaba aún con cierto bullicio, aunque el momento de mayor efervescencia era sobre el medio día. Ver a la gente, principalmente señoras, con sus bolsas de ixtle y otras con canastas, llenas de frutas y de verduras, nos hacía

suspirar. Sí, era cursi, era romántico. No me lo creía, pero se sentía muy bien.

Llegamos a la Catedral de Aguascalientes frente a la Plaza de Armas, me pidió entrar. En el interior me di cuenta de que tenía muchos años sin pisar este recinto, creo que la última vez que estuve dentro de un templo fue en diciembre, también con Carmen, en Guadalupe. Es hermosa, me llamó mucho la atención el baldaquino en el que se encuentra la imagen de la Virgen de la Asunción. Lo hizo un albañil de Zacatecas que finalmente se quedó en la ciudad y construyó un gran número de edificios que hoy son muy importantes.

Salimos por el atrio y cruzamos hacia la terminal de autobuses Flecha Roja, al lado estaba el lugar seleccionado para nuestra comida, nuestra primera comida como ¿pareja, novios? (vaya cosa, un viejo de casi 60, con una de 19). Era el Restaurante Mitla de doña Cholita Torres y don Pancho Valdés, estaban en el lugar, ella en la entrada y él detrás del mostrador, donde se encontraba la utilería necesaria para los yantantes que llegaran al sitio. Doña Cholita nos recibió con una gran sonrisa, pero, al ver nuestras manos enlazadas, su expresión, sin dejar de ser amable, permitió ver un guiño de sorpresa. Poco me importaba. Nos atendieron amablemente y la comida, especialmente los quesos, fue un manjar.

Tomamos por la calle Carrillo Puerto hasta el Jardín de San Marcos, por supuesto. No podíamos ir a otro lugar, los enamorados siempre refrendan su amor en ese emblemático jardín. Así lo hicimos, nos perdimos en uno de los estrechos pasajes cubiertos de frondosos árboles, nos escondían de las miradas de los transeúntes; sólo los ojillos de alguna ardilla se asomaban de vez en cuando y únicamente los gritos y golpeteos de los carpinteros que laboraban en los tapancos para la feria interrumpían el silencio imperante, normalmente sólo se escuchaban cantos de aves diversas.

El entorno no nos preocupaba, pues esto no había sido obra de un momento a otro, llevábamos muchos días con actos de acercamiento, de tomarnos de la mano, de acariciarnos y de besarnos, incluso de compartir la noche desnudos; la diferencia era que este día decidimos que no nos importara nada. Desde luego que la gente nos veía, muchas personas nos observaban con ojos de fuego como queriendo desintegrarnos. Poco nos importaba la sociedad buena y conservadora de Aguascalientes.

Cuando llegamos a la casa ya había un buen número de clientes que, por ser domingo, se irían pronto. Pasamos nuevamente al tercer salón y pedimos un trago cada uno, Brandy San Marcos, por supuesto, para no salirnos del tema. Consuelo llegó con nosotros y tomó un trago a nuestra salud, parecía contenta, creo que en verdad lo estaba.

Bien entrada la noche llegamos a nuestro cuarto, a nuestra cama. Apenas cruzamos el umbral, comenzamos a desvestirnos, las últimas prendas nos las quitamos entre los dos, ayudándonos uno al otro. Quedamos completamente desnudos, de pie, y el concierto de besos y caricias iniciado momentos antes entre aves y frondas de árboles continuó entre cuatro paredes, cada vez más intenso en un *in crescendo* constante y firme.

De pie, nos recorrimos completamente con nuestras manos. Ella tenía una piel tersa y firme. El recorrido que yo hacía no tenía más obstáculos que las curvas perfectamente delineadas. Yo, en cambio, tenía una piel poco turgente, en algunos lugares con bastantes arrugas. Sin embargo, me sentía joven, Carmen me hacía sentir joven. Tocamos nuestros sexos al mismo tiempo, ella estaba completamente húmeda y excitada, su respiración la delataba. Yo estaba completamente firme, duro de mi miembro, que, por segunda vez desde que nos conocimos, Carmen tocaba con su mano entera; lo del hospital no contaba para mí, pues estaba inconsciente. Lo había hecho en los últimos días, pero no lo agarraba ni lo exploraba como la primera vez. Ahora lo asía con ansia y llevaba su mano desde el

inicio del pene hasta su terminación, con movimientos rítmicos y constantes. Yo acariciaba el exterior de su sexo, el umbral de su vagina. Sólo tocar entre sus labios, su clítoris, arrancaba en ella un leve suspiro. Inesperadamente, llegó con su boca a mi sexo y lo entretuvo en sus labios, se lo introducía y lo lamía. Yo estaba sorprendido, pero extasiado (me enteraría después de que las pláticas con sus amigas habían tenido influencia) y le respondí en el mismo sentido.

La tomé en brazos y la llevé a la cama para abocarme inmediatamente a recorrer su sexo con mi lengua, la humedad desbordaba y todo su cuerpo se movía, se retorció con algo que lindaba entre el dolor y la tortura, placer y lujuria, pero en realidad era la culminación del deleite, del goce carnal. Toda la cama fue el escenario, por fin llegó el momento en que nos unimos, nos encontramos, nos convertimos en uno solo, lentamente fui entrando en ella, con una respiración agitada demostraba su emoción, su goce. Yo estaba en las mismas circunstancias. Probamos todas las posiciones posibles, yo arriba, ella abajo y viceversa; de espaldas, de lado y siempre sentía su respuesta, su presión sexo a sexo. El acto final cerró con una erupción total, mi pene apretado por su vagina, con una contracción que se acompañó de un orgasmo y la expulsión de mi savia; sentí como nunca, una serie de contracciones de su vagina que no permitían a mi pene perder la firmeza, a pesar de haberme vaciado. Un grito de ambos simultáneo fue el punto final. Caímos exhaustos. Tomados de la mano, uno al lado del otro respirábamos agitadamente, nos vimos, sonreímos, nos abrazamos y así quedamos el resto de la noche.

26 DE MARZO DE 1962

DEL CIELO AL INFIERNO

Nos levantamos temprano con la necesidad de bañarnos, lo hicimos juntos y repetimos, en obra resumida, el acto de la noche. Afortunadamente, nadie más requirió usar el baño. Regresamos a nuestra habitación, cursivamente debo decir nidito de amor. Debíamos hablar con Consuelo y, en el transcurso del día, ir al departamento para ultimar detalles.

—Como que las cosas se precipitan —me dijo.

—¿Por qué? ¿Ahora dudas?

—No, claro que no, anoche fue algo increíble, algo que nunca sentí. Ni siquiera imaginé que fuera capaz de sentir tanto placer. Me refiero a que no es necesario correr, pero haré lo que tú me digas.

—Bueno, no correremos, pero hoy iniciamos como pareja formal, aunque no nos vayamos de inmediato, ¿qué te parece?

—Está bien —se quedó pensativa por un instante y después agregó— quiero contarte que estuvo mi mamá aquí, anoche.

—¿Cómo? ¿Antes o después? —dije bromeando.

—Tonto, claro que después.

—¿Estaba enojada?

—No, eso es lo que me intriga. Estaba al extremo de la cama y me miraba. Cuando la vi, como que quiso sonreír, pero luego, luego, su cara se llenó de tristeza, una tristeza profunda

que hizo, incluso, que una lágrima rodara por su cara. Le dije que estaría bien, que era muy feliz, que nos queríamos y eso era lo que importaba. Como que quiso sonreír de nuevo, pero fue sólo un movimiento leve de sus labios y se fue –la abracé y le dije que no se sintiera mal, que de ese momento en adelante todo iría mejor.

Desayunamos y preparamos una buena cantidad de comida para las muchachas. Eran cerca de las doce del día cuando me despedí cursivamente, en la puerta, con un beso tierno y un “no me tardo, mi amor”. Fui a la Inspección, ya le había expuesto al jefe mi necesidad de contar con un mejor pago por cada caso resuelto. Hoy por hoy, era el elemento más prestigiado de la corporación, por lo que me atrevía a hacer esa solicitud. No dudó en acceder a mis peticiones e invitarme a comer al centro de la ciudad. Le conté mis intenciones con Carmen y, no sin dudar un poco (o un mucho) por la diferencia de edades, me deseó lo mejor de lo mejor.

Llegué a la casa, a veces me parece apenas un departamento, y comencé a viajar al futuro. La veía siempre limpia y ordenada, claro que no sería por mí. La imaginé a ella en cada espacio, en cada rincón. Tenía una cocina muy pequeña y ella estaba ahí, se veía feliz. Igualmente, en mi rincón de lectura: una mesita y una silla, que está al lado de la sala justo bajo una entrada de luz en el techo, con una ventana a la izquierda. En la sala también la vi. Desde luego, en el cuarto, en nuestra cama y en la ducha... Vaya, era algo que me parecía increíble, imposible de asir con mis manos; sentía que se me escaparía en cualquier momento y después veía a Rosa y a mis hijos, también convivía con ellos, pero no en mi casa, al menos, no en esta casa. Sentí que eran también parte de mi destino, de mi futuro, pero no quería dejar ir el sueño que estaba viviendo. Me recosté en la cama, que necesariamente debía cambiar. Me quedé profundamente dormido.

Desperté cerca de las diez de la noche, sorprendido me levanté rápidamente para ir a la casa de la Pelos, pues no quería que Carmen se preocupara por mí. Apenas me acicalé y salí para encontrarme con ella. Me llamó la atención el Ford Falcón negro con blanco fuera de la casa, era seguro que estaba ahí Arvezu. Estaba por entrar, cuando se abrió la puerta y salió muy molesto el Güero Matías, se notaba en su cara y en la forma en que cerró la puerta, la cual normalmente tenía retenido el pasador en horario de servicio, por lo que rebotó antes que cerrarse. Me invadió un repentino sentimiento de celos, lo contuve inmediatamente pues no tenía nada de qué desconfiar. Me quedé un instante en la calle, viendo cómo el muchacho se perdía al final de la vía.

Tomé aire e ingresé al recinto, había dado apenas dos pasos en el interior cuando escuché, entre gritos y alboroto en el salón dos, un disparo. Quedé petrificado hasta que vi a dos tipos corriendo en busca de la salida. Detrás de ellos, caminando tranquilamente salía también el Nico Arvezu, me vio e hizo una extraña mueca de impotencia, alzando cejas y hombros. Al mismo tiempo, escuché gritos, ahora de espanto y desesperación, vi cómo corrían las muchachas de un lado a otro, todo se movía como *flashes*, como imágenes congeladas con sonidos huecos. Me invadió un miedo inmenso y un frío terrible de los pies a la cabeza, hice un gran esfuerzo para poder moverme y llegar al salón...

...Al llegar, mi corazón latía tan fuerte que sentía que podía estallar en cualquier momento. Mi miedo se convirtió en una terrible realidad, llegué al centro del salón donde Carmen yacía, aún con un soplo de vida, en un charco de sangre. Consuelo arrodillada a su lado lloraba sin alivio y, de pronto, gritó pidiendo ayuda, al tiempo que trataba de sostenerle la espalda y la cabeza, de la cual brotaba mucha sangre. Yo no entendía nada, no podía comprender nada, sólo atiné a arrodillarme y a relevar a Consuelo por el lado contrario. En cuanto tomé su cabeza, abrió muy grande sus ojos para voltear a verme como

diciendo: “gracias por tanto, te amo”, con el esbozo de una muy leve sonrisa, para después cerrar sus ojos, definitivamente. Comencé a llorar de manera incontrolable, Consuelo, que estaba igual que yo, me abrazó y estuvimos así por varios minutos, hasta que las muchachas se acercaron a abrazarnos y retirarnos del cuerpo de mi India Bonita. Todo se tornó oscuro, yo estaba petrificado sin atinar a hacer algo. Llegaron los agentes de la Inspección de Policía, iban y venían, algunos me miraban y volvían a lo suyo.

Don Salvador llegó y me abrazó con fuerza. En los últimos días se había convertido en mi principal confidente. Me dijo que fuera fuerte, que contara con él en lo que creyera necesario y que se haría todo lo debido para llegar al asesino. Yo únicamente lo escuchaba, sin atinar a hacer nada, me desangraba por dentro. Finalmente, me volvió a abrazar y me dijo que pasara a su oficina cuando quisiera y pudiera. Se llevaron el cuerpo 45 minutos después de las once de la noche, hora en la que Carmen murió en mis brazos.

Fui a la habitación, no para dormir, sino para refugiarme en el lugar donde nunca imaginé que pudiera ser tan feliz. Apenas entré y el llanto incontrolable se apoderó de mí. Llegó Consuelo, también en un mar de lágrimas, se sentó a mi lado y besó mi mejilla con mucho cariño; recargó su cabeza en mi pecho y me dijo: “Lo siento tanto, de verdad”. Pasamos mucho tiempo sin hablar. No supe en qué momento se fue Consuelo ni cuándo me ganó el sueño, pero la vi, vi a Carmen, platiqué con ella como ella lo hacía con su mamá etérea. Le dije que yo tenía la culpa, que debí haber estado ahí para cuidarla. Me dijo que no debía culparme, que había sido gracias a mí que conocí lo mejor de la vida, sólo lamentaba que hubiera durado muy poco, pero que, por otro lado, ya no debía tener dudas sobre qué hacer, que me esperaba una buena vida con Rosa y mis hijos. Después de esa visión, de ese sueño, dormí profundamente, mucho más tranquilo.

27 DE MARZO DE 1962

INICIA OTRA INVESTIGACIÓN

Si bien desperté muy triste, haber “visto” a Carmen hizo el efecto de ponerme los pies en el suelo. Había muchas cosas por hacer y, si no las hacía yo, nadie las haría. No sabía a quién avisar en San José o si ella hubiera querido que supieran de su deceso. Le resté importancia. Debíamos preparar todo respecto al funeral, el cuerpo lo entregarían a las ocho de la mañana; había que disponer todo en la casa para velarla ahí y debía ser preparada por el embalsamador de la funeraria Tamayo. Las cuestiones legales las debía resolver Consuelo, pues en la práctica era su tutora. La acompañé a la Procuraduría de Justicia y a la morgue.

Todos los que estuvimos en el salón antes y después del asesinato debíamos declarar y así lo hicimos. Por las declaraciones de la muchachas, todo indicaba que el asesino había sido José Guadalupe López, quien iba al bar con cierta frecuencia, acompañado por Miguel Ramírez. Huyeron seguramente a Fresno, su lugar de origen, donde trabajaban en el Banco de Crédito Rural.

Las muchachas dijeron que los dos tipos bromeaban con las chicas y las instigaban a pelear, les decían que querían ver sangre. Rosalba entonces vio a Josefina y le reclamó que días antes le hubiera quitado un cliente con el que siempre termina-

ba en su cuarto. Josefina le dijo que si no se daba cuenta que ella era mejor en la cama y que además tenía más para ofrecerle. Sin más, Rosalba se lanzó contra Josefina, la tomó por los cabellos y la tiró al piso. Los dos tipos las alentaban con porras y gritos, y las muchachas no atinaban a hacer una ofensiva definitiva, pero sí se causaban daño. La pelea aumentaba en intensidad, Rosalba sangraba por la nariz y Josefina tenía un rasguño, también sangrante, en la mejilla izquierda.

La persona que estaba más asustada, pues las dos mujeres eran sus amigas, era Carmen, quien, viendo que ni Consuelo hacía algo para detener el pleito, se metió entre ambas y trató de separarlas, únicamente logró que la tiraran junto con ellas. Carmen, más pequeña que las dos, luchaba con todo su cuerpo. Josefina se tiró al lado y Carmen logró ponerse sobre Rosalba para detenerle los brazos tratando de calmarla. Fue entonces que apareció una pistola, algo extraño porque normalmente se registra a los hombres que entran al lugar. José Guadalupe le ofrecía el arma a Carmen al tiempo que le gritaba: “¡Mátala, quieren ver sangre!”. Eso fue algo que repitieron todas las chicas que declararon, ese “quieren ver sangre”. Me comenzó a taladrar el “quieren”.

Dejé que Consuelo regresara a su casa y yo me dirigí a mi oficina, olvidada por algunos días, pues un piquetito en la cabeza me decía que debía encontrar algo que me condujera por un mejor camino para capturar al asesino de Carmen. Los dos zacatecanos estaban perfectamente identificados; de hecho, detuvieron al acompañante, Miguel Ramírez, pero lo dejaron en libertad ya que no se le podía comprobar la complicidad, pues para ello debía haber participado en un evento previamente bien orquestado y haber cooperado al momento de la acción, pero al parecer todo se dio al calor de las copas. El ejecutor del disparo, Guadalupe López, estaba prófugo.

Buscaba, sin sentido, tratando de encontrar algo que no sabía qué podía ser, cuando llamaron a la puerta, cosa totalmente

extraña para la oficina, pues muy rara vez recibía gente. Abrí y me sorprendió ver un tanto desencajado al gallerillo: sí, era el Güero Matías. De inmediato me cayó el veinte, él era otro posible testigo que no había declarado, porque se fue minutos antes de que ocurrieran los acontecimientos. Sin entrar al cuchitril, me soltó:

—Fui a buscarlo a la cantina, pero me dijo doña Consuelo —ojalá nunca le diga “doña” en su cara, porque lo desconocería; no le gustaba que alguien tan joven y apenas conocido le llamara así— que usted se había venido para acá. No sé si sepa quién soy, bueno, nos hemos visto algunas veces. Yo era el novio de Carmen...

—Espera —contesté impulsado por la rabia—, Carmen no tenía novio. Bueno, sí tenía pero no eras tú. Conozco la historia y sé que quisiste violarla.

—Eh... —apenas atiné a decir eso y se puso muy nervioso—. Pero bueno, eso es lo de menos ahora. Vi lo que dice el periódico y no sé si sea totalmente cierto.

—A ver —le dije intrigado—, ¿qué sabes o qué crees saber?

—Bueno, yo estaba ahí con el Nico Arvezu; discutimos porque, después de mucho tiempo de entrenamiento y obedeciendo sus órdenes, como la del secuestro del señor de la radio, me dijo ahí en la cantina que ya tenía armado el programa para las peleas de la Feria y no había lugar para mis gallos. Yo me molesté mucho, pero fue peor cuando comenzó a hacerle señas a Carmen, quien no le hacía caso; con la mano le decía que fuera a donde él estaba y ella en todo momento lo ignoraba, eso lo hacía encabronar. No supe realmente qué pasó, pero, la verdad, yo no vi que los muchachos de Zacatecas llevaran pistola. El Nico siempre la cargaba, además me dijo algo así como: “No me estés jodiendo, que no ves que ya me tiene hasta la madre esta escuincla, le voy a meter un plomazo para que sepa que conmigo no se juega”. Eso fue lo que acabó con mi paciencia y me fui, sin pensar en que pudiera cumplir lo que me estaba diciendo.

Sí logró intrigarme mucho lo que decía el muchacho, porque nadie dijo que la pistola se la hubiera dado Arvezu a José Guadalupe. Habría que concentrarnos en ese nuevo dato. Después de que el muchacho se fue y de darle vueltas al asunto, me llegó a la memoria aquellas palabritas, aquella frase que las muchachas dijeron haber escuchado de José Guadalupe: “quieren ver sangre”.

La nota periodística afirmaba que la pistola con la que José Guadalupe le disparó a Carmen era propiedad de Miguel Ramírez, a éste, a pesar de haberlo capturado, lo dejaron ir, porque no participó en el asesinato que fue fortuito y no premeditado, es decir, no había un plan y José Guadalupe actuó de *motu proprio*. Nadie le preguntó si la pistola efectivamente era de su propiedad, pues de haber sido así, entonces sí incurrió en un delito al proporcionarle a su amigo el medio para realizar el homicidio. Era necesario volver a interrogarlo.

Entonces me dediqué a preguntarles a las muchachas y todas, con excepción de Josefina, comentaron que no se dieron cuenta de quién le pasó la pistola al asesino. Fina, quien participó en la pelea, comentó que vio cómo Arvezu le daba la pistola a José Guadalupe y le decía “quiero ver sangre”.

Fue un día largo, tenía información importante por lo que no dejé que pasara más tiempo y fui a buscar a don Salvador, de manera muy resumida le conté lo que acababa de hilar. Me ordenó ir al día siguiente, temprano, a la Inspección de Policía. Regresé a mi oficina, estuve cavilando sin atar nada y finalmente fui a dormir a mi casa. Me fue muy difícil conciliar el sueño.

28 DE MARZO DE 1962

TRABAJO COLABORATIVO

Una vez que terminamos de platicar, el jefe Salvador envió a un par de oficiales a Fresnillo para extender el interrogatorio a Miguel Ramírez, quien dijo que él nunca había tenido una pistola y que efectivamente quien había dado el arma a su compañero de juega fue Arvezu. Yo no fui, no me sentí en condiciones de ir hasta aquella ciudad a casi cuatro horas de distancia en automóvil.

Estuvimos platicando mucho rato, el jefe no se apartaba del teléfono pues por ahí tenía contacto con los oficiales comisionados. Me vio triste “como nunca te había visto”, dijo y me afirmó que caerían todos los culpables. Cerca de las dos de la tarde recibió una llamada, a través de la cual le informaban que Miguel señalaba directamente a Arvezu de ser el dueño del arma y habérsela entregado a José Guadalupe. Salían en ese momento por la carretera a Saltillo para capturar a José Guadalupe, pues su compañero de juega informó detalladamente a los policías dónde se encontraba.

Fuimos a comer al restaurante del Hotel Francia, teníamos algún tiempo en lo que se concluía la operación de captura del asesino. En tanto fuimos armando la historia, no sólo de ese día, le comenté cómo Arvezu acosaba a Carmen desde muchos meses atrás. Lo hacía al grado de hacerla sentir mal. Era asiduo

del bar y tenía una preferida, Rocío, a la que también maltrataba. De pronto, la despreciaba y la cambiaba por otra esa noche, para, en la siguiente visita, volver con ella. Se le había metido en la cabeza tener a Carmen, era una obsesión.

Regresamos a la Inspección, nos sentamos junto al aparato negro con su disco de números a esperar que nos hablaran para darnos la noticia de la captura del ejecutor, pues al parecer ya teníamos a otro participante, a quien pudiéramos llamar el autor intelectual. Me pidió que comenzara a armar el expediente al día siguiente. Por fin escuchamos el *ring* esperado. La información era positiva, José Guadalupe había sido capturado y venían ya los dos (Miguel también) en dos patrullas, una de Aguascalientes y otra de Zacatecas. Arribarían alrededor de la ocho de la noche. Había tiempo para platicar. Salvador, así, sin el don, de pronto se convirtió en mi mejor amigo.

Vimos a los involucrados, sería al día siguiente cuando se concluiría el trabajo. Mientras tanto, fui al bar para contarle las novedades a Consuelo. Ella también estaba triste, muy triste, y me dijo que por el momento podía seguir usando el cuarto de Carmen, al fin no había quien lo ocupara. Le dije que no, pues ya había decidido volver a casa. Regresé a mi cama, después de las diez de la noche, con muchas ganas de poder dormir.

29 DE MARZO DE 1962

EL ASESINO CIRCUNSTANCIAL

José Guadalupe iba aterrado. Era, junto con Miguel, trabajador del Banco de Crédito Rural de Fresnillo. No eran unos bandoleros de cuenta, eran personajes bien vistas entre la sociedad fresnillense. Entonces supimos qué pasó, José Guadalupe, una vez serenado, comentó que ese día se habían trasladado a Aguascalientes para realizar tareas relativas a su trabajo en diferentes comercios. Se hospedaron en el Hotel Rosales, en la primera de Guadalupe Victoria, y, como ya conocían La India Bonita, una vez concluidos sus trabajos, decidieron pasar un rato agradable en el lugar.

Don Salvador me dejó permanecer en la sala de interrogatorios en todo momento. En diversas ocasiones quise interrumpir, pero tuve que contenerme, pues ésa era la condición; si surgía algún cuestionamiento, al final se lo haría al oficial que conducía el interrogatorio y éste le preguntaría al inculcado.

Dijeron que tenían cierta amistad, si así podía llamársele, con Josefina y Martina, les decían Fina y Tina; ese día habían llegado al lugar buscándolas y, como era lunes, no tuvieron problema en departir con ellas. Estuvieron tomando por varias horas, hasta que José Guadalupe entró a un cuarto con Martina. Miguel esperaba un poco más para intimar con Josefina, pues aún no estaba muy borracho. Fueron llegando otros pai-

sanos, entre ellos el Nico Arvezu, a quien conocían por su fama de empresario palenquero, de la jugada y de algunas ocasiones en las que habían coincidido antes en el bar; iba acompañado por un joven al que desconocían.

En determinado momento el Nico se puso algo impertinente, pues le llamaba a una chica que ellos sabían que no era como las otras, pero él decía que todas eran iguales. También se dieron cuenta de que el joven comenzó a levantarle la voz y se pelearon a gritos. El joven se fue y el Nico insistió en hacer que le llevaran a la muchacha, a Carmen, como no logró su propósito, comenzó a gritar que el ambiente era muy aburrido; le preguntó a Guadalupe que por qué estaba tan contento y éste le dijo que porque quería mucho a Martina. Entonces el Nico llamó a Rosalba y la puso junto a Josefina, quien estaba con Miguel, y, nalgueando a la primera, le dijo a Fina que él sabía lo que era bueno en esa casa y que Rosalba era la única que valía la pena. Josefina se molestó y quiso retirarse, pero Miguel le pidió que se quedara. Rosalba le dijo que era mejor que se fuera y ahí empezó el pleito, porque Fina sintió que se le subió mucho el piropo, pero en realidad Rosalba lo hacía para conciliar, porque conocía los alcances temperamentales del Nico. Se jalaron los cabellos y cayeron al piso, forcejearon y se golpearon; fue de ese modo que Carmen se acercó a las rijosas e intentó separarlas. José Guadalupe las arengaba para continuar en la pelea, en ese momento, el Nico sacó su pistola y se la dio al banquero, diciéndole: “Quiero ver sangre”. Carmen logró hacer a un lado a Josefina y quedó sobre Rosalba que no luchaba ya. Fue entonces que el ebrio apuntó con su arma y, escuchando un “dispárale” en la voz del Nico, apretó el gatillo y Carmen cayó casi fulminada por el tiro que entró por su frente.

Palabras más, palabras menos, fue lo que dijo el asesino. Después, con un llanto verdadero dijo que nunca pensó disparar, estaba borracho y sólo siguió las órdenes del Nico como un autómatas, que si bien no podía decirse que Nico le hubiera

ordenado disparar, los gritos, el ambiente y el alcohol hicieron que tirara del gatillo. Yo no sabía ya qué preguntar, tanta tontería, tanta estupidez para acabar con una vida inocente. Se quedaría encerrado y, aunque pase el resto de sus días en la cárcel, no podrá pagar el daño que le hizo a una joven que apenas despertaba a la vida; y, desde luego, el daño que dejaba en mi existencia.

30 DE MARZO 1962

UNA LLAMADA INESPERADA

No fui la noche anterior a la casa de la Pelos; de hecho no ha vuelto a abrir. La prensa decía que porque estaba clausurado, pero en realidad era que Consuelo no quería abrir por la tristeza, ya tenía un amparo local y uno federal para poder seguir trabajando. Pasé muchas horas en la casa y dormí, por fin, de corrido. Me levanté y fui a la Inspección, donde ya me esperaba el jefe.

—¿Cómo vas, detective? —me preguntó cuando me extendía la mano para saludar.

—Pues creo que ya pasó la tormenta.

—Parece ser que con las declaraciones de los zacatecanos se le fincarán responsabilidades al Nico, de coautoría como mínimo y, máximo, autoría intelectual. Depende de lo que encuentre el Ministerio Público y lo que se determine en el juicio.

—Pues ojalá le caiga todo el peso de la ley, ¿le puedo pedir un favor?

—Por supuesto, y no me hables de usted, ¿de qué se trata?

—Déjame hacer un poco más de investigación, no lo pongas sobre aviso. Que sienta que nada pasará con él, que permanezca confiado.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Hoy es viernes, unos cuatro o cinco días.

—Muy bien, haremos tiempo para que puedas buscar más cosas que nos ayuden a encerrar a ese truhan. Martes o miércoles daremos paso al Ministerio.

—Gracias, Salvador.

—Eso es, ¿ves que no es tan difícil? —dijo el jefe al darse cuenta que ya lo tuteaba—. Por cierto, casi lo olvidaba, ayer llamé Rosa para ver si estabas aquí, dijo que no te había encontrado en el teléfono de tu oficina y que si podías, por favor, llamarle a este número —me extendió un papel con el número telefónico del lugar donde vivían ella y mis hijos, en el Distrito Federal.

—Muchas gracias, le llamaré en cuanto llegue a la oficina.

Fuimos a comer y le dije que no tenía nada en concreto para embarrar más al Nico, pero que seguiría preguntando, buscando en la escena del crimen e incluso viendo a mis adentros, a la memoria, pues seguramente el tahúr odiaba a Carmen por algún hecho, algún desdén que le hizo y del que no me contó para no enfadarme.

Regresé por la tarde a la oficina y de inmediato llamé al número que me dio el jefe Chava. Estaban instalados y querían que fuera con ellos, que había posibilidades de trabajo en la policía. Le dije que era muy probable que la siguiente semana estuviera con ellos, que me daba mucho gusto saber de ellos y que haría lo posible por ir para allá. Recordé también que unos días después del secuestro de don Pedro Riberola, una vez recuperado pero aún en el hospital, había recibido una carta de un detective del Distrito Federal; la busqué y leí: “sería un honor trabajar con usted en la gran capital de México, el Distrito Federal, o en donde la justicia nos ponga en suerte. Piénselo. Felicidades por un trabajo muy bien hecho. Atentamente: Héctor Belascoarán Shayne, detective independiente”. No le había dado importancia, no contesté la misiva y menos recordaba que tenía también el número telefónico de su oficina con todo y la clave lada de la capital. Dejé la carta en el escritorio, por si llegara a ocuparla.

Después, fui a la casa de Consuelo a contarle las novedades y a investigar, tanto en el salón como en nuestro cuarto, pero no encontré más nada, sólo un creciente rencor en cada rincón de la casa donde ya no estaba Carmen, un rencor que sentí peligroso. Regresé a casa y sentía que el coraje me quemaba por dentro, si lo viera en cualquier momento, lo mataría con mis manos. Aún así, esa noche pude conciliar el sueño.

1 DE ABRIL DE 1962

JUSTICIA FINAL

Esos días platicué mucho con Consuelo y, efectivamente, Nico no perdía ninguna oportunidad para molestar a Carmen. Yo recuerdo por lo menos dos veces que, sin importarle mi presencia, la importunaba. La Pelos de Oro me dijo que en distintas ocasiones vio cómo lo despreciaba Carmen, muchas veces trató de ser amable por consejo de ella, pero era tanta la insistencia, casi siempre acompañada por vulgaridades, que terminó por enojarla y contestaba ya con la voz alterada y desplantes que pudieran entenderse como groseros. La propia Consuelo habló con él en distintas ocasiones, le prometió conseguirle una muchacha más joven que Rosalba, más inocente, pero no cejó en su empeño. Fuera como fuera, nada podía justificar el fin que tuvo Carmen, nada.

Varias formas de hacer justicia rondaban en mi cabeza. Comencé a escribir un informe, una especie de memoria del comportamiento de Arvezu con Carmen, añadí, por supuesto, todo lo relacionado con su participación en el secuestro de don Pedro Riberola y su complicidad en algunas de las fechorías de Memo Kummens. Al final, afirmaba que Arvezu actuó por venganza, si bien no puede hablarse de un crimen específicamente planeado, sí podía decirse que la idea de asesinar a la chica ron-

daba en su cabeza desde varios días atrás, dados los desdenes que Carmen le hacía.

Rocío era la preferida de Nico, pero el día del pleito puso de ejemplo a Rosalba sólo para hacer enojar a Josefina y que ellas iniciaran la pelea, tenía la clara intención de que Carmen en algún momento interviniera, lo que a fin de cuentas ocurrió. También debía tomarse en cuenta la presencia del arma en la escena, hasta ahora no se había recuperado, pero sería sencillo, estaba en el lugar donde se atrapó a José Guadalupe, pues él mismo confesó que con el arma amenazó a los guardias de La India Bonita y la conservó para su seguridad, para protegerse en caso de ser atacado. Estaba seguro de que, rastreándola, se daría con el propietario, seguramente sería Arvezu.

Finalmente, también aseguraba en el informe que desde 1932 Arvezu había regentado uno de los focos de violencia más grandes de la ciudad, que su fortuna era mal habida y lo único que aportaba a la sociedad era malestar. Esto último, desde luego, no aportaba nada a la investigación, pero de alguna manera debía descargar mi ira contra aquel ser despreciable, coludido con personajes de la política y de la alta sociedad.

Entregué el informe a Salvador Luévano, me reiteró que se haría justicia y que se aplicaría todo el peso de la ley. Entonces pensé: “No siempre la justicia va de la mano con la ley”, de cualquier modo, me quedaba aún un día para encontrarle algo más al tahrir.

Regresé a casa, pero antes entré al Palacio de Gobierno, me detuve en el mural central, aquel en el que unos meses antes le expliqué a Carmen quién era Consuelo, por qué estaba ahí pintada y algunos pasajes históricos de Aguascalientes y México. Después, pasé al mural en el que también estaba retratado Arvezu, con sus ansias de poder y de dinero, cosas inseparables. De la nostálgica tristeza pasé al coraje incontenible, por lo que decidí mejor dejar el lugar. Fui a dormir, pensando en que sólo quedaba un día del plazo que me había dado Salvador. Toda la noche se me fue en medio dormir y dar vueltas en la cama.

3 DE ABRIL DE 1962

LA OTRA JUSTICIA

Salí temprano de casa, pero primero preparé mi equipaje y lo dejé listo por si hacía falta. Guardé la pistola en la maleta, pero de inmediato cambié de opinión y la puse en la sobaquera que me coloqué bajo el brazo, por si hacía falta. Después fui a buscar a Consuelo y le comenté que la investigación iba por buen camino.

—Es casi seguro que hoy por la noche reabramos —dijo cambiándome la conversación—. Primero haremos un recuerdo de Carmen, me gustaría que estuvieras presente.

—Estaré un momento en la oficina y después iré a la Inspección. Si me es posible, por supuesto que paso a saludar a las muchachas y a participar en ese recuerdo.

Estuve en la oficina unas horas, no encontré nada entre la revoltura de documentos, fotos, periódicos y notas que tenía. Se cumplió el plazo y seguramente ya se estaría dando paso a la investigación para presentar a Arvezu como coacusado en el asesinato de Carmen y, con mucha suerte, como autor intelectual. Por lo tanto, en unas horas lo pondrían sobre aviso y, seguramente en menos de lo que canta un gallo, hablaría con sus abogados, los mejores de la ciudad y la región; así rápidamente estaría libre tras el pago de una módica fianza. Eso no debía ocurrir, por justicia, no por ley.

Con esas ideas en la cabeza, me fui a la Inspección. El plazo se cumplió, era más del mediodía y ya se estarían tomando medidas en cuanto a Arvezu. El jefe Chava me recibió y me dijo que estaba por dar las órdenes, seguramente en una hora estarían arrestando a Nico; me aseguró que no se le había dado ningún dato a nadie, por lo tanto, debía estar muy tranquilo y sin esperar nada.

—Tu informe sirvió de mucho, aunque muchas cosas las escribiste con las vísceras y no con el cerebro. Lo de la pistola fue impactante —me dijo.

—Es de Arvezu, eso no tenía mayor ciencia —contesté.

—No, no es propiedad de Arvezu... pero es una gran prueba.

—¿Cómo que es una gran prueba, si no es de Arvezu?

—¿De quién crees que es o, bueno, era?

—¿Ahora te pones a jugar a las adivinanzas, Chava? —dijo que lo tuteara.

—La pistola era del ejército, estaba asignada a Memo Kummens, una Colt Official Police de 9 milímetros.

—Mira nada más —contesté sorprendido, pero entendiendo la lógica—. Espero que eso no sirva a Arvezu para evadir su responsabilidad.

—Claro que no, está comprobado su vínculo con el asesinato del mariachi y el secuestro de Riberola, por lo tanto, también sus nexos con Kummens. Éste está bien muerto, entonces, ¿quién podía tener su arma entre las personas que estaban en el lugar y a la hora del crimen? Está totalmente atorado.

—¿Se va a pudrir en la cárcel?

—Bueno, te mentiría si te aseguro que así será, ya no depende de nosotros y hay muchas posibilidades de que su pena se pueda saldar con una sanción económica.

—Lo sabía, la legalidad no acompaña siempre a la justicia.

—Pero nosotros... yo personalmente buscaré que caiga todo el peso de la ley... que se haga justicia. Lamentablemente, creo que le será más difícil deslindarse de los cargos que se le

puedan imputar por el caso Riberola, que es una investigación en marcha.

—Bien, don Salvador —le volvía a hablar de usted—, no sé cómo, pero debe hacerse justicia.

—Mañana iremos por él, ¿quieres acompañarnos?

—No lo sé, tengo algunas ideas que debo resolver en las siguientes horas. Si ando por aquí, lo veo mañana. Gracias por todo.

Me sentía por enésima vez impotente. Decidí tranquilizarme y detuve mi marcha en la Cafetería San Francisco, en contra esquina del Palacio de Gobierno, me tomé un café cargado para retornar a la calle. Sin pensarlo, caminé a la oficina. Saqué la pistola de la sobaquera y comencé a limpiarla con alcohol, saqué los guantes que ocasionalmente usaba para levantar objetos diversos en casos criminales y me los calcé. La pistola era irrastreable; en todo caso, sus orígenes y posible documentación se encontraban en la Argentina de los abuelos y los tíos de mi buen amigo Fabio.

Pasaba de las cuatro de la tarde, cuando volví a tomar camino al centro de la ciudad, esta vez hacia el Jardín de San Marcos, directamente al Casino Tivoli, pensando en encontrarme con Nicolás Arvezu. ¿Para qué? No lo tenía claro, seguramente, estando frente a frente con el asesino, algo se me ocurriría.

En el lugar ya había bullicio, se acercaba la verbena abrilena y se daban los últimos toques en el recinto. Decidí entrar por la parte trasera, la que da a la calle Nieto. Ahí estaban descargando un camión y no me fue complicado escabullirme entre los trabajadores. Conforme avanzaba a la oficina, la cantidad de gente disminuía, hasta quedar solo en un pasillo que conducía a la escalera que daba acceso a mi destino. Supongo que escuchó mis pasos antes de subir, pues salió a mi encuentro. Para mi sorpresa, llevaba en sus manos una pistola. Bajó los escalones y, ya en el pasillo, me di cuenta de que no fui yo quien llamó su atención; por el otro costado llegaba casi al mismo tiempo que

yo el Güero Matías y, sin mediar palabra, levantó su brazo para mostrarle una pistola que no atinó a accionar.

—Otra vez tú, no hay vuelta atrás, no tienes ni una sola pelea —no se sentía en peligro, pues el joven le parecía poco arrojado.

El muchacho en realidad estaba muy asustado, temblaba mucho; el Nico estaba a punto de disparar, bajó las mano y soltó una carcajada... En ese preciso instante, dando un paso de costado, le descerrajé cuatro balazos. Todo fue muy rápido, alcanzó a verme pero no le di la más mínima oportunidad de accionar su arma. Cayó de bruces desangrándose. Puse mi pistola cerca del cuerpo, como señal para Salvador Luévano, pues sabía que reconocería el arma que usé para acabar con los maleantes que secuestraron a Riberola y no ejercería ninguna acción contra mí.

—¿Qué hizo?! —me preguntó aún temblando el Güero Matías.

—Justicia, sólo justicia. Pero vámonos, que no tardará en llegar mucha gente y podrían inculparte. Salgamos por atrás lo más tranquilos posible.

Así lo hicimos y prácticamente nadie notó nuestra salida. Yo caminé al oriente y él, al poniente. Llegué a la oficina para llamar a Rosa y decirle que el día siguiente estaría con ellos en el Distrito Federal, que acababa de renunciar a la Policía Municipal. Le dio mucho gusto. Totalmente liberado, hasta feliz me sentía.

Encaminé mis pasos a La India Bonita para estar en el recuerdo que le haría Consuelo a Carmen. Había un ambiente alegre, a pesar de la tristeza. Pusieron un pequeño altar con una foto de Carmen en la caminata del día de muertos, obviamente estaba yo a su lado. Platicué con las muchachas, me dijeron, entre muchas otras cosas, que Carmen estaba muy interesada en que le enseñaran lo que una mujer debía hacer para tener feliz a su hombre. Lo decían entre risillas pícaras al tiempo que la reconocían como una mujercita muy valiente y solidaria, siempre les decía que en cuanto tuvieran oportunidad dejaran ese traba-

jo, que ella pronto entraría a la secundaria. Fueron momentos agradables, sobre todo, porque conocí más de mi India Bonita. Bebí dos tragos, otra vez por Carmen me sobrepasaba en el alcohol; pasadas las ocho le pedí el teléfono a Consuelo para llamar a la Inspección, me contestó Salvador.

—Jefe, sólo para decirle que mañana salgo al DF, ya aquí hice todo lo que tenía que hacer —le dije muy sereno.

—Fuiste tú, ¿cierto? —me contestó en un tono más bien cordial.

—¿Yo qué? —pregunté con un falso asombro.

—Trajeron el arma que el asesino dejó en la escena. Se parece mucho a la tuya.

—Habrá que buscarle la huellas, para atrapar al que hizo justicia.

—Claro, no habrá ni la más mínima. Tienes razón, creo que nadie sabrá quién le disparó, aunque dicen que el Güero Matías entró momentos antes al Tivoli.

—Insisto, deben buscar las huellas en el arma.

—Tarea difícil. Pues espero que estés muy bien en el Distrito. Te lo mereces, vete tranquilo —cerró la plática con una voz que llegó a parecerme divertida.

Me dirigí al salón donde estaban Consuelo y las muchachas, me paré en el centro y les dije: “El Nico Arvezu no volverá a molestarlas”. Todas, excepto Rocío, aplaudieron e incluso algunas se abrazaron. Consuelo solo comentó: “Perdimos un cliente, pero ganamos tranquilidad”.

Me despedí de cada una de las chicas, eran casi las nueve, debía comprar mi boleto y regresar a casa para terminar de hacer mi maleta. Finalmente, me despedí de Consuelo y me abrazó muy fuerte, a lo que respondí con una intensidad similar. Me besó en la mejilla y me dijo: “Aquí está tu casa, aquí está tu India Bonita, tus dos indias bonitas. Sé feliz, esto para ti debe ser un nuevo comienzo. Vuelve cuando quieras y no me olvides”.

4 DE ABRIL DE 1962

ES COMO VOLVER A EMPEZAR

Just like starting over

John Lennon.

Un pequeño hilo de luz solar llegaba a mis pies, burlando desde el horizonte, por el oriente, el edificio del Hotel Francia y la maraña de hojas de los árboles de la Plaza de Armas. Estaba sentado en una de las bancas metálicas de la terminal de Ómnibus de México, esperando únicamente la llegada del camión. Mis pies comenzaban a calentarse, después de salir temprano de mi oficina de la calle 5 de Mayo, a las seis y media de la mañana. Dejé todo en orden y las cosas comenzaban a caminar mejor: me recibirían en el Distrito Federal y sería como un nuevo comienzo.

Faltaban cinco minutos para la salida del autobús que aún no llegaba, cuando vi a contraluz la silueta del voceador que hacía toda clase de ademanes y pegaba de gritos para vender sus periódicos, *El Sol del Centro* y *El Heraldito*. A mi señal, con el brazo derecho levantado, el chamaco de los periódicos se acercó afanoso y yo, sin demostrar mucho interés, le compré los dos diarios. Como lo imaginé, ambas impresiones tenían en la primera plana la misma fotografía, desde luego, con sus diferencias, pero el encabezado a ocho columnas era casi el mismo.

Todo encajó como lo pensé, ni rastro ni pista del asesino. Finalmente, se hizo justicia y yo en unos momentos iría al encuentro de mi familia, a una nueva aventura pero ahora ya con mis hijos y mi esposa, ¿sería necesario platicarlo todo? No lo creo. Nuevos proyectos, más grandes e interesantes. Finalmente, me cargué la dirección y el teléfono de Héctor Belascoarán, lo buscaré.

Llegó el autobús apenas tres minutos tarde. Subieron las cinco personas que estaban conmigo a la espera y luego subí yo, no sin antes lanzar una breve mirada a la Plaza, la Excedra y los palacios, el de gobierno y el municipal, este último, en el que estaba mi Inspección. Subí y se cerró la puerta del camión y, al mismo tiempo, se cerró una etapa muy importante en mi vida, con el recuerdo indeleble de mi India Bonita en mi cabeza y mi corazón. Empecé la marcha con un retorno incierto, un regreso que, por lo pronto, quedaba en la incógnita.

NOTA ACLARATORIA

La presente ficción nació como consecuencia de una investigación documental en el Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes, era complementaria para ilustrar un fragmento de un video documental acerca de los murales del Palacio de Gobierno del Estado, bajo la coordinación del Dr. Luciano Ramírez Hurtado. Buscaba en los periódicos de la fecha 3 de abril de 1962 todo lo referente al asesinato del dueño del casino y el palenque de Aguascalientes, Concepción Arvizu.

Encontré, por supuesto, encabezados a ocho columnas de primera plana en los dos diarios locales y una fotografía en blanco y negro, si no la misma eran casi iguales, en la que podía verse al Naco, apodo de Concepción Arvizu, en el piso en medio de un charco de sangre. Desde luego, busqué en los diarios de fechas posteriores y, por varios días, seguía siendo información de primera plana. Sin embargo, se me ocurrió buscar también en los diarios de fechas anteriores para dar contexto a la historia, fue entonces que apareció otro crimen que en su momento también mereció ocho columnas, pero de la sección de nota roja: el asesinato de una meretriz del bar La India Bonita, de La Chueca, la zona de tolerancia de aquellos días en Aguascalientes. El bar era regenteado por Consuelo Elías, la Pelos de Oro,

que era además otro personaje de los murales y, por tanto, del video documental.

Debo decir que, en la elaboración de la presente novela, esos dos datos son los únicos estrictamente históricos. Todo lo demás, actores y circunstancias, son obra de la ficción, aunque apoyados también sobre todo en historia y tradición oral. Los nombres de la mayoría de los personajes son similares a los de gente real, pero los comportamientos de los mismos, incluyendo a los principales, son producto de la trama y no de la realidad. Algunos pudiera ser que se queden cortos en cuanto a su maldad, o bien que otros hayan sido vistos en su momento como verdaderos seres de bondad incommensurable. Eso no lo sé, pero es una posibilidad. De cualquier manera, es necesario decir que cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia, o bien que siempre la realidad supera a la ficción.

LA INDIA
BONITA
UNA HISTORIA
DE LA CHUECA

Primera edición 2025
(versión electrónica)

El cuidado y diseño de la edición estuvieron
a cargo del Departamento Editorial
de la Dirección General de Difusión y Vinculación
de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

